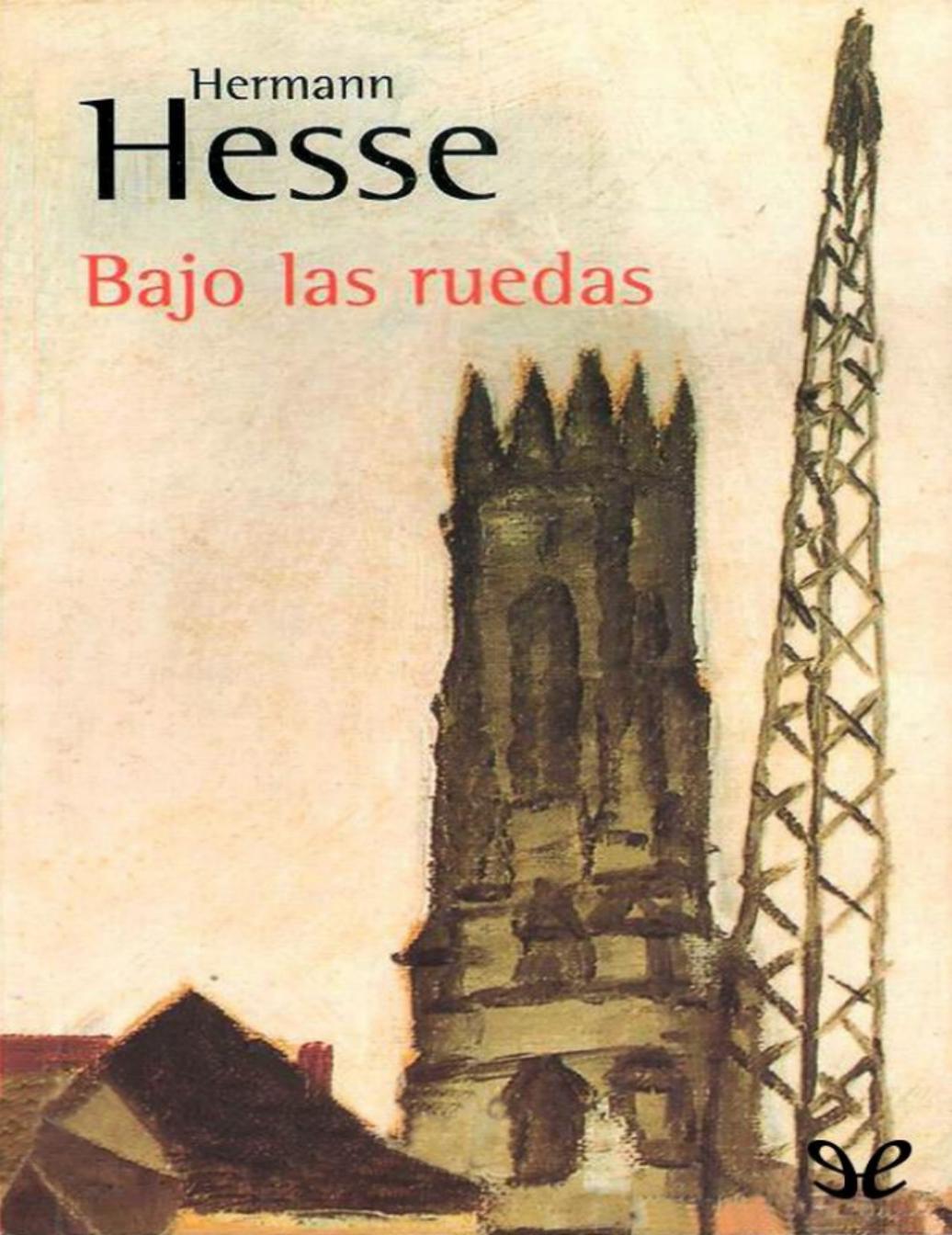


Hermann  
**Hesse**

**Bajo las ruedas**



se

Publicada en 1905, *Bajo las ruedas*, primera novela de Hermann Hesse (1887-1962), es una prodigiosa recreación del mundo de la adolescencia, pero también una severa acusación contra los sistemas educativos que se imponen a costa de la imaginación y del cultivo armónico de las facultades espirituales, emocionales y físicas. Separado del medio de su infancia y obligado por padres y profesores a una agotadora preparación para el ingreso en un seminario, Hans Giebenrath logra

finalmente su objetivo, pero al elevado precio de perder primero su sensibilidad y, más tarde, su equilibrio emocional.



Hermann Hesse

# **BAJO LAS RUEDAS**

**ePUB r1.0**

**Horus 02.02.12**

Título original: *Unterm Rad*  
Hermann Hesse, 1905

Editor digital: Horus  
ePub base r1.0



# CAPÍTULO I

JOSEPH GIEBENRATH, agente y comisionista, no se diferenciaba en particular del resto de sus conciudadanos. Al igual que ellos, poseía una naturaleza corpulenta y sana, un regular talento comercial unido a una adoración ingenua y cariñosa al dinero, una casa con un minúsculo jardincillo, una tumba familiar en el cementerio, una afición por la iglesia algo clarificada por sus aficiones materiales, un comedido respeto de Dios y de la Justicia y una férrea sumisión a los mandamientos del decoro y la decencia

ciudadana. Acostumbraba beber algunas veces, pero jamás se emborrachaba, y aunque emprendía, de pasada, algunos negocios no libres de reproche, nunca los llevaba más allá de lo permitido formalmente. Maldecía por igual a los míseros que mendigaban una limosna y de los potentados que hacían ostentación de su riqueza. Era miembro de una sociedad burguesa y ciudadana y tomaba parte cada viernes en los juegos de bolos, cuidando de elegir con cautela el momento propicio para cada jugada.

Su vida interior se diferenciaba en nada a la de un patán. Las cualidades de su alma estaban poco menos que

embotadas y constituían muy poco más que un buen sentido familiar, un descomensurado orgullo de su propio hijo y una oportuna e intermitente dadivosidad para con los pobres. Sus aptitudes y capacidades espirituales no sobrepasaban las de una astucia y un cálculo nativos y limitados. Sus lecturas se circunscribían a los periódicos, y para ocultar su falta de goces artísticos bastaba la representación anual que la sociedad dedicaba a sus protectores y la visita a un círculo en cualquiera de los días del año.

Con cualquier vecino hubiera podido cambiar vivienda y nombre, sin

que sus costumbres y su existencia entera sufrieran la menor variación. En lo más hondo de su alma, compartía con las restantes familias de la ciudad la desconfianza en toda fuerza superior y toda personalidad descollante y la hostilidad implacable e instintiva contra todo lo extraordinario, lo libre, lo selecto y lo espiritual.

Pero basta ya con él. Sólo un profundo humorista podría seguir la descripción de su vida trivial y su desconocida tragedia. Nuestro hombre tenía un hijo único y de él queremos hablar.

Sin duda alguna Hans Giebenrath era

un niño talentoso. Para darse cuenta de ello, bastaba contemplar el retraimiento y la abstracción casi constante que le diferenciaba de los demás. La pequeña villa de la Selva Negra no era pródiga en tales figuras y jamás se había dado ninguna que sobrepasara en algo el nivel de sus habituales ciudadanos. Sólo Dios sabía de donde había sacado aquel muchacho los ojos graves y la frente ancha. ¿Acaso de su madre? Esta había muerto hacía bastantes años, y en todo el tiempo que duró su vida no se advirtió en ella nada extraordinario, aparte de la frágil naturaleza que la hacía estar siempre enfermiza. A su padre no había

que tenerlo siquiera en cuenta, de modo que la misteriosa inteligencia del muchacho parecía haber caído súbitamente en la villa, que en ocho o nueve siglos de existencia había dado siempre ciudadanos honrados a carta cabal, pero nunca un talento o un genio descollante.

Acaso un observador imbuido de las modernas tendencias y teniendo en cuenta la débil naturaleza de la madre y la vetustez de la estirpe, hubiera podido señalar un síntoma clarísimo de degeneración en aquella hipertrofia de la inteligencia. Pero la villa tenía la dicha de no contar con tales

observadores, y sólo los más jóvenes entre los funcionarios y los maestros de escuela poseían una indecisa noción del «hombre moderno» a través de los artículos periodísticos. Allí se podía subsistir y seguir siendo culto y civilizado sin conocer siquiera los diálogos de Zaratustra. La vida era reposada, los matrimonios sólidos y algunas veces felices, y toda la existencia estaba impregnada de ese irremediable hálito de cosa vieja que exhalan nuestras villas cerradas. Los ciudadanos del pequeño municipio eran muy dichosos, y algunos habían logrado incluso transformarse durante los

últimos veinte años de artesanos en fabricantes. Seguían quitándose el sombrero delante de los funcionarios, seguían ofreciéndoles todos sus respetos, aunque luego, a sus espaldas, les llamaran mendigos y covachuelistas y, paradójicamente, no tuvieran otra ambición ni otra meta que la de dar a sus hijos los estudios necesarios para llegar a alcanzar la anhelada prebenda.

Desgraciadamente la idea no pasaba de ser un bello sueño irrealizable para los más, ya que sólo a costa de grandes esfuerzos y repetidos sacrificios lograba atravesar el retoño los estudios primarios.

Pero desde el primer momento no cupo ninguna duda sobre el talento de Hans Giebenrath. Los profesores, el rector, los vecinos, el párroco y los condiscípulos, todos los que tuvieron ocasión de tratarle, coincidieron en afirmar que el muchacho era una mente privilegiada. Y con ello quedó decidido su destino, pues en las tierras suabas sólo existe un estrecho camino a seguir para los muchachos inteligentes y de padres ambiciosos: el ingreso en el Seminario, después de sufrir el examen necesario para ser admitido, de allí al Seminario Superior Evangélico-teológico de Tubinga, para salir luego

destinado al pulpito o la cátedra. Año tras año recorren tres o cuatro docenas de hijos del país ese camino silencioso y seguro. Pálidos y delgados, como corresponde a los que acaban de recibir la confirmación, exploran por cuenta del Estado los diferentes campos de la ciencia humanística y emprenden, ocho o nueve años más tarde, el segundo y la mayoría de las veces más largo, trecho de su camino, en el transcurso del cual tienen que devolver al Estado los beneficios anteriormente recibidos.

Faltaban pocas semanas para que tuviera lugar un nuevo examen. Así se llama la hecatombe anual en la que «el

Estado» selecciona la floración espiritual del país, y a lo largo de la cual, desde pueblos y pequeñas ciudades se dirigen los sollozos, las plegarias y los deseos de muchas familias hacia la capital, en cuyo seno tiene lugar la prueba.

Hans Giebenrath era el único candidato seleccionado en la pequeña ciudad. El honor era grande, pero no adquirido sin esfuerzo. Las clases de la escuela, que duraban diariamente hasta las cuatro, tenían su colofón en una lección de gramática griega que el rector le daba de añadidura. El señor párroco era tan amable de añadir, a las seis, unas

lecciones de repaso de latín y religión, y dos veces a la semana hallaba aún tiempo el profesor de matemáticas para dar su lección después de la cena. En la clase de griego se le resaltaba el valor de la variedad de partículas enunciadas en el encadenamiento de las frases, en latín se le obligaba a ser claro y lacónico en el estilo y a conocer perfectamente las muchas sutilezas prosódicas, mientras en matemáticas tenía que demostrar su eficiencia a través de complicadas cuentas finales. Como el profesor acentuaba con frecuencia, todas esas cosas no tenían un valor aparente para posteriores estudios

o para la vida normal.

Pero eso era sólo en apariencia. En realidad eran más importantes que ciertas otras cosas, pues componían la base de las capacidades lógicas y los fundamentos de toda la ciencia y saber humanos.

Pero a fin de no tener una sobrecarga espiritual y a fin de que la razón y la inteligencia no le hicieran olvidar el alma, tuvo Hans que frecuentar cada mañana, antes de que comenzaran las clases en la escuela, la lección de los catecúmenos, donde el catecismo, los ejercicios memorísticos y las frecuentes preguntas y respuestas henchían con

soplo renovador la conciencia religiosa de las almas juveniles. Desgraciadamente, Hans no se preocupaba demasiado de aquellas lecciones, y con ello les arrebatava todo su influjo bienhechor. Colocaba anotaciones griegas y latinas entre las páginas de su catecismo y se pasaba casi toda la hora enfrascado en aquellos conocimientos puramente profanos. Pero a pesar de todo no estaba su conciencia tan embotada que no hallara con ello una permanente y penosa inseguridad y una leve sensación de temor. Cuando el decano se acercaba a él o pronunciaba simplemente su nombre, no podía evitar

un estremecimiento temeroso que se transformaba en un sudor frío y un apresurado latir del corazón cuando tenía que dar una respuesta. Pero casualmente éstas eran siempre correctas e intachables, incluso en la pronunciación, a la que tanta importancia daba el decano.

Los temas y lecciones para anotar o aprender de memoria, para repasar o preparar, se amontonaban después de cada clase en la cartera de Hans Giebenrath, aguardando la hora tranquila de la noche para ser solucionadas, estudiadas y anotadas. Esa tarea, circundada por la paz hogareña y

alumbraba por la luz de la lámpara, duraba habitualmente hasta las diez, los miércoles y los sábados, los demás días hasta las once, las doce o aún más. Su padre gruñía un poco por el gasto sin tino de petróleo, pero en el fondo se sentía satisfecho de la extraordinaria aplicación de su hijo. En los ratos perdidos y los domingos, que componen la séptima parte de nuestra vida, la lectura de Hans Giebenrath se limitaba a algunos autores no leídos en la escuela y a un constante repaso de la gramática.

—¡Con tino, con tino...! Una o dos veces a la semana hay que abandonar toda tarea y salir a pasear un poco. Es

necesario y obra maravillas. Cuando hace buen tiempo se puede, asimismo, llevar un libro. Ya verás lo alegre y fácil que es estudiar al aire libre... ¡Pero sobre todo hay que andar siempre con la cabeza alta!

Hans obedeció en todos los consejos, y desde aquel instante levantó la cabeza, paseó con relativa frecuencia, utilizando los cortos paseos para estudiar, y mostró a todos su rostro muy pálido por el prolongado traspasar y sus ojos tristes, rodeados por unos círculos azulados e impregnados de un hálito de desesperanza.

—¿Qué opina usted de Giebenrath?

¿Cree que triunfará de la prueba? — preguntó un día el profesor de la clase al rector.

—¡Claro! ¡Claro que sí! —exclamó jubiloso el rector— Es uno de los más sensatos. Si lo observa usted bien, se dará cuenta de que está verdaderamente espiritualizado.

En los últimos ocho días la espiritualización se hizo restallante. Los ojos siguieron reflejando su melancolía habitual, pero el atisbo de desesperanza se transformó en un brillo inquieto y casi febril. La frente ancha estaba surcada de minúsculos pliegues y los brazos magros y las manos delgadas colgaban a lo

largo del cuerpo con una gracia fatigada que recordaba a Botticelli.

Y llegó la hora señalada. Al día siguiente debía salir temprano hacia Stuttgart, acompañado de su padre, para demostrar ante el tribunal si era acreedor de atravesar las puertas estrechas y conventuales del Seminario. Aquella tarde hizo la visita de despedida al rector.

—Esta noche —dijo el temido dominador con desacostumbrada ternura — no tienes que trabajar nada. Prométeme que así lo harás. Mañana has de estar completamente despejado. Ve a pasear una hora y luego métete en la

cama. La gente joven tiene que tener sus horas de sueño.

Hans sorprendido de aquella ternura que en nada se parecía al aluvión de consejos que aguardaba, salió confuso del edificio escolar. Los grandes tilos de la iglesia resplandecían a los cálidos rayos del sol del mediodía, en la plaza del mercado gorgoteaban y relumbraban ambas fuentes y sobre la línea de tejados sobresalían los montes azulados, destacándose contra el cielo. Para el muchacho fue como si no hubiera visto todo aquello desde hacía mucho tiempo y súbitamente se presentara ante sus ojos con desacostumbrada seducción y

belleza. Sintió dolor de cabeza, pero se alegró de pensar que no tenía que estudiar aquella noche.

Despacio atravesó la plaza, pasó por delante del Ayuntamiento y siguió la calle del mercado hasta llegar al puente viejo. Allí anduvo sin rumbo unos breves instantes y luego terminó con acodarse en el amplio antepecho. Durante semanas y meses enteros había pasado cuatro veces al día por el mismo sitio, sin tener una sola mirada para la gótica capilla del puente, ni para el río, ni para las compuertas, la presa y el molino, ni siquiera para la pradera donde acostumbraba a bañarse la gente

o para las orillas boscosas, donde se deslizaba el río verde y manso como un lago y donde los mimbres, puntiagudos y ligeramente curvados, sobresalían del agua.

Su mirada abarcó todo aquello, y a su memoria volvió el recuerdo de los días lejanos. ¿Cuántas veces nadó, remó y pescó en aquel río? ¡Pescar! Casi se había olvidado ya. ¿Pero podía olvidarse una cosa así? Recordó sus protestas del año anterior, cuando le prohibieron la diversión para que dedicara todo su tiempo a las tareas del examen, y no pudo evitar que una sonrisa triste asomara a sus labios.

¡Pescar! ¿No había sido lo más hermoso de sus años escolares? Permanecer largas horas sentado sobre la hierba húmeda, escuchando el continuo rumor de la presa del molino y contemplando las aguas quietas y profundas. Y le pareció volver a ver los juegos de luces que provocaban en el agua un rayo tembloroso de sol, la inclinación de la caña de pescar y el corcho flotando en la corriente. Y sintió de nuevo la excitación y la alegría de la presa, el tirón delator seguido de la satisfacción de tener en las manos el pez plateado y vivo.

Había llegado a pescar algunas

carpas; brecas y barbos en abundancia y también comizas delicadas y oscura. Los recuerdos le obligaron a permanecer largo rato contemplando las aguas del río que se deslizaban debajo del puente. Maquinalmente se llevó la mano al bolsillo, sacó un pedazo de pan y lo amasó con los dedos formando pequeña bolas.

Luego las tiró al agua, observando atentamente cómo se hundían y cómo los peces las pillaban entre dos aguas. Primeramente se acercaban los diminutos dorados y los barbos medianos, que arrancaban pequeños trocitos y se los comían, sin dejar de

zigzaguear inquietos. Luego llegaban las grandes brechas, lentamente y con precaución, brillando al sol dorado y entre dos aguas sus lomos oscuros y sus fugaces aletas. Parecían detenerse unos instantes, abrían la boca súbitamente y hacían desaparecer en ella la bola de pan. Del agua subía un olor cálido y casi sofocante; un par de nubecillas se reflejaban indecisas en la superficie verdosa, en el molino gemía la sierra circular y la corriente rugía al precipitarse por las dos presas. El muchacho pensó en el domingo de la confirmación, que había tenido lugar hacía poco y durante el cual no pudo

apartar de su mente un verbo griego que trataba inútilmente de recordar desde unos días antes. En los últimos tiempos le había sucedido aquello muchas veces, y en la escuela le seguía aún ocurriendo que pensara en un trabajo o una lección anterior o posterior a la que tenía dispuesta encima de la mesa.

Distraídamente se incorporó y durante unos instantes vaciló sin saber dónde dirigirse. Y casi se asustó al sentir que una mano fuerte se posaba en su hombro y que una amistosa voz masculina le decía:

—¡Dios te guarde, Hans! ¿Me acompañas un trecho?

Era el zapatero Flaig, a quien antes visitaba con bastante frecuencia. Hacía ya mucho tiempo que no se acercaba por su taller. Tanto como el que llevaba estudiando su ya inminente examen. Le acompañó, escuchando sin verdadera atención al beato pietista. Flaig habló del examen, le deseó suerte y trató de infundirle valor, pero todos sus esfuerzos se encaminaron a demostrarle que la prueba era tan sólo algo exterior y circunstancial. Fracasar no sería una vergüenza, pues podía ocurrirle al mejor, y en el caso de que le sucediera a él, tenía que pensar que Dios había elegido su alma como merecedora de

especiales designios y que la conduciría finalmente por el propio camino que le tenía señalado.

Hans no se sentía demasiado propicio a prestar oído a los consejos de su acompañante. Ciertamente que tenía en gran estima al zapatero, pero eso no le hacía olvidar los muchos chistes que circulaban sobre él y las veces que contra su propia voluntad se había reído con ellos. Aparte de eso, tenía que avergonzarse de su cobardía, pues desde hacía algún tiempo huía casi con temor de la proximidad del zapatero a causa de las sutiles preguntas con que le atormentaba. Porque a partir del

momento en que el orgullo de sus propios maestros, y también el suyo propio, le hizo sentirse un poco presuntuoso, el maestro Flaig no dejó de tratarle con un grotesco respeto que no encubría más que el constante deseo de humillarle. Y eso fue causa de que el artesano perdiera gradualmente todo su influjo sobre el alma del muchacho, pues Hans se hallaba en la edad de la obstinación juvenil y repugnaba de los bruscos contactos con su conciencia. En aquel instante andaba con paso lento al lado de su interlocutor, sin sospechar siquiera lo solícito y bondadoso que éste se sentía desde su altura.

En la Kronstrasse tropezaron con el párroco. El zapatero le saludó con un comedimiento casi frío y pretextó una súbita prisa para alejarse, pues el párroco era uno de los que seguían las nuevas tendencias y no creía siquiera en la Resurrección. El religioso se apresuró a trabar conversación con el muchacho:

—¿Qué tal te va? —preguntó—. Debes estar contento de haber llegado al término de tus tareas.

—Sí, estoy satisfecho.

—Procura mantenerte muy sereno. Ya sabes que en ti están depositadas todas nuestras esperanzas. Sobre todo en

el latín aguardo de ti unos resultados sorprendentes.

—¿Y si fracaso? —preguntó Hans, con temor.

—¿Fracasar? —el pastor se detuvo sorprendido—. Es sencillamente imposible. Sencillamente imposible. ¿Son esos los pensamientos que corresponden a quien se tiene que examinar mañana?

—Sólo pienso que bien podría suceder...

—No puede ser, Hans, no puede ser; puedes estar completamente seguro de ello. Saluda a tu padre de mi parte y procura mantener el valor en todo

momento.

Hans le siguió con la mirada. Luego contempló el recodo por donde había desaparecido el zapatero. ¿Qué le había dicho antes de marcharse? El latín no importaba tanto como mantener el corazón en toda su pureza y conservar el temor de Dios. Había hablado mejor que el párroco. Y pensó con amargura que no podría presentarse más delante de él si, por desgracia, salía mal en el examen.

Siguió su camino con una íntima pesadumbre y llegó a su casa. En vez de entrar, se quedó en el jardincillo quebrajoso y descuidado. En un rincón

estaba aún el conejar de tablas que construyera años atrás. Por él pasaron varias generaciones sucesivas de conejos, hasta que el otoño anterior se lo quitaron, a causa del examen. No tenía tiempo que perder en inútiles distracciones.

También hacía mucho tiempo que no se detenía siquiera en el jardín. Presentaba un aspecto ruinoso, las piedras del rincón de la pared se habían caído y la pequeña rueda hidráulica de madera estaba resquebrajada y rota al lado de la conducción del agua. Recordó los tiempos en que construyera todo aquello y en la gran alegría que sintió al

dar término a la obra. Desde entonces habían transcurrido dos años... toda una eternidad. Cogió la rueda y la acabó de romper, arrojando sus pedazos por encima de la cerca. ¿Para qué la quería? Su época había pasado hacía mucho tiempo y no era de esperar que resucitara de nuevo. En aquel instante le volvió a la memoria el recuerdo de Augusto, el amigo de la escuela que le ayudara a construir la rueda y a acondicionar el pequeño conejar. Recordó las tareas pasadas en el jardincillo, disparando piedras con la honda, cazando los gatos de la vecindad y construyendo cabañas de ramas donde

ocultarse de las indiscretas miradas. Y recordó también los nabos amarillos y duros que roían como merienda y que les proporcionaban tanta satisfacción como los más deliciosos manjares.

Pero todo aquello había quedado lejos, muy lejos. Hacía ya un año que Augusto salió de la escuela para convertirse en un aprendiz; mecánico. Desde entonces apenas lo vio más de dos veces. Tampoco él dispondría ya de tiempo...

Las nubes fueron encapotando el cielo del valle, y el sol se hundió tras las montañas. El muchacho sintió por unos instantes la necesidad de echar a

correr y lanzar al aire gritos. Pero en vez de hacerlo, se contentó con sacar de la cochera el hacha y hacer astillas la puerta del conejar. Las latas saltaron por el aire, los clavos crujieron y del interior de la jaula salieron despedidas unas briznas de alfalfa que habían quedado allí desde el verano anterior. Y Hans siguió descargando hachazos sobre todo ello, como si a cada golpe hiriera de muerte su añoranza del conejar, de Augusto y de todos sus tiempos infantiles.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó su padre, asomándose a la ventana, al oír los golpes. —Astillas.

Fue su única respuesta. Arrojó el hacha sobre el montón de astillas y, sin añadir una palabra más, atravesó el patio y salió a la calle. Se pasó la mano por la frente para limpiarse el sudor, y echó a andar, con paso rápido, hacia el río. En las cercanías de la cervecería estaban amarradas dos balsas. Con ellas se había deslizado muchas veces corriente abajo, en las cálidas tardes de verano, cuando el sol jugueteaba entre los juncos y las aguas exhalaban un olor fresco y grato. Fue tan fuerte el poder del recuerdo, que no pudo resistir la tentación de volver a revivir aquellas horas felices. Saltó sobre los troncos

flotantes, se echó en un montón de heno que estaba secándose al sol, y trató de imaginarse que la balsa estaba en camino y que se deslizaba corriente abajo, unas veces lenta y otras apresurada, pasando bajo puentes y salvando presas, atravesando praderas, tierras de labor, pueblos y bosques, al tiempo que pensaba que todo estaba igual que entonces, y que en la orilla le aguardaba un montón de alfalfa para los conejos al lado de sus cañas y sus anzuelos dispuestos para la pesca. No había cambiado nada y en su cabeza no habían hecho presa todavía el dolor y las preocupaciones.

A la hora de la cena regresó, cansado y de mala gana. Su padre estaba bastante excitado por el inminente viaje a Stuttgart, y le preguntó una docena de veces si había empaquetado los libros, si había cepillado el traje negro, si no quería darle un último repaso a la gramática y si se encontraba bien. Hans tuvo una respuesta lacónica para todas las preguntas, comió poco y dio en seguida las buenas noches.

—Buenas noches, Hans. ¡Que duermas bien! ¿Te despierto a las seis, como acordamos? ¿No has olvidado el diccionario?

—No; no he olvidado el diccionario.

¡Buenas noches!

Permaneció despierto mucho rato en su cuarto, con la luz apagada y los ojos muy abiertos. Hasta entonces había sido aquél el único beneficio que le reportara el examen: la habitación pequeña y arreglada, de la que era único dueño y en la que no le estorbaba nadie. En ella había pasado muchas horas acodado sobre los libros, luchando con la fatiga, el dolor de cabeza y el sueño, tratando de comprender a César y a Jenofonte, a las gramáticas, a los diccionarios y a las matemáticas. En ella habían transcurrido también aquellas horas que fueron para él más valiosas que todos los jolgorios y

regocijos de muchacho, aquel par de horas pasadas como en un sueño, sorprendentes y llenas de orgullo, de embriaguez y ansias de victoria, en las que había soñado y anhelado una naturaleza superior que le alzara sobre el resto del mundo circundante. En ella llegó a adquirir la convicción de que verdaderamente era algo diferente y superior a sus compañeros de colegio, rollizos y perezosos, y de que, al contrario de ellos, estaba destinado a alcanzar una altura que ningún otro podía pensar. Respiró hondamente al recordar aquello. Se durmió vestido y la mano leve y maternal del sueño calmó el

oleaje de su inquieto corazón infantil y alisó las diminutas arrugas que surcaban su frente. Fue algo inaudito. A pesar de lo temprano de la hora, el propio rector se tomó la molestia de presentarse en la estación. El señor Giebenrath iba enfundado en su oscura gabardina de viaje y la excitación, la alegría y el orgullo que sentía, apenas le dejaban estarse quieto. Pataleaba, nervioso, alrededor del rector y de Hans, y correspondía, sonriente, a los cumplidos del jefe de estación y los empleados del ferrocarril, que deseaban mucha suerte a su hijo, sin dejar de pasarse la maleta de una mano a otra. Su equipaje era tan

voluminoso, que más parecía estar a punto de partir hacia América que a Stuttgart con billete de ida y vuelta. En cambio su hijo parecía sereno a pesar del temor oculto que le apretaba con mano de hierro la garganta.

Llegó el tren y se detuvo unos minutos. El andén se pobló de ruido y de gritos. Giebenrath y su hijo subieron a uno de los últimos vagones. El rector hizo un amable gesto de despedida, el padre encendió un cigarro, y el tren echó a andar. Pronto desapareció la pequeña ciudad en la lejanía del valle, y el río se perdió en unos recodos de los montes. El viaje fue un tormento para padre e

hijo.

La llegada a Stuttgart reanimó súbitamente al padre, que comenzó a mostrarse alegre, afable y casi cortés. Se dejó llevar por la deliciosa impresión del provinciano que por breves días visita la capital, y su locuacidad y buen humor contrastaron grandemente con el sombrío de su hijo. Hans estaba silencioso y lleno de temor. Una íntima congoja le asaltó a la sola contemplación de la ciudad, y pareció como si, al poner el pie en ella, hubiera perdido su propio ser. Los rostros desconocidos, las casas altas, opulentas y casi desafiantes, las largas y fatigosas

calles, los tranvías de caballos y el ruido de las calles, le intimidaron y le hicieron daño. Se alojaron en casa de una tía, y las grandes habitaciones destartaladas, la azucarada amabilidad y locuacidad de la tía, las largas charlas sin sentido y los prolongados cumplidos, terminaron de desanimar al muchacho. Desorientado y perdido, recorrió una a una todas las habitaciones, contemplando con fingida atención los muebles grandes y suntuosos, las cortinas valiosas y las gruesas alfombras, el reloj de pared, los cuadros que llenaban el comedor, o la calle rumorosa a través de los cristales de las

ventanas. Y todo aquello contribuyó a hacerle tan penosa la estancia en la ciudad que, a las pocas horas de su llegada, le parecía que había transcurrido una eternidad desde la salida de su casa y que había olvidado completamente lo aprendido a costa de tan grandes esfuerzos.

Por la tarde quiso repasar de nuevo los participios griegos, pero su tía le obligó a salir de paseo. Por unos instantes se imaginó Hans algo parecido al verde de los prados y el aroma del bosque, y asintió complacido, casi regocijado. Pero pronto se dio cuenta de que los paseos, en la gran ciudad tenían

un deleite muy diferente al de la tierra natal.

Su padre no pudo acompañarles, por tener que hacer unas visitas, de modo que salió solo con su tía. Ya en la escalera tuvo lugar el primer contratiempo. Se tropezaron en el primer descansillo, con una gruesa dama, ante la cual la tía hizo una pequeña reverencia. La dama se detuvo y ambas mujeres se pusieron a charlar con animación. La plática duró más de un cuarto de hora. Hans estuvo todo ese tiempo apretado contra la barandilla de la escalera, con el perrillo de la gruesa dama rondándole las piernas y

ladrándole sin cesar, y teniendo la convicción de que el cuchicheo de su tía se refería a él, pues la voluminosa dama no paraba de mirarle de arriba a abajo a través de sus quevedos. Se despidió, por fin, y ellos siguieron su camino. Pero apenas habían puesto los pies en la calle, cuando la tía entró en una tienda. Transcurrió un buen rato antes de que volviera a aparecer, y entretanto permaneció Hans, tímido y encogido, tropezando con las personas que transitaban presurosas por la acera y siendo objeto de las burlas de los pilluelos de la calle. Cuando salió la tía del establecimiento, volvió a cogerle de

la mano y le entregó, sonriente, una pastilla de chocolate. Él le dio las gracias con mucha amabilidad, a pesar de que no le gustaba el chocolate. En la esquina más próxima tomaron el tranvía de caballos. A Hans le regocijó, al principio, el nuevo medio de comunicación, pero los repetidos campanillazos y la gente que entraba y salía del vagón a cada parada terminaron por aburrirle. Cuando bajaron se alegró, y su satisfacción aumentó al ver que estaban en una gran alameda rodeada de hermosos jardines. Bajo los árboles saltaba el agua de un surtidor, florecían macizos multicolores

y en un estanque diminuto nadaban hermosos peces dorados. Pasearon arriba y abajo y luego dieron una vuelta completa a la alameda, entre el enjambre de los demás paseantes. Hans contempló gran número de rostros, de trajes y vestidos elegantes, bandadas de bicicletas, de sillas con ruedas de enfermos y cochecitos de niños, escuchó una confusión de voces y respiró una atmósfera cálida y polvorienta. Al final se sentaron en un banco, al lado de la demás gente. La tía había pasado casi todo el tiempo hablando, y al sentarse no pudo reprimir un hondo suspiro. Volvió a sonreír a su sobrino y le instó para que

se comiera el chocolate. El no quiso hacerlo.

—¡Dios santo! ¿No irás a incomodarte, verdad? ¡Come, hombre, come!

Hans sacó la pastilla de chocolate del bolsillo de la americana, jugueteó unos instantes con el papel plata y dio, por fin, un pequeño mordisco. El chocolate no le había gustado nunca, pero no se atrevía a decírselo a su tía. Mientras su sobrino mordisqueaba de mala gana la tableta descubrió ella un conocido entre la multitud, y le hizo una seña con la mano enguantada.

—Sigue sentado aquí. Vuelvo en

seguida.

Hans aprovechó la oportunidad para arrojar su chocolate en medio del césped. Luego meneó la pierna al compás, contempló a la mucha gente que pasaba ante él y se sintió bastante desgraciado. Al final trató de recitar nuevamente los irregulares, pero comprobó que casi no se acordaba. ¡Los había olvidado todos! ¡Y al día siguiente era el examen...!

Regresó la tía y le dio la noticia de que aquel año se presentaban ciento ochenta aspirantes al examen y sólo podrían pasar unos treinta y seis. Al escuchar tales palabras, se le cayó al

muchacho el alma a los pies y no despegó los labios una sola vez durante el regreso. Al llegar a la casa, le acometió nuevamente el dolor de cabeza, no quiso probar bocado y mostró tal desesperación, que su padre le reprendió severamente, y hasta su propia tía le encontró insoportable. La noche que siguió fue horrible. Se despertó muchas veces y tuvo espantosas pesadillas. Se vio sentado, con otros muchachos, en el aula donde iba a celebrar el examen. El rostro del examinador era igual al del párroco, pero luego se transformaba en el de la tía y ponía ante él un montón de pastillas

de chocolate para que se las comiera todas. Y mientras las mordisqueaba, bañado en lágrimas, sus compañeros se levantaban y desaparecían por una pequeña puerta. Todos habían comido ya el montón de chocolate que les correspondía, pero el suyo, en cambio, crecía y crecía sin cesar, llenando los bancos y la mesa, invadiendo toda la habitación y amenazando con sumergirle en su masa...

A la mañana siguiente, mientras Hans bebía su café sin apartar los ojos del reloj para no llegar tarde al examen, en su ciudad natal muchos se acordaron de él. El primero en recordar la fecha

fue el zapatero Flaig. Recitó sus oraciones en alta voz, antes de comenzar el desayuno, y luego permaneció unos instantes con la mirada baja. Toda la familia, incluidos los dos oficiales y los tres aprendices, estaba sentada a la mesa. El zapatero levantó sus ojos al cielo y, con voz solemne, añadió ésta a sus oraciones habituales:

—Señor; mantén tu protección sobre el estudiante Hans Giebenrath, que hoy verifica su examen. Bendícele y dale fuerzas para que sea un fiel intérprete de tu sano nombre.

El párroco no rezó, pero al terminar el desayuno le dijo a su mujer:

—Ahora se dirigirá Giebenrath al examen. Estoy seguro de que saldrá bien, y no me sorprendería que el muchacho resultara algo extraordinario. Entonces no tendré por qué arrepentirme de haber gastado el tiempo dándole clases de latín.

El maestro se dirigió a sus alumnos antes de dar principio a las tareas:

—A esta hora comienza en Stuttgart el examen. Deseemos a Giebenrath lo mejor y hagamos votos para que su calificación llene de orgullo a toda esta ciudad. Claro que él no necesita nuestros votos, pues vale como diez de vosotros, y el examen servirá para que

se pongan de manifiesto sus extraordinarias facultades.

El maestro calló. Y los alumnos volvieron casi unánimes sus pensamientos al ausente, especialmente los muchos que habían cruzado apuestas sobre su aprobado y su fracaso.

Y mientras todas las mentes se volvían a él y todos los corazones latían apresurados por la inminencia del acontecimiento, Hans entró, acompañado por su padre, en el aula del examen. Eran las diez de la mañana, y los muchachos pálidos que llenaban la sala se agitaban inquietos. Se marchó su padre y Hans quedó solo, abandonado a

su propio destino. Al principio miró a su alrededor, como un criminal en la cámara de torturas, conteniendo a duras penas los latidos de su corazón y la ansiedad que le ganaba por momentos. Pero cuando entró, por fin, el profesor, pidió silencio y dictó el texto correspondiente al ejercicio de latín, Hans lo encontró ridículamente fácil. Realizó su tema con rapidez y casi con alegría, lo pasó en limpio cuidadosamente y fue uno de los primeros en entregarlo. En verdad que al regreso se equivocó de camino y deambuló dos horas largas por las calurosas calles de la ciudad, pero ello

no empañó en lo más mínimo su júbilo, y casi se alegró del contratiempo, que le permitió degustar un saborcillo de aventura y verse libre por unas horas de las repetidas preguntas de su padre y de su tía. Y, en efecto, cuando, después de inquirir a diestro y siniestro, llegó a las puertas de la casa de su tía, le recibió el alud incontenible de preguntas:

—¿Qué tal ha ido? ¿Cómo ha ido? ¿Has sabido tu lección?

—Ha sido muy fácil —respondió con orgullo—. Ya en quinto curso hubiera podido traducir el tema.

Y se puso a comer con verdadero apetito.

Tuvo toda la tarde libre. Su padre lo aprovechó para efectuar algunas visitas a conocidos y amigos de la ciudad. En una de ellas encontraron a un muchacho de rostro melancólico que había llegado de Góppingen para sufrir también el examen. Los dos se contemplaron mutuamente con gran curiosidad.

—¿Qué te ha parecido el tema de latín? ¿Fácil, verdad? —preguntó Hans.

—Muy fácil. Pero el caso es que precisamente en los temas fáciles es donde se hacen mayor número de faltas. No se presta atención y es frecuente caer en trampas ocultas.

—¿Tú crees?

—¡Claro! Los examinadores no son tan tontos.

Hans se asustó un poco, pero después de quedarse pensativo unos instantes, preguntó al de Góppingen:

—¿Tienes aquí el texto?

El otro fue a buscar el cuaderno a su habitación y juntos repasaron, palabra por palabra, todo el tema. El de Góppingen demostró ser un latinista consumado, pues conocía denominaciones gramaticales de las que Hans no había oído siquiera hablar.

—¿Qué nos toca mañana?

—Griego y composición.

El de Góppingen respondió con

presteza y luego preguntó, a su vez, cuántos condiscípulos de Hans habían acudido al examen.

—Ninguno más. Sólo yo.

El otro no pudo contener un gesto de sorpresa.

—Los de Góppingen somos doce. Entre nosotros hay dos o tres que esperan alcanzar los primeros puestos. El número uno del año anterior fue también de Góppingen. ¿Seguirán estudiando en el Gymnasium si te suspenden?

Hans tuvo que confesarse que jamás se había tratado, entre él y su padre, de tal posibilidad.

—No sé... creo que no...

—Yo seguiré estudiando, de todos modos, aunque ahora me reprueben. Si eso sucede, mi madre me mandará a Ulm.

Las palabras impresionaron a Hans. También los doce de Góppingen, con los tres que aspiraban a la mejor puntuación, le causaron temor. Él no se hubiera atrevido a pensar nunca de aquel modo.

En cuanto regresó a su alojamiento, le faltó tiempo para repasar sus temas de griego. El latín no le había inspirado ningún temor, pero el griego era muy diferente. Le gustaba y aún llegaba a

entusiasmarle, pero sólo la lectura. Especialmente Jenofonte era tan bello, de un estilo tan enérgico y vigoroso, que se hacía muy fácil su comprensión y llenaba de placer su lectura. Pero tan pronto como se trataba de análisis gramaticales o de traducir del griego al alemán, se transformaba el encanto en un laberinto y le acometía tal temor del idioma, que bien podía creerse que retrocedía a los tiempos de su primera lección, cuando aún no conocía siquiera el alfabeto griego.

Al día siguiente tuvo lugar el examen de griego, seguido del de composición alemana. El tema griego fue bastante

extenso y nada fácil; la composición tuvo sus momentos difíciles, y el ánimo de Hans se mostró bastante más decaído que el día anterior. A partir de las diez se hizo insoportable el calor de la sala. Hans no tenía una buena pluma y echó a perder dos pliegos de papel antes de pasar en limpio el tema griego. Durante la composición le puso en gran aprieto uno de los que se sentaban a su lado, al pasarle por debajo del banco un papel con una pregunta escrita y reclamar con repetidos codazos su respuesta inmediata. Estaba rigurosamente prohibido el trato con los compañeros, y ser sorprendido en la falta podía

equivaler a la expulsión del examen. Tembloroso de temor y de excitación, Hans escribió en el papel: «Déjame en paz». Y volvió la espalda al preguntón, para demostrarle su indiferencia. El calor era cada vez más sofocante. Hasta el propio profesor que ejercía su vigilancia paseando arriba y abajo por el aula sin descansar un solo momento, se pasaba repetidamente el pañuelo por la frente. Hans sudaba a mares dentro del grueso traje que estrenó el día de la confirmación. El dolor de cabeza le acometió de nuevo y, por fin, entregó sus cuartillas, con la sensación que estaban llenas de faltas y de que, para él, el

examen había terminado.

De regreso a casa, permaneció silencioso todo el tiempo de la comida, encogiéndose de hombros a las preguntas que le hacían y poniendo el rostro de un delincuente. La tía trató de consolarle, pero el padre se impacientó y no pudo evitar sus reproches. Terminada la comida hizo seña al muchacho para que le acompañara al gabinete contiguo, y trató de interrogarle nuevamente:

—Ha ido muy mal —respondió Hans.

—¿Por qué no has puesto más atención en el tema? —inquirió el padre,

con irritación.

Hans calló, pero cuando su padre comenzó a reprocharle de nuevo, enrojeció y exclamó:

—¡Pero tú no entiendes una sola palabra de griego!

Lo peor era que faltaban sólo dos horas para el oral. Este era el que inspiraba al muchacho más temor. Conforme iban pasando los minutos sentía una congoja que atenazaba su garganta y una inquietud que hacía presa en todo su ser. Y mientras recorría, una vez más, las ardientes calles de la ciudad, camino del aula, la vista se le nublaba en vértigos de pesar y de miedo.

Pasó diez minutos interminables sentado ante tres graves caballeros que ocupaban sus respectivos sitios detrás de una gran mesa verde; tradujo un par de aforismos latinos y contestó con presteza las preguntas que le hicieron.

Volvió a pasar otros diez minutos ante tres caballeros diferentes; tradujo algunas frases griegas y respondió como pudo al nuevo interrogatorio. Como colofón quisieron que les dijera un aforismo compuesto e irregular, pero él no acertó a dar la respuesta precisa.

—Puede usted retirarse. Hacia allá; la puerta a la derecha.

Hans echó a andar como un

autómata, pero cuando ya iba a trasponer el umbral, le vino el aforismo a la memoria. Se detuvo, indeciso.

—¡Márchese! —le gritaron—. ¡Márchese! ¿O se encuentra usted algo indispuerto?

—No. Pero acabo de recordar el aforismo. Le volvieron a llamar al interior del aula. Vio que uno de los respetables caballeros se reía, y no pudo contener la oleada de rubor que le subió al rostro. Luego trató de recordar las preguntas y las respuestas, pero no acertó más que a confundirse aún más. Sus ojos seguían viendo la extensa superficie verde de la mesa, los tres

graves caballeros y el libro abierto que sostenían sus manos temblorosas. ¿Qué había respondido, Dios santo?

Mientras hacía su camino de vuelta, se imaginó que hacía mucho tiempo que estaba en la ciudad y que no podría salir más de ella. El jardincillo de la casa paterna, los montes azulados y los recodos del río donde acostumbraba pescar, le parecieron algo muy lejano y muy querido. Súbitamente sintió deseos de volver a contemplar aquellos lugares, y la nostalgia estrujó con fuerza su corazón. ¡Si pudiera regresar aquel mismo día! ¿Qué interés tenía la permanencia en la ciudad cuando el

examen había terminado?

Se compró un bollo de leche y estuvo vagando durante toda la tarde por las calles de la ciudad, sin rumbo fijo pero con la única idea de evitar una larga conversación con su padre. Cuando finalmente se decidió a regresar a su casa, vio que todos habían estado inquietos por su tardanza. Pero su aspecto era tan agotado, que su padre no le riñó. Le dieron una sopa de huevo y le mandaron en seguida a la cama. Al día siguiente tenía que examinarse de religión y matemáticas, y luego podría regresar a la ciudad natal.

La tarde siguiente no tuvo un solo

contratiempo. A Hans le pareció una ironía que todo le fuera tan bien cuando el día anterior le habían salido tan pésimamente las cosas. Pero, mal o bien, todo había terminado. Tan sólo faltaba el regreso...

—El examen ha acabado y podemos ya volver a casa anunció a la tía, con cierta entonación de orgullo.

Pero su padre quiso permanecer un día más en la ciudad. Habían proyectado llegarse hasta Cannstadt para tomar unos cafés en el casino. Hans no pareció muy entusiasmado con el proyecto, y sus ruegos fueron tan convincentes, que su padre le autorizó a coger el tren aquella

misma tarde.

Le acompañaron a la estación y la tía le abrazó estrechamente, al mismo tiempo que le entregaba un paquetito con algo de comida para el viaje. Silbó la locomotora, se cruzaron los últimos saludos y el tren partió a través del paisaje verde y ondulado. Sólo cuando aparecieron en la lejanía los montes azules le invadió al muchacho una sensación de alegría y de plena liberación. Alegría por volver a ver a la vieja criada que le aguardaba en casa, por traspasar de nuevo el umbral de su cuarto, por saludar al rector y pisar otra vez el aula habitual de la escuela.

Alegría por todo lo que le había faltado aquellos días pasados en la capital y que le aguardaba a su regreso a la villa natal.

Por suerte no acudieron a recibirle a la estación curiosos ni conocidos, y le fue posible llegar cuanto antes a su casa. Dejó los paquetes encima de la mesa y entró, feliz y sonriente, en la cocina.

—¿Ha sido hermoso lo de Stuttgart?  
—preguntó Anna.

—¿Hermoso? ¿Crees que un examen puede ser hermoso?

Sólo estoy alegre por volverme a ver aquí. Mañana llegará mi padre.

Se bebió una escudilla de leche,

descolgó el traje de baño de los alambres de la ventana y salió de casa disparado como una flecha, pero no hacia la pradera donde toda la gente acostumbraba a bañarse, sino hacia donde terminaban las últimas casas de la villa.

Llegó, por fin, al paraje donde el río se deslizaba, manso y cristalino, entre ambas orillas. Allí se desnudó, metió una mano y después un pie en el agua tibia, dudó unos instantes y, por fin se zambulló. Dio algunas brazadas contra la corriente y se dejó arrastrar después, para volver a recuperar el trecho perdido. Nadó apresuradamente,

descansó y volvió a nadar con igual impulso, sintiendo en cuerpo y alma el efecto sedante y generoso del agua. Por fin le invadió un gran cansancio y una completa laxitud. Entonces se dejó arrastrar por la corriente, flotando de espalda sobre las aguas verdosas, contemplando entre los celajes de los árboles el cielo vespertino cruzado por las breves flechas oscuras de las golondrinas y arrebolado por los rayos del sol poniente. Cuando se vistió de nuevo y emprendió el camino de regreso, caían ya sobre el valle las primeras sombras de la noche.

Pasó por delante del jardín del

comerciante Sackmann, donde de pequeño acostumbraba robar ciruelas verdes con unos compañeros de la primaria. Y ante el huerto del sacristán, permanente vivero de los gusanos que utilizaba para pescar. Pasó también ante la casita del inspector Gessler, de cuya hija Emma se enamoró tan rendidamente dos años antes, cuando él era uno más en las bandadas de muchachos que patinaban sobre el hielo. En aquella época, la muchacha era la más seductora y elegante de toda la ciudad, y él no tenía más deseo y ambición que darle la mano o cambiar con ella unas palabras. Ambas cosas no llegaron a ocurrir

jamás, y se tuvo que contentar con saciar sus ansias en la lejana contemplación. Hacía ya algún tiempo que Emma había abandonado la ciudad para ingresar en un internado, y Hans no la había vuelto a ver. Todos aquellos recuerdos de una época pasada le asaltaron durante su camino de regreso; claros y precisos, de colores tan fuertes y sensación tan singular, que nada de lo vivido posteriormente podía igualarse a ellos. Fueron los tiempos en que se sentaba, al anochecer, en el umbral de la casa, pelando patatas y escuchando cuentos, en que regresaba cada domingo con la ropa de vestir mojada y manchada de

barro por haber desobedecido las órdenes de su padre marchándose a pescar cangrejos de río o doradas en los saltos de la presa. Tiempos en que los castigos menudeaban y el mundo de la calle se ofrecía, tentador y lleno de encanto, a su despierta curiosidad de adolescente. El zapatero, con su aspecto encorvado y sus manos anchas y peludas; el pasajero, del que se sabía con seguridad que había envenenado a su mujer, y el aventurero «señor Beck» que, con bastón y morral, había recorrido toda la región superior y al que trataban de señor porque había sido antes un hombre rico, con cuatro

caballos y voluminoso equipaje, fueron para Hans otras tantas revelaciones en el camino de su existencia. Apenas sabía de ellos nada más que los nombres, pero componían aquel oscuro y pequeño mundo de la calle, que había sido lo más vivo y animado, valioso y apasionante, de su existencia anterior. Al día siguiente se levantó muy tarde. El permiso concedido para efectuar el examen no terminaba hasta dos días más tarde, de modo que al mediodía pudo ir a buscar a su padre, que regresó de Stuttgart henchido de todos los pequeños placeres de la capital.

—Si te han aprobado —exclamó de

buen talante— puedes pedirme lo que desees. ¡No te olvides de hacerlo!

—No, no —dijo el muchacho casi en un sollozo—, estoy seguro de que me han reprobado.

—¡Tonterías! ¡Pide algo y procuraré complacerte!

Hans se quedó pensativo unos instantes.

—Quisiera pescar durante las vacaciones. ¿Podré hacerlo?

—En cuanto sepamos el resultado del examen...

Al día siguiente, un domingo triste, cayó un aguacero acompañado de un fuerte viento. Hans no pudo salir de casa

y permaneció en su habitación, leyendo y meditando. Volvió a recordar, minuto por minuto, todo lo ocurrido en Stuttgart y llegó de nuevo a la conclusión de que había tenido muy mala suerte, y que tanto los temas escritos como las respuestas orales, no habían respondido a su preparación. Después de este pensamiento desalentador, no le quedó la menor esperanza de haber pasado el examen. ¡El estúpido dolor de cabeza había sido causante de todo! Poco a poco su inquietud se fue convirtiendo en angustia, y, por fin, sin poder contenerse un minuto más, se dirigió al comedor, donde su padre estaba leyendo

reposadamente el periódico.

—¡Escucha!

—¿Qué quieres?

—Deseo preguntarte algo referente a mi petición anterior. ¿Te importaría que no pescara?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Yo... mejor dicho, quería preguntarte también si...

Hans se detuvo temeroso, y su padre no pudo contener la impaciencia.

—¡Termina de una vez con esta comedia! ¿Qué es lo que quieres decirme?

—¿Ingresaré en el Gymnasium si me han suspendido?

El viejo Giebenrath pareció quedarse sin palabras, y durante unos instantes no acertó siquiera a responder.

—¿Qué? ¿Dices en el Gymnasium? ¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza?

—Nadie. Lo pensé únicamente.

Hans respondió tembloroso con un temor de muerte reflejado en la mirada. Pero su padre ni siquiera se dio cuenta de ello.

—Eso son extravagancias — exclamó con involuntaria sonrisa— Recuerda que soy consejero de comercio.

Habló con tanta energía, que Hans

sintió desplomarse su poco valor, y salió del comedor sin añadir palabra. El padre siguió en su rosario de invectivas y lamentaciones, irritado y conmovido por la pregunta de su hijo.

—¿Es este muchacho como Dios manda? —gruñó a media voz—. ¿Es lógico lo que se le ha ocurrido? ¿Ingresar en un Gymnasium? ¿Ha olvidado acaso las esperanzas que todos tenemos puestas en él?

Hans permaneció acomodado una media hora en el alféizar de la ventana, con la mirada perdida en el vacío y el pelo revuelto, tratando de hacerse una idea de lo que sería su vida si no

existiera nada parecido al Seminario, al Gymnasium o al estudio. Estaría de aprendiz en cualquier taller o de meritorio en cualquier despacho de la pequeña ciudad, y durante toda su vida sería una de aquellas gentes sin ambición, a las que tanto despreciaba y con las que deseaba evitar todo contacto o semejanza. Su rostro pálido y esbelto se contrajo en una mueca de irritación y dolor, y por unos instantes lucharon en su interior los más encontrados impulsos y las más variadas emociones. Por fin se incorporó súbitamente, cogió con fuerza la crestomatía latina y arrojó el libro contra la pared más próxima. Luego

salió de la casa y echó a andar bajo la lluvia.

El lunes siguiente volvió a la escuela. El rector le recibió con la mejor de sus sonrisas y le dio la mano cortésmente.

—Creí que vendrías ayer a verme.  
¿Qué tal fue el examen?

Hans bajó la cabeza.

—¿Qué quieres decir? ¿Mal, acaso?

—Creo que sí.

—Hay que tener paciencia —le dijo consolándole, el anciano—. Es probable que esta misma mañana llegue de Stuttgart la papeleta.

La mañana fue espantosamente larga.

La papeleta no llegó y Hans apenas pudo probar bocado a la hora de la comida. Estaba muy nervioso y tenía los labios contraídos en un rictus de cansancio y de abatimiento.

Por la tarde, cuando volvió a la escuela, le salió al encuentro el profesor de su curso.

—¡Hans Giebenrath! —leyó en alta voz.

Hans se acercó, y el profesor le estrechó la mano con calor.

—Te felicito, Gieberanth. Has sido aprobado en el examen con el número dos.

El muchacho se quedó mudo de

sorpresa y alegría. Se hizo a su alrededor el silencio de las grandes solemnidades, y la puerta se abrió para dejar paso al rector.

—Te felicito. ¿Qué dices a esto?

Hans siguió sin despegar los labios.

—¿Qué? ¿No dices nada?

—Si lo hubiera sabido —dijo Hans, lentamente. —Cabría podido ser el primero con toda facilidad.

—Vuelve ahora a casa —le aconsejó el rector— y comunica a tu padre la buena nueva. No es necesario que vuelvas ya a la escuela. Las vacaciones comienzan dentro de ocho días y no te vendrá mal una semana más de

descanso. El muchacho atravesó presuroso la ancha Marktplatz. Los tilos ponían su verde tonalidad sobre el gris oscuro de las fachadas y el sol arrancaba brillo a sus hojas. Todo estaba igual que el día anterior. Pero algo, sin embargo, había cambiado a los ojos del muchacho. ¡Había aprobado el examen! ¡Era el número dos! El pensamiento se repetía en su mente con sonos de marcha triunfal. Sus ojos despedían destellos de triunfo y un temblor convulsivo le agitaba todo el cuerpo. Cuando llegó, su padre estaba en la puerta de la casa.

—¿Qué sucede? —preguntó a la

ligera.

—Nada de particular. Me han festejado en la escuela.

—— ¿Qué? ¿Por qué?

—Porque soy ya seminarista.

—¿Seminarista? ¿Has aprobado ya el examen?

Hans asintió.

—¿En buen lugar?

El muchacho comprendió la pregunta de su padre y se apresuró a repetir con orgullo:

—Soy el número dos de este año.

El padre no aguardaba aquello. Se quedó sin saber qué decir, dio unos golpecitos cariñosos en la espalda de su

hijo, sonrió y asintió con la cabeza. Luego abrió la boca como si fuera a decir algo. Pero en vez de decirlo, volvió a asentir con la cabeza.

—¡Diablo de muchacho! —exclamó por fin—. ¡Diablo de muchacho!

Hans se precipitó en el interior de la casa, subió las escaleras como una exhalación, abrió su armario que estaba en un rincón del desván y sacó unas cajitas polvorientas, unos sedales y unos anzuelos eran sus trebejos de pesca. Sólo le faltaba una vara larga y recta. Volvió a bajar donde estaba su padre.

—¡Déjame tu cortaplumas, papá!

—¿Para qué?

—Quiero cortar una rama. Es para pescar...

Su padre se metió una mano en el bolsillo y se la tendió luego, radiante y magnánimo.

—Aquí tienes dos marcos para que compres un cortaplumas propio. Pero no vayas a casa del cordelero, sino enfrente, a la del cuchillero. Los tiene mejores y más baratos.

Hans echó a correr. El cuchillero le preguntó cómo había ido el examen, fue uno de los primeros en enterarse de la noticia y le dio uno de sus mejores cortaplumas. Río abajo, en las proximidades del puente, crecían

arbustos de aliso y avellano. Tras larga búsqueda, Hans cortó una vara recta y sin nudos, la limpió de hojas y regresó a su casa con ella.

Arrebolado y con los ojos brillantes fue preparando despacio los aparejos. Aquella tarde, que era para él tan gozosa como la propia pesca, le enfrascó toda la tarde y las primeras horas de la noche. Repasó pacientemente los sedales, deshizo los nudos, enganizó los anzuelos y los flotadores de corcho y sopesó pedacitos de plomo de todos los gruesos y tamaños. Anudó el aparejo a la caña y lanzó varias veces el anzuelo en el centro de la habitación, haciéndole

dar antes unas vueltas sobre su cabeza, tal como había visto hacer a los pacienzudos y experimentados pescadores que pasaban los domingos sentados a la orilla del río. Después de cenar todo estuvo a punto, y Hans tuvo entonces la completa seguridad de que durante las siete semanas de vacaciones no se aburriría ni un solo instante. Con sus aparejos de pescar podría pasarse todo el día junto al agua sin que la soledad le atormentase.

## CAPÍTULO II

¡ASÍ ERAN las vacaciones veraniegas! Un cielo azul sobre las montañas, un día radiante tras otro a lo largo de unas semanas, interrumpido tan sólo de cuando en cuando por un breve chaparrón que refrescaba la atmósfera y ponía gotitas brillantes sobre las hojas de los árboles. A pesar de tener su curso a través de altas orillas, sombreados bosques de abetos y angostas gargantas, el río estaba tan tibio que invitaba a bañarse aún después de ponerse el sol. En las estrechas franjas de tierras de labor que rodeaban la villa,

amarilleaban las espigas, en los arroyos crecía la lujuriosa vegetación de los nenúfares, cuyas hojas planas eran punto de cita de las libélulas, y en cuyas proximidades crecían las cañas que los pilluelos de las orillas utilizaban para construir flautas de dulce son. En los claros del bosque se abrían a los rayos del sol las herbáceas, y las rosas silvestres cubrían los troncos musgosos con su rojo violáceo. Más al interior, bajo los abetos, crecían graves, bellas y exóticas, las largas brujías, con sus hojas carnosas, su fuerte tallo y su color rojo, semejante a una viva pincelada sobre el mantillo seco de los abetos. A

su lado, minúsculos y medio ocultos, los hongos mostraban una inmensa variedad: el agárico, rojo y brillante, la gruesa y carnosa seta grande, el aventurero salsifí, el tornasolado hongo de coral y el extraño monótopo, enfermizo y sin color. Los innumerables prados que rodeaban el bosque estaban cubiertos de amarilla retama, a la que seguían los pastos grasos y cortos, extendidos hasta más allá del río y pintados por las licnis, la salvia y la escabiosa. Entre el follaje cantaban sin cesar los pinzones, entre los abetos correteaban las ardillas y en los prados, en los muros y en las hondonadas secas

tomaban el sol los lagartos, mientras las cigarras desde las copas de los árboles lanzaban al aire su incansable canción, borrachas de luz y de calor.

La villa tomaba aquellos días un aire campesino. Carretas y carros cargados de paja, olor de heno y brillo de guadañas recién afiladas llenaban las calles y el aire. Desde los altillos y los desvanes se veía a los hombres que segaban las mieses, destacando como puntitos oscuros en el mar amarillo, y de no haber sido por las dos fábricas que alzaban sus chimeneas en las afueras, cualquiera hubiera creído hallarse en un pueblo.

Hans se levantó muy temprano el primer día de vacaciones. Fue a la cocina y aguardó impaciente a que estuviera listo el café, pues la vieja Anna acababa de levantarse. Le ayudó a encender el fuego, fue al horno a buscar el pan, apuró apresuradamente el café con leche y se metió una rebanada en el bolsillo. Salió de la casa sin haber visto siquiera a su padre y anduvo sin descanso hasta el dique superior. Allí se detuvo, sacó del bolsillo una redonda caja de estaño y comenzó a coger saltamontes. Al poco rato tuvo la caja llena. Pasó el tren a marcha lenta sobre el dique, con unos pocos pasajeros

asomados a las abiertas ventanillas y un largo penacho de vapor y humo saliendo de la chimenea. Contempló cómo el humo permanecía unos instantes en el aire y luego se deshacía en la atmósfera clara y luminosa de la mañana. ¡Cuánto tiempo hacía que no veía todo aquello! Echó a andar de nuevo, respirando hondamente como si quisiera beber el aire puro y recuperar todo el tiempo perdido en los estudios y el examen. El tiempo parecía haberse detenido unos años atrás y creía ser nuevamente el muchacho que jugaba entre los ciruelos y buscaba cebo para sus anzuelos en la tierra húmeda de la ribera.

No pudo contener los latidos de su corazón cuando desde el pretil del puente contempló el trecho más hondo del río. Apretó contra el pecho la caja llena de saltamontes y empuñó con fuerza la improvisada caña. Las aguas no habían adquirido todavía el color verdoso que tenían al mediodía y el sol se filtraba entre las ramas para jugar en la arena húmeda de las orillas. En breves minutos alcanzó el lugar apropiado. Reclinado muellemente en el tronco de un sauce, con las piernas colgando sobre el agua, podía pasarse horas y horas sin que nadie le molestara. Arrolló el sedal, colocó en su extremo

un pequeño perdigón, ensartó en el anzuelo a uno de los saltamontes y lanzó luego el aparejo en medio de la corriente, después de voltearlo varias veces sobre su cabeza. Y empezó el viejo juego tan conocido: los peces rodearon el anzuelo tratando de atrapar el cebo, transcurrieron unos minutos largos y llenos de emoción y por fin desapareció el saltamontes sin que picara ningún pez. Un segundo saltamontes pasó a ocupar su puesto, seguido de un tercero, un cuarto y un quinto. La bandada de pececillos se alejó varias veces, para volver a aparecer. Hans aseguró el cebo al

anzuelo, lastró el sedal con un nuevo perdigón y lo volvió a lanzar en medio de la corriente. Por fin vio acercarse al cebo un pez mediano. Lo movió suavemente y aguardó a que el pez volviera a acercarse. Este no tardó. Mordisqueó el cebo unos instantes y por fin picó con fuerza. Hans sintió el tirón, agarró la caña con fuerza y comenzó a levantar el sedal, poco a poco. El muchacho vio que era una comiza, pero antes de que tuviera tiempo de sacarlo totalmente del agua, el pez coleteó con furia y cayó de nuevo en la corriente. Le vio dar dos o tres vueltas entre dos aguas y luego desaparecer en las

profundidades, raudo como una flecha de plata. Había picado mal.

El contratiempo despertó en el pescador la apasionada ansiedad del pasatiempo. A partir de aquel instante, su mirada no se apartó del lugar donde el sedal se hundía en el agua. Sus mejillas estaban enrojecidas y sus movimientos eran prestos y seguros. Una segunda comiza picó el anzuelo. Esta no se escapó, sino que pasó a ocupar el primer lugar en el cestillo de Hans. Siguió una carpa pequeña y tres gubios, uno tras otro. El muchacho se alegró de la pesca, a su padre le gustaban mucho los gubios. Tenían aproximadamente el

largo de una mano, eran bastante gruesos y su color entre verde y castaño cuando estaban en el agua, se fue transformando en el interior de la cesta en un azul acerado con destellos verdosos.

Entretanto se había elevado el sol, la espuma brillaba blanca como la nieve en el dique superior, rizaba la superficie del río una brisa leve, y al levantar los ojos, se veían unas cuantas nubecillas sobre las montañas lejanas. Hacía calor, pero nada caracterizaba tanto al día de verano como aquellas nubecillas que parecían estar colgadas e inmóviles sobre los montes y que estaban tan impregnadas de luz y claridad que no se

podía mirarlas fijamente. Sin ellas no parecería que hacía calor, porque ni siquiera el cielo azul ni la superficie del agua translucían la canícula. Pero apenas se ponía la vista en aquellos vapores, se sentía arder el sol, se buscaba la sombra y se llevaba la mano a la frente para secar el sudor.

La atención de Hans no se mantuvo fija mucho tiempo en el anzuelo. El cansancio fue haciendo presa en él, y con el mediodía llegó la mala hora para la pesca. Las brecas, incluso las mayores y de más peso, se dejaban arrastrar por la corriente con objeto de tomar el sol. Nadaban entre dos aguas,

reunidas en grandes bandadas y evitando con cuidado los obstáculos que se amontonaban río abajo. Se espantaban muy a menudo, sin causa aparente que lo motivara, no se dejaban atraer por ningún cebo, y aunque el pescador se pasara todas las horas del mediodía con el anzuelo tendido, ni una lograba atrapar.

Hans anudó el sedal a una de las ramas del sauce, se sentó sobre la hierba y se puso a contemplar el río verdoso que mansamente se deslizaba. Lentamente fueron pasando las bandadas de peces. Un lomo oscuro sucedía a otro y la corriente las arrastraba sin ningún

esfuerzo ni interrupción, con fluidez pausada. Hans se quitó las botas y metió los pies en el agua. Contempló los peces pescados y se extasió largo rato con sus tonalidades. ¡Qué hermosos eran! el color blanco se unía al castaño y al verde y la plata al oro opaco, al azul y al negro tornasolado. Todos cambiantes a cada movimiento y a cada aleteo, como el brillo de un montón de piedras preciosas.

El silencio era casi absoluto. Apenas se escuchaba el rumor lejano de los carros al atravesar el puente y el tableteo del molino eran algo más que un leve rumor.

Hans entornó los ojos y se abismó en una soñolienta meditación. El griego y el latín, la gramática y la prosodia, las matemáticas y los ejercicios memorísticos, la confusión y el abatimiento de todo un año largo e inquieto, se hundieron silenciosamente en las horas quietas y cálidas. Hans sintió un ligero dolor de cabeza, pero no tan fuerte como antes y nunca tan desalentador. Abrió los ojos y volvió a contemplar el agua mansa, el sedal atado a la rama del sauce y los peces en el cestillo. En aquel instante se acordó de que había pasado ya su examen y de que era el número dos de aquel año.

Chapoteó con ambos pies en el agua, se metió las manos en los bolsillos y comenzó a silbar. En realidad-no sabía silbar bien y se le escapaba el aire entre los dientes sin que surgiera el tono apetecido, pero ello no fue obstáculo para que se sintiera feliz. Podían burlarse sus compañeros de escuela de que no supiera silbar, pero la verdad era que lo poco que sabía bastaba para aquellos momentos. Nadie le oía. Los antiguos compañeros estarían sentados en sus mesas, estudiando geografía y sudando una gota por cada pelo. Sólo Hans Giebenrath gustaba de aquella libertad al aire libre. Se había

adelantado, y los demás estaban muy por debajo de él. Recordó las burlas que le prodigaron por no querer tomar parte en sus juegos y en sus algaradas, por preferir el estudio a la holganza y la quietud al bullicio. Pero había alcanzado el premio merecido. ¿Se daban cuenta aquellos estúpidos? Los detestaba tanto, que interrumpió un instante su silbido para escupir con desprecio. Luego recogió el sedal y la sonrisa asomó a sus labios al ver que el anzuelo estaba otra vez sin cebo. Soltó los saltamontes que aún quedaban en la caja y les vio alejarse saltando por la hierba. En la tenería próxima dieron la

señal de abandonar el trabajo. Era mediodía; la hora de ir a comer.

Se sentó a la mesa sin pronunciar palabra. —¿Has pescado algo? —preguntó su padre. —Cinco presas.

—¡Vaya! Pero ten cuidado de no pescar a los mayores, para que siempre haya crías.

La conversación acabó con el consejo paterno. Hacía mucho calor y era una lástima no poder bañarse inmediatamente después de la comida. ¿Por qué no? Era dañoso, según decían. Pero Hans sabía muy bien que no causaba ningún daño porque se había bañado muchas veces a pesar de la

prohibición. Pero aquel día procuró contenerse. Era mayor para cometer travesuras y recordaba muy bien que en el examen le habían tratado de «usted».

Además no era tan desagradable pasar una hora en el jardín, tendido bajo la sombra de dos abetos, leyendo algún libro o contemplando el revoloteo de las mariposas. Permaneció así hasta las dos, y poco le faltó para que se durmiera. Pero la impaciencia del baño le mantuvo despierto. Sólo unos cuantos muchachos estaban en la orilla. Los mayores no habían salido aún de la escuela y Hans los compadeció desde el fondo de su corazón, sintiendo al mismo tiempo el

orgullo de ser el único que podía bañarse a aquella hora. Se desnudó lentamente y se zambulló luego en el agua tibia del río. Supo disfrutar alternativamente del fresco y del calor, nadando tan pronto un trecho como tendiéndose un rato sobre la hierba de la orilla para que el sol secara rápidamente su piel húmeda. Los restantes muchachos daban vueltas a su alrededor con tímido respeto. Hans se convenció de que se había vuelto una celebridad y se sintió de nuevo completamente diferente a todo lo que le rodeaba.

Casi toda la tarde la pasó alternando

sol y agua con un gozo no sentido hacía mucho tiempo. Alrededor de las cuatro llegaron los de su clase, ruidosos y alborotados como siempre.

—¿Qué tal, Giebenrath? ¿Lo pasas bien?

Él se tendió en la hierba con un gesto de suficiencia.

—Muy bien, ...muy bien...

—¿Cuándo ingresas en el Seminario?

—En septiembre. Ahora estoy de vacaciones.

Se sintió envidiado. Y ni siquiera causó mella en él, que los mayores hicieran bromas y que éstas arreciaran

hasta el punto que uno de ellos se pusiera a cantar el conocido estribillo que se dedicaba en la clase a los aplicados.

Se echó a reír como toda respuesta. Entretanto se habían desnudado los muchachos, y uno de ellos se zambulló limpiamente en el agua, mientras los demás se tendían en la hierba antes de bañarse. Admiraron un buen buceador y echaron a un miedoso al agua entre los gritos jubilosos de la alborotada tropa. Se persiguieron los unos a los otros, corrieron y nadaron, saltaron y jugaron incansablemente. Creció el alboroto y el jolgorio, y la corriente apareció

salpicada en toda su anchura de cuerpos mojados y brillantes.

Poco después Hans se marchó. Estaban cerca las horas reposadas del crepúsculo, en las que los peces volvían a picar el cebo. Hasta la hora de la cena permaneció con el anzuelo tendido debajo del puente, pero sin pescar una sola presa. Los peces acudían ávidos y a cada instante se tragaban el cebo, pero sin quedar enganchados en el anzuelo.

Hans comprendió que las cerezas eran demasiado grandes y blandas para cebo y decidió dejar el nuevo intento para después de la cena.

Al regresar le dijeron que habían

acudido muchos conocidos a felicitarle, y le mostraron también el periódico de aquel día, que publicaba debajo de los anuncios oficiales el siguiente suelto: «Nuestra ciudad ha enviado este año un aspirante al examen de ingreso en el Seminario Teológico Menor. Hans Giebenrath ha sabido dejar bien alto el nombre de su villa natal, y con toda satisfacción hacemos constar que ha aprobado el examen, alcanzando el número dos entre todos los aspirantes del próximo curso».

Dobló la hoja y se la metió en el bolsillo sin decir nada, pero en su interior se sintió Heno de júbilo y de

orgullo. Después de cenar, regresó a la orilla del río. Como cebo llevó unos trocitos de queso, manjar que gustaba a los peces y que era fácilmente visible en la oscuridad.

Dejó la caña en casa y cogió únicamente los sedales y los anzuelos. Le gustaba pescar de aquel modo, sosteniendo la cuerda en la mano, sin caña ni flotadores, con el aparejo compuesto tan sólo de sedal y anzuelo. Era más fatigoso, pero mucho más alegre. Se dominaban los menores movimientos del cebo, se presentían las idas y venidas' de los peces, y al sentir el tirón de los sedales, se adivinaban los

coletazos de la presa como si estuviera ante los ojos. Sin duda alguna, era aquel método de pesca mucho más difícil que el otro, puesto que se necesitaban unos dedos seguros y una atención de espía, pero no cabía comparar tampoco lo apasionante del acecho y la satisfacción que se sentía cuando el pez picaba el cebo.

La honda cañada del río quedó pronto envuelta en las primeras sombras de la noche. El agua transcurría oscura y silenciosa bajo el puente y en el molino inferior brillaba ya una luz. Del rumbo de la villa llegaba rumor de risas y de gritos, la atmósfera estaba un poco

bochornosa y entre las aguas saltaba a cada instante un pez con brusco chapoteo.

Al anochecer se agitaban los peces extrañamente, zigzagueando por la corriente, saltando sobre el agua oscura y precipitándose como ciegos sobre el cebo. Al utilizar el último pedazo de queso, había pescado Hans cuatro carpas pequeñas, que pensaba llevar al párroco al día siguiente.

Sopló una ráfaga de viento cálido. Se había hecho rápidamente de noche, pero el cielo todavía estaba muy claro. La torre de la iglesia y el tejado del castillo sobresalían sobre la oscura

masa de la villa. En la lejanía debía haberse desencadenado una tempestad, porque de cuando en cuando sonaba un trueno ronco y profundo que se desvanecía prestamente en el aire.

Cuando Hans se echó en la cama, estaba tan cansado y tenía tanto sueño, que no se detuvo siquiera para pensar en la jornada transcurrida. Le quedaban aún una larga serie de hermosos y alegres días para dedicarlos a la holganza, al baño, a la pesca y a la meditación. Tan sólo le atormentaba la idea de no haber alcanzado el número uno en el examen, pero esperaba que los goces veraniegos borrarán pronto el penoso resquemor.

Era aún temprano, cuando se detuvo en el umbral de la casa del párroco, con sus cuatro carpas en el cestillo y una expresión radiante en el rostro. El pastor salió de su cuarto de estudio y le estrechó la diestra afectuosamente.

—¡Buenos días, Hans Giebenrath! ¡Te felicito, te felicito de todo corazón! ... ¿Pero qué traes aquí?

—Unos cuantos pescados. Son carpas y yo mismo las pesqué ayer tarde.

—¡Muchas gracias, muchacho! ¡Muchas gracias! Pero pasa, pasa...

Le introdujo en la estancia que tan bien conocía ya. No tenía ninguna

semejanza con el cuarto de estudio de un pastor, y olía a flores y a tabaco. Los libros de las estanterías mostraban sus lomos brillantes y sus guarniciones doradas, completamente diferentes a los manoseados volúmenes que se acostumbraban a hallar en la biblioteca de un párroco. Un observador atento se hubiera dado cuenta también de que en los títulos de los bien ordenados libros alentaba un nuevo espíritu, diverso por no decir opuesto al que sobrevivía entre los venerables componentes de la generación declinante. Los honorables volúmenes de una biblioteca eclesiástica, los piadosos cánticos de

Bengel y de Otinger, los que tan bien cantó Mórike en su «Turmhann», faltaban allí o estaban sepultados por el aluvión de obras modernas. Todo respiraba un aire de comodidad y selección, y una sola ojeada bastaba para darse cuenta de que en aquella estancia se trabajaba mucho. Pero mucho menos en preparación de sermones, comentario de la Biblia y catequesis, que en la redacción de artículos para publicaciones científicas y en documentación para libros propios. La mística ensoñadora y la interpretación profética estaban desterradas de aquel lugar, desterrada

estaba también la sencilla teología del corazón, que salvando la ancha sima de la ciencia, propende el alma sedienta del pueblo al amor y a la compasión. En vez de ella, se practicaba allí con celo la crítica bíblica y se investigaba el «Cristo histórico», que iba a los modernos teóricos como anillo al dedo, pero que también resbalaba una anguila entre los dedos de sus manos.

En la teología sucede igual que en cualquier otra cosa. Existe una teología que es arte y otra que es ciencia o que al menos se esfuerza en serlo. Así fue en la antigüedad y así es ahora, y siempre han escanciado los científicos el viejo vino

en los nuevos odres, mientras los artistas, sin cuidado para algunos errores exteriores y perseverantes en sus concepciones, han sido el consuelo y la alegría de muchos. Es la vieja lucha desigual entre la crítica y la creación, entre la ciencia y el arte, en la que aquélla tiene siempre la razón sin que nadie saque de ello provecho y en la que ésta lanza al aire la semilla de la fe, del amor, del consuelo y de la belleza, hallando siempre la buena tierra donde fructifica. Pues la vida es más fuerte que la muerte y la fe más poderosa que la duda.

Hans se sentó por vez primera en el

pequeño sofá de cuero que estaba entre la ventana y la mesa. El párroco se mostró muy amable. Adoptó un aire de camaradería para explicarle cómo era el Seminario, y el tono de su voz se hizo confidencial al hablarle de la vida y el estudio que se hacían allá:

—La novedad más importante que te sorprenderá en el Seminario —dijo como colofón de sus confidencias— será la iniciación al griego del Nuevo Testamento. Descubrirá a tus ojos un nuevo mundo, rico en labor y en alegría. Al principio te costará algún trabajo el nuevo lenguaje, que no es el acostumbrado griego ático, sino un

idioma completamente nuevo, creado por un nuevo espíritu y una nueva necesidad de expresarse.

Hans le escuchó atentamente, sintiendo el orgullo de la proximidad de la verdadera ciencia.

—La paulatina iniciación a este mundo nuevo —prosiguió el párroco— naturalmente le resta algo de su encanto. Es posible que el hebreo ocupe el primer lugar en las enseñanzas del Seminario, pero no por eso tienes que desanimarte. Si lo deseas, podemos aprovechar las vacaciones para hacer un pequeño estudio preliminar, de modo que al ingresar en el Seminario te

queden entusiasmo y fuerzas para otra cosa. Bastará que leamos juntos un par de capítulos de San Lucas para que te formes rápidamente una idea aproximada de lo que es el idioma. Una o dos horas de repaso completarán la labor. Puedo prestarte un diccionario que te facilitará enormemente la tarea, porque, sobre todo, tienes que procurar no distraer demasiado tu merecido reposo. Claro que lo que estoy diciendo no es más que una sugestión porque de ningún modo desearía echarte a perder las hermosas vacaciones de que disfrutas.

Hans asintió, naturalmente, a la

propuesta del pastor. Es verdad que la diaria lectura de San Lucas le pareció al principio una leve nubecilla en el cielo immaculado de su libertad, pero no se sintió con fuerzas para evitarla. Aprender durante las vacaciones un idioma, tenía, con seguridad más de distracción que de trabajo, y además estaba cierto de dar con ello una alegría a su padre. ¿Qué le importaba a su padre el griego novísimo de San Lucas? Hans apenas se atrevió a esbozar la pregunta en lo más hondo de su mente... Casi satisfecho abandonó la casa del pastor y echó a andar por el camino de los alerces, hacia el bosque. Su leve mal

humor había desaparecido por completo, y cuanto más meditaba la propuesta del pastor, más aceptable la encontraba. Tenía el convencimiento de que le aguardaba un trabajo arduo en el Seminario y de que debería esforzarse mucho para conseguir adelantar a sus compañeros. Y ese era su principal propósito. ¿Por qué? Ni él mismo lo sabía. Hacía tres años que la atención general estaba fija en él; los profesores, el párroco, su propio padre y hasta el rector le animaban, azuzaban y le espoleaban sin descanso. Había sido el número uno de los últimos cursos, y el brillo de la propia gloria le había

obligado a considerarse como una especie de ser sobrenatural, incapaz de tolerar proximidades o competencias de los estudios. Y el tonto temor al examen había sido sustituido lentamente por una seguridad en sí mismo rayana en la vanidad.

Sin duda alguna, tener vacaciones era lo más hermoso. La belleza desacostumbrada del bosque a aquellas horas de la mañana caló hasta lo más hondo de sus sentidos. No había más presente que él, y el silencio era absoluto. Los grandes abetos formaban un pórtico coronado por el verde de sus ramas y el azul del cielo. No había

tallares bajos, y sólo allá y acullá crecían algunas matas de sangüesos en una tierra húmeda y musgosa cubierta por una espesa capa de mantillo. El rocío matinal se había secado, y entre la en-ramada se asomaba una brisa bochornosa en la que se mezclaba la humedad del musgo y del rocío con el olor a resina, musgo y hongos, que penetraba hasta el fondo de los pulmones, provocando un leve aturdimiento. Hans se tendió en el musgo, mordisqueó unas hojas de sangüeso y escuchó la llamada del cuclillo y el martilleo del picamaderos sobre las ramas. Entre las ramas oscuras

de los abetos brillaba el cielo azul, y un rayo de sol acertaba a filtrarse la enramada, poniendo una mancha clara sobre el verde intenso del musgo.

Hubiera querido dar un largo paseo, pero algo desconocido le mantuvo inmóvil en la blanda tierra. Se extrañó de sentirse tan fatigado, y recordó que en años anteriores apenas daba importancia a las marchas de tres o cuatro horas. Decidió levantarse y seguir el paseo por el bosque, pero apenas había dado unos cien pasos cuando volvió a encontrarse tendido en el musgo. No trató de rebelarse, y permaneció tendido largo rato, dejando

vagar la mirada por las ramas y los troncos de los árboles. El bochorno iba en aumento, y no bastaba la humedad de la tierra para mitigarlo. ¡Cómo fatigaba el soplo de aquella brisa!

Con dolor de cabeza regresó al mediodía. También le escocían los ojos por efecto del sol, y sentía una gran laxitud en todos sus miembros. Pasó media tarde sentado en el jardín, lleno de mal humor e irritado sin causa ninguna. Sólo a la hora del baño volvió a recobrar el bienestar perdido. Cuando acabó de vestirse, era ya tiempo de acudir a casa del pastor.

El zapatero Flaig le llamó desde la

ventana de su taller, donde estaba sentado en su pequeño taburete, con un zapato a medio terminar sobre las rodillas.

—¿Dónde vas, hijo mío? Ya no te vemos nunca por aquí.

—Ahora voy a casa del pastor.

—¿Aún sigues así? El examen ya pasó.

—Es cierto. Pero ahora se acerca otra cosa. Necesito saber el Nuevo Testamento. Parece ser que está escrito en un griego totalmente diferente al que he aprendido. Y por eso tengo que aprenderlo también.

El zapatero se hundió la gorra en la

nuca y su frente de profeta se cubrió de hondas arrugas. Cogió con la izquierda el zapato a medio terminar que tenía sobre las rodillas, lo balanceó en el aire unos instantes y volvió a dejarlo en el mismo sitio de antes. Luego suspiró muy hondo.

—Hans —dijo en un tono confidencial—, quiero decirte una cosa. Hasta ahora he procurado mantenerme en silencio a causa del examen, pero ya es tiempo de que te haga una advertencia. Has de saber que el párroco es un incrédulo.

Te dirá y te sostendrá que las Sagradas Escrituras son falsas y falaces,

y cuando en su compañía hayas terminado de leer el Nuevo Testamento, te encontrarás con que has perdido la fe sin saber cómo.

—¡Pero, señor Flaig, se trata tan sólo del griego! En el Seminario también tendré que aprenderlo.

—Eso dices tú. Pero hay mucha diferencia entre estudiar la Biblia con un maestro piadoso y consciente y otro que ni siquiera cree en el buen Dios.

—Nadie sabe de cierto que el pastor no crea verdaderamente.

—Sí, Hans. Por desgracia, se sabe.

—Pero ¿qué he de hacer? Ayer tarde le prometí que iría a su casa.

—Entonces, tienes que ir. Pero procura no frecuentarla muy a menudo. Y cuando comience a decir que la Biblia es una obra humana, que es falaz y que no está inspirada por el Espíritu Santo, ven a verme y hablaremos sobre ello. ¿Quieres?

—Sí, señor Flaig. Pero estoy seguro de que no será todo tan malo como usted lo pinta.

—Ya lo verás, muchacho. Ya lo verás.

El párroco no estaba en casa, y Hans tuvo que esperarle en el cuarto de estudio. Las palabras del zapatero volvieron a su memoria mientras

contemplaba los lomos dorados de los libros. Había escuchado frecuentemente diferentes declaraciones sobre el párroco y los pastores de modernas tendencias y sintió curiosidad y emoción al verse envuelto por vez primera en aquellas cuestiones. Para él no tenían la importancia y el horror que para el zapatero, antes bien veía en ellas la oportunidad de desentrañar viejos misterios, pero le acometía el temor razonable de escandalizar con su actitud a una multitud de personas, entre las que, en primer lugar se encontraba su padre. Durante los pasados cursos escolares le impulsaron de una vez a

fantásticas especulaciones las repetidas preguntas sobre la eternidad de Dios, sobre la inmortalidad del alma, sobre el demonio y el infierno, pero los últimos años de estudio y de esfuerzo le hicieron olvidarse de todas ellas y su escolástica fe cristiana se avivó únicamente en las breves conservaciones con el zapatero. Su sola comparación con las del párroco hizo asomar la sonrisa a sus labios. Para el muchacho era incomprensible la aspereza de aquel hombre que en los años amargos se transformaba en una sólida fortaleza defendida por la fe, y no pasaba de considerar a Flaig como una persona sensata, llana y brutalmente

franca, a la que, por su excesiva piedad, muchos detestaban. En las asambleas de los pietistas estaba considerado como uno de los jueces más severos y un brillante exegeta de las Sagradas Escrituras, que llegaba, en su entusiasmo, a recorrer los pueblos vecinos para hablar a los campesinos, pero que en su vida habitual era un pequeño artesano, laborioso y limitado de medios como los demás. En contraste con él, el párroco no sólo era un hábil orador y un predicador de gran fuerza expositiva, sino también un erudito dedicado al estudio y a la investigación. Y, al pensarlo, Hans no apartaba la

mirada de las repletas estanterías que cubrían todo un lado de la pared.

El pastor no tardó en llegar. Se cambió el levitón por un ligero batín negro; entregó a su alumno un texto griego del Evangelio de San Lucas, y le ordenó que leyera. La clase transcurrió de un modo completamente diferente a las habituales clases de latín. Primeramente leyeron unas cuantas frases que, tras ser traducidas penosamente, letra por letra, fueron desarrolladas convenientemente por el pastor, quien con abundantes ejemplos hizo gala de su erudición y con una exposición detallada del tiempo y la

circunstancia en que fue escrito el libro. El primer día bastó para que Hans adquiriera una idea completa de la lectura y del libro. Supo de los enigmas y los problemas que encerraba cada versículo y de cómo miles de eruditos, de exegetas y de investigadores se habían afanado en descubrirlos desde los tiempos más remotos, y le pareció que con aquellas clases ingresaba él también en las filas de los que buscaban la verdad.

El pastor le prestó un diccionario y una gramática, para que pudiera seguir trabajando en su casa. El resto de la tarde y las primeras horas de la noche se

las pasó inclinado sobre el libro, deletreando las frases griegas y tratando de penetrar en todo su significado. La labor sirvió para que intuyera los enormes montes de tarea y de saber que se alzaban en el camino de la verdadera investigación, y se hiciera el propósito de seguirlo hasta el final, sin desviarse ni derecha ni a izquierda. Y tanto el zapatero como sus recomendaciones quedaron relegadas al más completo olvido.

La nueva tarea le abstraigo por completo durante varios días, Cada tarde iba a casa del pastor, y cada día le parecía más hermosa, más difícil y más

valiosa la nueva erudición. Pasaba pescando las primeras horas de la mañana, y por la tarde, antes de la clase de griego, se bañaba en el río. Volvió a despertar en su interior la ambición y el afán de los grandes cometidos, y al mismo tiempo le acometió también la dominante opresión en la cabeza que había sentido con mucha frecuencia durante los últimos meses. No era dolor, sino impulso febril y aceleración de todas las facultades, nerviosidad de inquietud. Después le acometía el dolor, propiamente dicho, pero mientras duraba aquella leve fiebre, se aceleraba su ritmo de trabajo, y era para él un

juego de niños leer las frases más difíciles de Jenofonte, que en otro estado de ánimo le llevaban apenas un cuarto de hora. Pareja a aquella fiebre de trabajo y a aquella ansia irrefrenable de conocimientos, sentía una seguridad orgullosa en sí mismo, como si la escuela, los profesores y los años de estudio quedaran muy atrás en su vida y caminara solitario por el sendero que debía llevarle a las costumbres del conocimiento y de la suficiencia.

Tales excitaciones eran seguidas de una soñolencia interrumpida por frecuentes desvelos y pesadillas, que ponían en tensión todos sus nervios y le

sumían, a la postre en un súbito abatimiento. Cuando se despertaba por la noche con dolor de cabeza y no podía volver a conciliar el sueño, hacía presa en su ánimo la impaciencia por dar fin cuanto antes a su penoso camino, en la duda de que fuera ya demasiado tarde. Pero luego se disipaban sus pensamientos y recordaba con orgullo lo distanciado que estaba de sus antiguos camaradas, y cómo los profesores y el rector la miraban con una especie de respeto y casi de admiración cuando los encontraba al ir a casa del pastor.

Había sido un gozo interior para el rector contemplar cómo se despertaba y

crecía aquella ambición en su alumno. ¿Quién dice que los profesores no tienen corazón y son unos pedantes engolados e inanimados? Nada de eso. Cuando un maestro se da cuenta de que uno de sus alumnos muestra un talento poco común, de que un niño abandona la espada de madera, el arco, el tirador y los demás juguetes infantiles, de que comienza a aspirar a un horizonte más amplio y que la seriedad de la tarea transforma su rostro, sus gestos y su ser entero hasta convertirle en un muchacho casi ascético, de que sus miradas se hacen más fijas y seguras y su mano más pálida y quieta, siente reír en su alma la alegría

y el orgullo. Su deber y la actividad de que es responsable ante el Estado, le obligan a encadenar los impulsos y las fuerzas primitivas de la Naturaleza, inculcando en su lugar reposados y comedidos ideales, tranquilas convicciones y quietas ambiciones. Muchos de los que han llegado a ser burgueses satisfechos y diligentes empleados, hubieran sido violentos renovadores o infructuosos soñadores, de haberles faltado esa segura formación docente que realizó el milagro de su transformación. Había en ellos algo violento y primitivo, desbordado y sin forma que tuvo que ser destruido; una

llama peligrosa que hubo que apagar antes de que se propagara. El hombre creado por la Naturaleza es algo incalculable, imprevisible y tenebroso. Es un torrente desbordado desde desconocidas cumbres y una selva virgen sin camino ni orden. Y así como una selva virgen necesita ser desbrozada y abierta a los caminos del exterior, la escuela necesita vencer al hombre primitivo y de impulsos naturales, para hacer de él un miembro útil a la sociedad, despertando sus cualidades y propiedades hasta lograr que la instrucción y la educación adquiridas lo envuelvan y lo transformen por

completo.

¡Qué hermoso fue el desarrollo del joven Giebenrath! Por propio impulso apartó de su lado la holganza y el juego, no se rió nunca tontamente en las lecciones y prescindió de los pasatiempos favoritos que eran para él la jardinería, la cría de conejos y la pesca, para dedicarse íntegramente a los estudios.

Una de aquellas tardes de vacaciones, el rector visitó personalmente a Giebenrath en su casa. Después de saludar al padre con exagerada amabilidad, entró en el cuarto de Hans y halló al muchacho sentado

ante el Evangelio de San Lucas. Se acentuó en su rostro la sonrisa benevolente, y no pudo evitar darle unas palmaditas amistosas en la espalda.

—¡Eso está muy bien, Giebenrath! ¿Otra vez-tan aplicado? ¿Pero cómo es que no te dejas ver más a menudo? He estado aguardando cada día tu visita.

—Quise ir muchas veces a su casa —dijo el muchacho con aire de disculpa—, pero deseaba llevarle al menos un hermoso pescado como regalo.

—¿Pescado? ¿Qué clase de pescado?

—Una carpa o algo por el estilo.

—¿Vuelves a pescar?

—Sí: un poco. Papá me ha dado permiso.

—¡Bien, bien...! ¿Te divierte mucho?

—Sí. Es bonito.

—Bien, muy bien. La verdad es que te has ganado tus vacaciones. Pero doy por seguro que ahora tienes menos, ganas de estudiar que de divertirte.

—Es natural, señor rector.

—Pero no quiero obligarte a nada, si es que no tienes ganas de estudiar.

Hans creyó conveniente rectificar su postura anterior.

—Sí que las tengo.

El rector calló unos instantes, se

acarició la delgada barba y terminó por sentarse en una silla.

—Quiero que lo comprendas, Hans —dijo en un tono casi melifluo—. La cosa está muy clara. Una vieja experiencia nos dice que a un buen examen sigue siempre un súbito retroceso. En el Seminario tendrás que aprender muchas cosas nuevas y que codearte con un número respetable de compañeros que habrán utilizado el verano para dar un repaso a los viejos textos. Algunos habrán tenido una mala puntuación en el examen, pero su constancia les servirá para superar a aquellos que han abandonado los libros

durante todo el verano.

Se interrumpió para suspirar hondamente, como si le preocupara en demasía lo que estaba diciendo.

—En la escuela te ha sido muy fácil mantener siempre los primeros puestos, pero en el Seminario te será mucho más difícil. Habrá muchos alumnos que no se resignarán fácilmente a quedar en tercer o cuarto lugar y que lucharán con todas sus fuerzas para lograr el primero. ¿Comprendes lo que te digo?

—Sí, señor rector.

—Por eso yo quisiera aconsejarte que durante estas vacaciones trabajaras un poco. Para mí es cuestión de honor

verte convertido en algo. Creo que deberías solicitar de tu padre permiso para tomar a un profesor particular que te ayudara en matemáticas. Bastarían tres o cuatro clases semanales para ponerte a buen nivel.

—Sí, señor rector.

De nuevo volvió a florecer la tarea diaria con tanto celo, que Hans sentía verdaderos remordimientos cuando malgastaba una hora en pescar o en pasear por el bosque. Los días eran cada vez más largos y pesados, y la hora del baño había sido transformada por la correspondiente a las lecciones de matemáticas.

A pesar de todos sus esfuerzos y de su aplicación, le fue imposible encontrar agradables las clases de álgebra. Era amargo y desagradables pasar las tardes sofocantes en la cálida habitación del profesor, respirando la atmósfera soñolienta y repitiendo fatigosamente el  $a \pm b$  y  $a \div b$  con el pensamiento puesto en la orilla del río y la frente perlada por el sudor. Había algo entorpecedor y opresivo en el aire, que en los días malos terminaba por transformarse en irritación y desesperación. Con las matemáticas le iba, generalmente, algo mejor. No pertenecía a la clase de alumnos

cerrados e incapaces de comprender nada, y los resultados, casi siempre exactos, le producían entusiasmo y satisfacción. También le satisfacía de las matemáticas que no hubiera en ellas ningún error y engaño, que no se diera la posibilidad de apartarse del tema y rozar los engañosos campos inmediatos. Por igual causa tenía en gran estima al latín, pues la claridad de esa lengua, su seguridad y su precisión, le alejaban cualquier motivo de duda. Pero a pesar de que sus cálculos fueran exactos en todos los resultados, no hallaba en ello nada justo. Las tareas matemáticas, y las clases diarias le semejaban el caminar

por una carretera; adelantaba mucho trecho, ganaba diariamente en comprensión y aprendía una tarde lo que la anterior ignoraba, pero sin llegar nunca a la cumbre de un monte desde dónde contemplar abiertos panoramas y anchos paisajes.

Las clases con el rector fueron algo más animadas, y el párroco logró también hacer el corrompido griego del Nuevo Testamento más sugestivo y atrayente que el puro lenguaje hermético. Fue precisamente Hornero causa de bastantes sorpresas y abundantes goces, pero también extensas dificultades al nuevo estudiante. Con

frecuencia tuvo Hans que detenerse ante un verso misterioso y musical, pero de comprensión difícil y complicada. Lleno de temblorosa impaciencia y de agitada tensión, no halló prisa suficiente para encontrar en el diccionario las llaves que le franquearon la entrada del jardín quieto y tranquilo.

Volvieron a acumularse las tareas, y algunas noches tuvo que acostarse muy tarde, atado de nuevo a la mesa por la resolución de un importante problema algebraico o la traducción de un versículo griego. El viejo Giebenrath contemplaba orgulloso aquella aplicación de su vástago. En su mente

alentaba oscuro el ideal de tantas gentes estrechas e insignificantes; ver crecer una rama del propio tronco que sobrepasa su misma cabeza. Y veneraba el ideal con fanático respeto, deponiendo toda actitud que pudiera herirle y sacrificando todo a su completo logro.

Durante las últimas semanas de las vacaciones, tanto el rector como el párroco se mostraron de nuevo suaves y solícitos. Mandaron a pasear al muchacho, suspendieron sus lecciones y le repitieron, una y otra vez, que tenía que estar fresco y confortado para cuando llegara el momento de

emprender la marcha.

Hans fue a pescar un par de veces. De nuevo el dolor de cabeza le atormentaba con insistencia y permaneció sentado largo rato en la orilla, sin prestar verdadera atención al anzuelo hundido en las aguas verdes donde espejeaba un cielo claro y prematuramente otoñal. Le parecía incomprensible el júbilo que tres meses antes le acometió ante el comienzo de sus vacaciones veraniegas, y sentía, por el contrario, la satisfacción de que se terminaran y la impaciencia por ingresar en el Seminario, donde iba a comenzar una vida nueva y a aprender nuevas

cosas. Su desgana y su falta de atención se reflejaron con, claridad en el cestillo vacío, y bastaron unas bromas de su padre para que no volviera a pescar y colgara otra vez los sedales y los anzuelos en la pared inclinada del desván.

Ya en los últimos días de sus vacaciones, se acordó de que hacía algunas semanas que no visitaba al zapatero. No tenía demasiados deseos de hablar con nadie, pero creyó que era su obligación ir a verle por última vez. Al atardecer se encaramó hacia su casa. El maestro estaba sentado con un chiquillo en cada rodilla, y a través de

la ventana abierta salía el olor de cuero y estropajo que llenaba toda la vivienda. Hans estrechó, confuso, la diestra fuerte y callosa del maestro.

—¿Qué tal te va? —preguntó éste—. ¿Te has aplicado en las clases del párroco?

—He aprendido mucho en mi visita diaria a su casa.

—¿Qué has aprendido?

—Principalmente griego, pero también otras cosas.

—¿Y no has podido venir a verme nunca?

—La verdad es que me quedaba muy poco tiempo libre. En casa del párroco

tenía que estar diariamente una hora, dos en casa del rector y cuatro veces a la semana tenía clase con el profesor de matemáticas.

—¿Todo eso estando en vacaciones? ¡Ha sido una locura, una verdadera locura!

—No lo sé. Los maestros no opinaban igual. Y las asignaturas no eran muy difíciles.

—Puede ser —exclamó Flaig, dudoso. Cogió el brazo del muchacho y lo apretó sin mucha fuerza—. ¿Pero qué bracitos son éstos? Y también tienes muy delgada la cara.

¿Te sigue el dolor de cabeza?

—Sí; aquí y aquí —respondió el muchacho tocándose la nuca.

—Una locura, Hans. Ha sido una locura y un pecado además. A tu edad hay que tener aire puro, movimiento y descanso. ¿Para qué existen, si no, las vacaciones? ¿Para seguir estudiando y permanecer encerrado entre cuatro paredes? De ese modo te conviertes en un montón de huesos y pellejo.

Hans se echó a reír.

—Supongo que ya sabrás salir de esto. Pero lo que es demasiado, es demasiado. ¿Y qué tal ha ido con las lecciones del párroco? ¿Qué ha dicho?

—Ha dicho muchas cosas, pero

ninguna mala. Sabe mucho.

—¿No te ha hablado despectivamente de la Biblia?

—No; ni una sola vez.

—Eso está bien. Pues yo te aseguro que es mucho mejor sufrir diez veces daño en el cuerpo, que una sola en el alma. Recuerda que quieres llegar a ser un pastor, y que esa es una profesión difícil y aún penosa en algunos casos. Acaso seas uno de los que han acertado el camino, en cuyo caso te convertirás en maestro y guía de almas, y sabrás seguir andando en línea recta durante toda tu vida. Lo deseo de todo corazón, y por ello rogaré continuamente.

Se había levantado y medía a grandes pasos la habitación. Luego se paró ante el muchacho y le puso ambas manos en los hombros.

—¡Adiós, Hans! ¡Permanece siempre en el lado del bien! El Señor te bendiga y te proteja. Amén.

La solemnidad de su voz, la oración y el alemán puro en que hablaba fueron opresivos y penosos al muchacho. La despedida del párroco había sido totalmente diferente.

Entre despedidas y preparativos transcurrieron, prestos e inquietos, los dos días que faltaban para la partida. El padre llenó un cajón con ropa de cama,

trajes, mudas y libros, y luego se entretuvo en preparar el restante equipaje de su hijo. Y una mañana, temprano, emprendieron los dos el camino de Maulbronn. A Hans le fue doloroso abandonar la tierra natal y salir de la casa paterna para ingresar en una desconocida institución.

# CAPÍTULO III

AL NOROESTE DEL PAÍS, entre colinas boscosas y diminutos lagos, está situado el convento cisterciense de Maulbronn. Extensas, fuertes y bien conservadas, las hermosas y antiguas construcciones son un lugar de reposo tentador, pues su fortaleza interna y externa las hace impenetrables a las corrientes del mundo, y los bellos parajes que las rodean son un sedante a los ojos fatigados del caminante. El que desea visitar el convento tiene que atravesar un amplio y pintoresco portalón abierto en el muro alto y espeso y penetrar en un

patio silencioso. En el centro mana una fuente, y árboles seculares flanquean las cuatro esquinas, ocultando con sus ramas las fachadas hoscas de las construcciones. Enfrente del portalón aparece, entre el follaje, el frontispicio de la iglesia principal, con un atrio postrománico llamado paraíso por los seminaristas, de una belleza conmovedora y graciosa al mismo tiempo. Sobre el ancho tejado de la iglesia sobresale la aguja de una torre tan estrecha, que no puede comprenderse cómo sostiene las campanas. El crucero integro, semeja una hermosa obra de arte, y comprende como presea una

valiosa capilla, el refectorio con su bóveda esquifada, los múltiples oratorios, el locutorio, el refectorio de los legos, las celdas de los monjes y dos iglesias que completaban el conjunto arquitectónico. Pintorescos muros, miradores historiados, puertas y jardincillos, un molino y varias casas comunales ciñen los viejos edificios. El ancho patio, silencioso y vacío, juega en sueños con la sombra de sus árboles, y sólo a la hora del mediodía sopla una leve ráfaga de vida sobre él, portadora de movimientos, gritos, voces y risas que pronto se desvanecen para volver a refugiarse tras los muros recogidos del

antiguo convento.

Con amorosa solitud había dispuesto el Gobierno que aquellos edificios medio ocultos tras colinas y bosques, alejados del mundo y sumidos en una quietud paradisíaca, sirvieran de acomodo a los alumnos del Seminario teológico protestante, a fin de que la belleza y la paz rodearan a las almas juveniles. Al mismo tiempo, la distancia y la clausura tenían el doble objetivo de mantener a toda aquella muchachada alejada de las influencias de la ciudad y de la vida familiar, y predisponerlos a la sequedad casi ascética de su nueva existencia. Por este medio se hacía

posible que los casi adolescentes pobladores de la institución pusieran todo su empeño y afán en estudiar durante largos años el griego y el hebreo y que toda el ansia inquieta de sus almas se transformara en el goce plácido y la alegría serena del estudio. Para esto contaba también como factor principal la vida de internado, la necesidad de la propia instrucción y el sentimiento de homogeneidad. El Gobierno, a cuya costa vivían y estudiaban los seminaristas, había procurado que sus educandos fueran unos espíritus infantiles a los que pudiera por ello reconocer más tarde. Era una especie de

fino y seguro estigma y un ingenioso símbolo de servidumbre. Con la sola excepción de los indómitos, que de cuando en cuando se destacaban entre la masa amorfa de los demás, se podía reconocer a los seminaristas suaves durante toda su vida. ¡Qué diferentes son los hombres y qué diversos los ambientes y las circunstancias donde viven y se desarrollan sus facultades! De ese modo igualaba el Gobierno a sus protegidos y los vestía con una especie de librea o uniforme espiritual, del que no podían desprenderse nunca.

Quien a su ingreso en el Seminario tenía aún madre, recordaba durante toda

su vida aquel día con agradecimiento y risueña emoción. Hans Giebenrath no estaba en aquel caso y traspasó el umbral sin emoción ninguna, pero vio afuera un gran número de madres que se despedían de sus hijos, y eso le causó una extraña impresión.

En las largas estancias guarnecidas de armarios se amontonaban cajones y cestas, y los muchachos, algunos ayudados por sus padres, estaban atareados en desempaquetar y ordenar todas sus ropas y sus efectos. Cada cual tenía un armario numerado y su estantería también numerada en los cuartos de trabajo. Padres e hijos

estaban arrodillados, con las manos ocupadas por mil objetos diferentes y los rostros marcados por la agitación. Se desdoblaban ropas, se alisaban camisas, se desempaquetaban libros y se colocaban en hilera las botas y las zapatillas. Los equipos eran todos iguales, pues la mínima cantidad de mudas y lo esencial de los demás utensilios iban anotados en las solicitudes de ingreso. Aparecieron en todas las manos jofainas de hojalata, con los nombres arañados en el fondo y los bordes relucientes. Fueron colocadas en el cuarto de aseo, con las esponjas, las pastillas de jabón, el peine y los

cepillos de dientes al lado. Cada cual había llevado, además, una lámpara, un cántaro de petróleo y unos cubiertos.

Los muchachos no podían contener su agitación. Los padres sonreían, trataban de ayudarles, echaban frecuentes miradas a sus relojes de bolsillo, mostraban un ligero aburrimiento e intentaban inútilmente emocionarse. Las madres eran, en cambio, el alma de todo aquel movimiento. Pieza a pieza sacaban los trajes y las mudas de las maletas y los cofres, alisaban arrugas, ataban cintas y colocaban las prendas en los estantes de los armarios.

—Cuida mucho las nuevas camisas. Han costado tres y medio marcos cada una.

—Manda las mudas cada cuatro semanas por ferrocarril... si te corre prisa por correo. El sombrero negro es sólo para los domingos.

Una mujer gruesa y comodona estaba sentada sobre un cofre enseñando a su hijo el arte de coser botones.

—Cuando sientas añoranza —se escuchó en otro rincón—, escribe todo lo que quieras. No es mucho tiempo el que falta hasta Navidad.

Una mujer aún joven contemplaba el lleno armario de su hijo y pasaba la

mano sobre las mudas, los pantalones y las chaquetas, como si quisiera llevarse la impresión de todo aquello antes de marcharse. Luego se volvió hacia su hijo, un rapaz crecido y corpulento, y comenzó a acariciarlo también. Él se avergonzó y apartó la cabeza sonriendo, metiéndose las manos en los bolsillos para tener una apariencia más varonil. La despedida parecía ser más penosa a la madre que a él.

A otros les ocurría lo contrario. Contemplaban a sus madres con ojos tiernos y ademán implorante, como si quisieran volver con ellas al hogar lejano. Pero en todos los rostros se

echaba de ver el temor de la despedida y los sentimientos de ternura y amor filial en lucha con la vergüenza de los que les contemplaran y la dignidad de su naciente virilidad. Algunos, que de buena gana se habrían echado a llorar, componían con esfuerzo un gesto indiferente, aparentaban no sucederles nada y hasta se atrevían a sonreír a sus madres.

Casi todos en su equipaje llevaban, aparte del equipo normal y de algunas piezas de lujo, un saquito de manzanas, unas salchichas ahumadas, un cestillo de pastelería o algo semejante. Otros habían llevado sus patines, y algunos se

habían atrevido a cargar con algún objeto puramente superfluo como cajitas de música, flautas y otros instrumentos que recordaban su no lejana niñez.

Podía identificarse fácilmente a los muchachos que habían llegado directamente de su hogar y a los que habían estado antes en institutos o pensiones. Pero tampoco éstos podían ocultar su agitación y emoción ante la nueva vida que les aguardaba.

El viejo Giebenrath ayudó a deshacer las maletas y el cajón de su hijo, revelándose práctico e inteligente en aquel menester. Terminó antes que los otros y dio, aburridamente, unas vueltas

por el dormitorio en compañía de Hans. Al tropezar por doquier con padres monitorios e instructivos, con madres consoladoras y consejeras e hijos oyentes y respetuosos, consideró conveniente dirigir también a su Hans algunas palabras que le ayudaran en el nuevo camino que emprendía. Meditó largamente mientras el muchacho iba mudo a su lado, y luego colocó súbitamente la diestra sobre el hombro de su hijo y comenzó un pequeño discurso lleno de tópicos y frases hechas que Hans escuchó sorprendido y en silencio hasta que sus miradas tropezaron con las de un pastor que

desde un rincón del dormitorio no pudo reprimir la sonrisa divertida ante la admonición paterna. El muchacho se avergonzó y empujó con el codo al improvisado orador.

—¿No es verdad que procurarás honrar a tu familia? ¿Y que serás fiel al nombre que te legaron tus antepasados?

—Naturalmente —respondió Hans.

E] padre calló y respiró aliviado. Comenzaba a parecerle todo aquello muy aburrido. Hans volvió la cabeza y contempló con afligida curiosidad el silencioso crucero que se divisaba desde la ventana en toda su longitud. Pero sus miradas se dirigieron pronto a

donde estaban los que iban a ser sus futuros camaradas. No conocía a ninguno. El compañero de examen en Stuttgart no parecía haber sido aprobado, a pesar de su excelente latín, porque Hans no lo vio por parte alguna. A pesar de su aparente igualdad, podía distinguirse perfectamente a los de ciudad de los campesinos, y a los ricos de los pobres. Los hijos de buenas familias llegaban poco al Seminario, en parte por el orgulloso sentido de los padres y el talento e ingenio de los hijos; pero a pesar de ello, algunos profesores o altos funcionarios mandaban a sus vástagos a Maulbronn

en recuerdo de sus propios años de clausura. De modo que entre los cuarenta levitones negros se observaban algunas diferencias de tela y corte que hallaban su confirmación en los modales, dialecto y comportamiento también diferentes. Había corpulentos aldeanos de la Selva Negra, de músculos abultados y cabellos pajizos; finos habitantes de Stuttgart, de botas puntiagudas y un dialecto corrompido de tan refinado; muchachos pueblerinos, con la piel quemada por el sol y temor en la mirada, y de ciudad, con gestos pausados y claro acento en el lenguaje. Aproximadamente la quinta parte de

ellos llevaba gafas.

Un observador perspicaz hubiera podido reconocer en seguida que la pequeña muchedumbre no era una mala selección entre la juventud del país. Al lado de las cabezas, que desde lejos delataban los infundíbulos de Nuremberg, faltaban los mozos corpulentos y obstinados, en los que yace aún en sueños una vida superior tras la frente tersa. Quizá pertenecían algunos a aquellos cráneos suabos, inteligentes y tenaces, que a través de los tiempos han invadido el mundo, haciendo de sus pensamientos obstinados y secos el vértice de algún

sistema nuevo. Pues los suabos no se sustentan a sí mismos y al mundo sólo con morigeradas teologías, sino que, con orgullo, muestran una capacidad tradicional para la especulación filosófica, de la que han surgido a veces algunos profetas y muchos locos. Y así se ejercita ese fructífero país, cuyas grandes tradiciones políticas quedan muy alejadas en la distancia de la Historia y que está actualmente entre las garras del águila como un indefenso polluelo. Pero no por ello deja de sentir la atracción de los campos espirituales de la teología y la filosofía y de ejercer su honda influencia en el mundo, ya que

se oculta, además, en el pueblo, desde las más remotas edades, un gusto por las bellas formas y la poesía ensoñadora que hace surgir de cuando en cuando versificadores y poetas que no pertenecen a los peores. Pero apenas se les presta atención, porque también nuestros hermanos del norte han establecido su predominancia en poesía, hallan basto y grosero el lenguaje del sur y le dan con sus lenguas afiladas un acento que trasciende a olor terroso o elegancia berlinesa. Los suabos no se ofenden por eso y únicamente aspiran a que les den lo que les es propio: sus tierras generosas, donde duermen y

sueñan los últimos restos de una pasada esplendidez, su lenguaje dulce y su espíritu poético. Y que los del norte se queden con lo suyo; sus fronteras y sus aduanas, entre las que serpentean los caminos flanqueados por relucientes cañones. Ambas cosas tienen su contenido y su interés.

En la organización y los usos del Seminario de Maulbronner no existía, observado superficialmente, ni un solo rastro suabo, máxime cuando al lado de los epígrafes latinos que llenaban los muros como un recuerdo de los años conventuales, se habían pegado las regocijantes etiquetas de un clasicismo

contemporáneo. Las habitaciones donde fueron distribuidos los muchachos, se llamaban «Foro», «Helade», «Atenas», «Esparta», «Acrópolis». El nombre de «Germania», dado a la más pequeña y más incómoda, parecía ser la advertencia de que existían sobrados motivos para despreciar el presente germánico y ensalzar, en cambio, el ensueño lejano de un pasado grecorromano, aunque éste tampoco hallara toda su esplendidez en la evocación que despertaban los nombres, pues la casualidad hizo que el aposento "Atenas" no estuviera ocupado por los más brillantes oradores, sino por unos

cuantos muchachos aburridos y poco habladores que trataban inútilmente de olvidar las comodidades y las venturas del hogar, y que «Esparta» no fuera refugio de guerreros y ascetas, sino acomodo de un puñado de huéspedes lozanos y sensuales. Hans Giebenrath, en compañía de nueve recién llegados, fue a parar al aposento Helade".

Le acometió una extraña sensación cuando, al anochecer, entró en el dormitorio estrecho y húmedo, y se tendió por vez primera sobre la dura cama de alumno. Del techo colgaba una lámpara de petróleo, a cuyo rojizo resplandor se desvistieron los nueve, y

que el asistente apagó a las diez menos cuarto. Entre cada cama había una silla para poner la ropa, y junto a una columna pendía la cuerda de la campana matutina. Dos o tres muchachos se conocían ya entre sí y cambiaron unos cuantos cuchicheos que pronto se desvanecieron en el silencio general. Pero los demás se desconocían y cada cual yacía silencioso y encogido en su propia cama, con los ojos muy abiertos en la oscuridad y la respiración pausada. Algunos se durmieron muy pronto y sus suspiros profundos resonaron en el silencio de la habitación, acompañados del crujido de

las sábanas nuevas al darse una vuelta o de los chirridos de la cama metálica. Los que permanecían despiertos estaban, por el contrario, muy silenciosos y apenas se atrevían a moverse. Hans tardó en conciliar el sueño. Prestó atención a la respiración regular de su vecino y escuchó un rumor extraño y entrecortado que llegaba de una de las camas próximas.

Alguien estaba llorando con la cabeza metida debajo de las sábanas. Los ahogados y lejanos sollozos le parecieron a Hans muy ridículos. Pero luego se acordó de su cuarto tranquilo y aislado, de su mesa llena de libros y de

cuadernos de apuntes, y sintió que el corazón aceleraba sus latidos. No fue nostalgia ni añoranza, pero bastó el recuerdo para comprender el sufrimiento del desconocido y el de muchos de sus nuevos camaradas. A medianoche no velaba ya nadie en el aposento. Los jóvenes durmientes yacían en sus camas, con las mejillas apretadas contra la almohada, tristes y obstinados, tímidos y festivos, vencidos por el reposo y el dulce olvido. Sobre los viejos tejados y las esbeltas torres lucía una luna menguante y pálida; su resplandor bañaba las cornisas y los umbrales, fluía sobre las ventanas góticas y los portales

románticos y temblaba en la gran concha de la fuente clausural. Unos rayos se deslizaban a través de los cristales de las tres ventanas del aposento «Helade», velando los sueños de los muchachos con tanto amor como velaron en sus tiempos los de viejos monjes.

El día siguiente comenzó con el solemne acto de ingreso, que se celebró en el oratorio. Asistió todo el claustro de profesores, y el éforo hizo un pequeño discurso apropiado a las circunstancias. Los alumnos le escucharon encogidos en las sillas, silenciosos e inquietos, tratando de lanzar furtivas miradas a sus padres que

estaban sentados en el espacio reservado a los invitados. Las madres contemplaban sonrientes a sus hijos, mientras los padres, serios y envarados, seguían el discurso con gravedad completamente afectada. Pero tanto en unas como en otros alentaba en aquel instante el más radiante orgullo. Su corazón rebosaba de sentimientos loables y hermosas esperanzas, y ni uno sólo acertaba a pensar que, a cambio de una simple ventaja monetaria, estaba vendiendo a su hijo al Estado. Al final fueron llamados los alumnos uno tras otro por su nombre. Se levantaron, y después de estrechar la mano del éforo,

respondieron afirmativamente a su pregunta:

—¿Está dispuesto a comportarse bien durante su estancia en esta institución y desempeñar después su cargo con completa fidelidad y suficiencia?

Pero ninguno se atrevió a pensar que tal vez le fuera imposible cumplir su promesa y tampoco ningún padre se acercó a recordárselo.

Para los alumnos fue mucho más emocionante el momento de despedirse de su padre y de su madre. Unos a pie, otros en diligencia y otros en toda clase de vehículos, no tardaron en

desaparecer a la vista de sus hijos. Los pañuelos ondearon en la lejanía y los ojos se velaron de lágrimas. Por fin por el recodo del camino desapareció el último carruaje, el último pañuelo se agitó en el tibio aire septembrino y los hijos regresaron, solitarios y pensativos, al interior del convento.

—Ya se han marchado sus señores padres —dijo el fámulo con una sonrisa que quiso ser compasiva.

A partir de ese instante comenzaron a conocerse los unos a los otros; en primer lugar los componentes de cada aposento. Se llenaron de tinta los tinteros, la lámpara, de petróleo, se

pusieron en orden los libros y los cuadernos y cada cual trató de acomodarse lo mejor posible. Al mismo tiempo se miraron unos a otros con curiosidad, comenzaron las primeras conversaciones, tímidas e indecisas aún, y se sintieron las primeras simpatías o antipatías. Se preguntó por los lugares nativos y se habló de las escuelas frecuentadas hasta entonces, de los estudios y del examen común. Alrededor de algunos pupitres se formaron animados grupos y pronto sonaron las primeras risas juveniles entre la vetustez de las paredes. Y al llegar la noche, los compañeros de aposento se conocían tan

bien como los pasajeros de un barco al finalizar la travesía.

Entre los nuevos camaradas que compartían con Hans el aposento Helade, había cuatro cabezas que demostraban decisión y carácter, mientras las demás no pasaban de ser, en mayor o menor grado, las del tipo común. A las primeras pertenecía Otto Hartner, hijo de un profesor de Stuttgart, talentoso, silencioso y muy reconcentrado en sus propias cosas. Había crecido muy corpulento, iba bien vestido e imponía por su pisar fuerte y decidido.

Karl Hamel era hijo de un rico juez

de aldea del Elba. Para conocerle se necesitaba algún tiempo, pues estaba lleno de contradicciones y repelía su sosiego inalterable ante todas las cosas. Pero luego se echaba de ver que era también apasionado, vivaracho y enérgico. Sin embargo, estas fases duraban poco y no necesitaba mucho tiempo para volver a su anterior flema, de tal modo, que no se sabía si tomarle por un contemplativo reposado o un marrullero redomado.

Otro fenómeno extravagante, aunque no tan complicado, era Hermán Heilner, un aldeano de la Selva Negra, procedente de buena familia. Desde el

primer día se adivinaba que era un poeta y un espíritu selecto, y corría la voz de que había compuesto en hexámetros la composición del examen. Hablaba mucho y bien, poseía un hermoso violín y parecía llevar a flor de piel todo su ser compuesto de una mezcla juvenil de sentimentalismo y ligereza. Pero la verdad era que también tenía un interior menos visible. Su desarrollo era, en cuerpo y alma, parejo a su edad, y comenzaba ya a recorrer su propio camino sin ayuda de nadie.

Pero el más sorprendente huésped de la «Helade» era Emil Lucius, un hombrecillo menudo y recortado, de

cabellos rubios, tenaz, diligente y seco como un campesino. A pesar de su estatura y sus facciones, no tenía la apariencia de un muchacho, sino que había en él algo de adulto que hacía creer que no iba a crecer más. Ya en el primer día, mientras los demás se aburrían, charlaban para acostumbrarse los unos a los otros y se gastaban algunas bromas, permaneció sentado, con la gramática abierta sobre las rodillas y los oídos tapados con los pulgares, estudiando sin descanso como si tratara con ello de recuperar los años perdidos.

Pero no se tardaba mucho tiempo en

descubrir los embustes y el modo de vivir de aquel bulo, hallando en él un egoísmo y una mezquindad tan refinada, que precisamente su perfección en tales vicios le reportaban una especie de benevolencia o al menos de compasión entre todos los que le rodeaban. Tenía un sistema de ahorrar y sacar provecho a los demás que comenzaba por las mañanas, al levantarse, cuando Lucius entraba siempre el primero o el último en la sala de aseo para utilizar las toallas y en algunas ocasiones hasta el jabón de sus compañeros. Así se daba el caso de que durante una o dos semanas ininterrumpidamente utilizaba su toalla,

mientras sus compañeros las tenían sucias a los cuatro días. Pero luego se hizo obligatorio cambiarlas semanalmente, y todos los lunes, por la tarde, el fámulo superior pasaba revista para cerciorarse de que las órdenes eran cumplidas. Lucius se valía entonces de una treta y colgaba cada lunes, por la mañana, una toalla limpia al lado de su numerada palangana, aprovechando el intervalo de recreo para descolgarla, doblarla cuidadosamente, meterla de nuevo en el armario y colgar la vieja en su lugar. Su jabón era tan compacto y duro, que duraba meses enteros sin gastarse, y sus cepillos de dientes tenían

las cerdas tan gruesas que al frotarse con ellos hacían sangrar las encías. Pero todas estas particularidades no hacían repelente el exterior de Emil Lucius, sino que más bien resultaba atractivo su rostro sonrosado y sus cabellos rubios que peinaba con gran cuidado. También sus ropas y sus mudas interiores estaban muy cuidadas y limpias, y eran siempre de la mejor calidad.

De la sala de aseo se pasaba al refectorio. El desayuno consistía en una taza de café, un terrón de azúcar y un panecillo. La mayoría encontraba aquello poco satisfactorio, pues la gente joven acostumbraba a desayunar

copiosamente después de un sueño ininterrumpido de ocho horas. Pero Lucius se mostraba satisfecho y aún se quitaba un terrón de azúcar de la boca para venderlo luego a dos por un penique o cambiar veinticinco por un cuaderno de escritura. Trabajaba al anochecer, aprovechando la luz de una lámpara vecina para ahorrar el petróleo de la suya, y no cabía por ello presumir que perteneciera a una familia pobre, ya que sus padres ocupaban una buena posición, que se traslucía tanto en las ropas como en los modales del hijo.

Emil Lucius no sólo ampliaba su sistema a las cosas y los bienes

palpables, sino también al reino del espíritu, donde podía lograr lucro y provecho con poco esfuerzo. En esto era lo suficientemente listo para no olvidar que toda posesión espiritual no representa más que un valor relativo, y volcaba su aplicación sólo en las asignaturas cuyo cultivo podía darle frutos en posteriores exámenes. Durante las primeras horas de la noche se le veía sentado ante la tarea, mientras sus camaradas se entregaban al juego, a la lectura o a cualquier clase de pasatiempos. El ruido de los demás no parecía molestarle, y hasta lanzaba de cuando en cuando una ojeada furtiva

hacia ellos, como si vigilara atentamente sus distracciones. Si todos ellos hubieran trabajado también, no habría sido tan efectiva su aplicación.

Nadie tomaba a mal esas astucias y mañas del ambicioso, que como todos los exagerados no tardó en dar algunos pasos en falso y cometer una que otra tontería. Como todas las asignaturas del Seminario eran gratuitas, decidió aprovechar esa ventaja para tomar clases de violín. No poseía una sola idea sobre música, ni siquiera tenía talento u oído, pero creía que podía estudiar violín con la misma facilidad con que aprendía matemáticas 'o latín.

Había oído decir que la música era de utilidad en la vida, que transformaba el carácter de los hombres en afable y sensible, y quiso aprovechar la oportunidad, tanto más favorable cuanto no había que pagar un solo céntimo, pues el Seminario poseía unos cuantos instrumentos para las prácticas.

Al profesor de música Hans se le erizaron los pelos cuando Lucius le anunció que deseaba tomar clases de violín, pues le conocía de las clases de canto, en las que sus gorgoritos eran el regocijo de los condiscípulos y la desesperación del maestro. Intentó disuadir al muchacho de sus propósitos,

pero el éxito no le acompañó, pues Lucius le respondió muy sonriente que su afición a la música era incommovible. Recibió, por lo tanto, el peor violín de los que se utilizaban para los ejercicios, dio clase dos veces a la semana y se ejercitó diariamente su buena media hora. Pero luego de las primeras clases, sus compañeros de aposento declararon que no podrían resistir más y le conminaron a abandonar inmediatamente la «Helade». A partir de aquel instante, Lucius se convirtió en una sombra que vagaba por pasillos, cruceros y claustros en busca de un rincón alejado y solitario donde rascar sin descanso las

cuerdas de su instrumento. Transcurrieron unas semanas, pero no se notó ni un progreso en el improvisado músico. El sufrido maestro no pudo evitar por más tiempo su nerviosidad y su irritación, y se apresuró a declararlo inepto, aconsejándole que cambiara de asignatura. Pero la tragedia continuó. El alegre músico eligió el piano y atormentó a todos con largos meses de estudio hasta que se enfrió su entusiasmo y, definitivamente, calló. Y años después, cuando la conversación recaía sobre la música, no faltaba por su parte un gesto de suficiencia acompañado de la explicación de que sólo las

circunstancias adversas le habían forzado a abandonar el cultivo de tan noble arte.

El aposento «Helade» daba frecuentes ocasiones para ironizar sobre sus ocupantes, pues también Heilner, el espíritu selecto, promovía a veces algunas ridículas escenas. Karl Hamel jugaba a la ironía y a la observación burlona. Era un año mayor que los demás, lo que le prestaba una cierta superioridad, aunque sin permitirle nunca ningún papel de importancia en el trato entre condiscípulos. Caprichoso y fantástico, sentía cada ocho días la necesidad de poner a prueba su fuerza

física en una camorra de la que casi siempre salía triunfante.

Hans Giebenrath era espectador sorprendido de todo lo que lo rodeaba y seguía su camino reposado como un camarada bueno pero callado. Se aplicaba en sus estudios tanto como Lucius, y era afectuoso con todos sus compañeros, a excepción de Heilner, que ensoberbecido por su genial ligereza, se burlaba de él como un machetero. En general era buena la armonía reinante entre todos los muchachos, aunque tampoco tenía carta de rareza las camorras y alborotos nocturnos en los dormitorios. Con la

conciencia de la propia superioridad, cada día sorprendía menos el poco habitual trato de usted de los maestros, pero de cuando en cuando hacía explosión el sentimiento infantil que aún alentaba en aquellas almas adolescentes y sentían la necesidad física de gritar, de revolcarse, de expansionar los músculos. Y entonces se poblaba el dormitorio de dolorosos porrazos y enérgicos insultos.

Al director o maestro de una institución semejante debía serle instructiva y valiosa la observación de cómo tras la convivencia de unas semanas, la tropa juvenil semejaba una

mezcla química de la que se desprendieran nubecillas oscilantes y copos movedizos, uniéndose y separándose hasta formar un buen número de productos sólidos. Pasadas las primeras sorpresas y los primeros temores y después que hubieron trabado conocimiento los unos con los otros, comenzó el palpitar y la búsqueda incesante. Se formaron y se disolvieron grupos, y las simpatías y antipatías de los primeros días se esfumaron o se hicieron más sólidas. Raramente se unieron entre sí los viejos compañeros de estudios; los más buscaron nuevas amistades; muchachos de ciudad e hijos

de campesinos, tontos y listos, avaros y pródigos. Todos se trataron, se hablaron, se juntaron o se distanciaron, impelidos por la fuerza de su naciente personalidad. Las adolescentes almas rompieron su crisálida y echaron a volar como libres mariposas. Las pasiones se desataron, los caracteres se fueron dibujando, fuertes y poderosos y cundieron las clásicas escenas de afecto y celos, las amistades insolubles y las arriscadas enemistades que, al fin y a la postre, terminaron con unos cuantos insultos o puñetazos o con unas palabras de conciliación y un amistoso paseo entre los árboles. Y lo que parecía

eterno se diluyó en la volubilidad sin malicia de la adolescencia.

Hans no tuvo parte alguna en todos aquellos impulsos. Los primeros días, Kafl Hamel le demostró una amistad exuberante, que pronto se volvió hacia uno de los huéspedes del aposento «Esparta». Hans se quedó entonces completamente solo. Un fuerte sentimiento le empujaba hacia el reino amable y dulce de la amistad, pero la timidez le obligaba a detenerse. En sus años infantiles, difíciles y faltos de una madre, se había consumido sin un afecto real y constante que supiera despertar el entusiasmo dormido en él, y sentía el

horror del tímido hacia todas las demostraciones exteriores. A ello había que añadir su orgullo de muchacho y su gran ambición. No era fingida como la de Lucius, sino animada efectivamente por un ansia de saber, pero le hacía mantenerse también alejado de todo lo que le podía distraer de su labor. Y así, noche y día, permanecía sentado en su mesa, sin moverse, indiferente en apariencia, pero sensible a las risas y los juegos de sus compañeros. Karl Hamel había sido injusto, pero si cualquier otro se hubiera acercado a Hans y hubiese tratado de atraerle, el muchacho le habría seguido muy a gusto.

Porque él seguía encogido, como una muchacha tímida, aguardando a que fuera a buscarle alguien más fuerte y más audaz, capaz de arrebatarse violentamente y forzarle a sentirse feliz.

Los primeros tiempos pasaron muy deprisa. Al lado de todos aquellos asuntos daban mucho quehacer las múltiples asignaturas, en especial el hebreo, que era para los seminaristas algo así como la piedra de toque de su capacidad. Los pequeños lagos y estanques que rodeaban a Maulbronn reflejaban el cielo pálido y brumoso del avanzado otoño, y ráfagas frías agitaban los árboles del bosque. No tardaron en

caer las primeras escarchas, que ahuyentaron los pájaros rezagados.

El lírico Hermann Heilner, que había tratado inútilmente de ganar algún amigo que congeniara con él, terminó por refugiarse en su propia soledad. Diariamente tomaba el camino del bosque y llegaba hasta las orillas de un estanque rodeado de juncos, donde unos cuantos sauces llorones reflejaban sus ramas desmayadas. La belleza triste de aquel paisaje atraía al visionario. Con un junco trazaba invisibles figuras en la verdosa superficie del agua, leía alguna, poesía o meditaba simplemente, teniendo en el césped de la orilla, sobre

el tema otoñal de la muerte, mientras el silbido del viento y el rumor de las hojas componían una sinfonía silvestre llena de melancólicos acordes. Otras veces sacaba del bolsillo una pequeña libreta de tapas negras y escribía uno o dos versos en su interior.

Eso estaba haciendo aquel mediodía oscuro y brumoso en que Hans, que paseaba también solo, llegó también a orillas del lago. Contempló unos instantes al joven poeta, sentado en una piedra, con el cuaderno sobre las rodillas y mordisqueando el lápiz con ademán pensativo. Sobre la hierba estaba un libro abierto. Lentamente se

acercó a él.

—¡Dios te guarde, Heilner! ¿Qué haces?

—Leo a Hornero. ¿Y tú Giebenrath?

—No te creo. Sé bien lo que haces.

—¡Vaya!

—Naturalmente. Compones versos.

—¿Tú crees?

—Seguro.

—¡Siéntate aquí!

Giebenrath se sentó al lado de Heilner y permaneció unos instantes contemplando las aguas verdosas. El viento jugueteaba con las hojas secas y entre las ramas susurraba su eterna canción. Los sauces se desmayaban

sobre el espejo del agua, y la bruma lo envolvía todo en un velo gris.

—Esto es muy triste —dijo Hans.

—Sí.

Ambos abandonaron la piedra y se tendieron sobre el césped. Sus pupilas dejaron de percibir el paisaje otoñal que les rodeaba y se sumergieron en la contemplación del cielo cenizo, manchado a trechos por nubes plumizas.

—¡Qué nubes tan hermosas! —exclamó Hans, contemplándolas cómodamente.

—Sí, Giebenrath. ¡Quién pudiera ser una de ellas! —suspiró Heilner.

—¿Para qué?

—Para ser empujados por el viento sobre bosques, pueblos y montañas. Para deslizarnos sobre el cielo como unos barcos sobre el agua. ¿Has visto un barco alguna vez?

—No. Heilner. ¿Y tú?

—Sí. Pero tú no comprendes esas cosas. Sólo sabes estudiar sin descanso, resolver matemáticas y analizar textos hebreos.

—¿Me tienes por un machetero?

—Yo no he dicho eso.

—No soy tanto como tú crees. Pero háblame de los barcos.

Heilner dio una vuelta que estuvo a punto de hacerle caer en el agua. Quedó

boca abajo, con la barbilla apoyada en ambas manos y los codos hincados en la hierba.

—Vi a esos barcos en el Rhin—dijo Heilner—, durante las vacaciones. Un domingo hubo música en ellos y por la noche encendieron luces de colores. Las luces se reflejaban en el agua, y los barcos se deslizaban río abajo, entre músicas y risas. Se bebía vino del Rhin, y los vestidos blancos de las muchachas flotaban al aire tibio de la noche.

Hans escuchó en silencio. No dijo nada, pero cerró los ojos e imaginó el barco deslizándose por las aguas oscuras, con música y luces rojas, y

muchachas vestidas de blanco. Hermann prosiguió:

—Era muy diferente a esto. ¿Quién sabe aquí cosas de esas? Sólo aburrimiento y estudio. Lo más elevado que puede alcanzarse en el alfabeto hebreo. Tú mismo no sabes otra cosa.

Hans calló. Aquel Heilner era una persona extraña. Un soñador, un poeta al que muchas veces había tenido ocasión de admirar. Todos sabían que estudiaba muy poco y apenas prestaba atención a las lecciones. Pero, a pesar de ello, sabía mucho, conocía la manera de dar buenas respuestas y servirse con propiedad de hermosas palabras.

—Ahí tienes a Hornero —exclamó, señalando el libro que estaba sobre la hierba—. En clase lo leemos como si la Odisea fuera un libro de cocina. Dos versos cada hora y luego el estúpido análisis, palabra por palabra, para poder decir, al final de la clase: ¿Ven ustedes que bien compuso el poeta? ¡Acaban de echar una ojeada al secreto de la creación poética! Pero la verdad es que sólo nos detenemos en los participios y en los aoristos, en las particularidades gramaticales y en la composición. Para hacerlo de esa manera, no me importa que Hornero desaparezca del recuerdo de los

hombres. ¿Qué nos importa, en realidad, toda esa monserga griega? Si uno de nosotros quisiera tan sólo intentar vivir un poco a lo griego, le echarían inmediatamente del seminario. ¡Y nuestro aposento se llama «Helade»! ¡Pura burla! ¿Por qué no se llama «papelera», «mazmorra» o «sombbrero de copa»? Todas esas monsergas clásicas no son más que un embuste.

Escupió al aire.

—¿Has escrito hoy algún verso? — preguntó Hans.

—Sí.

—¿Sobre qué?

—Sobre el lago y el otoño.

—Enséñamelos.

—No están terminados.

—¿Y cuando estén?

—Sí. Entonces sí.

A un tiempo los dos se levantaron y emprendieron lentamente el regreso al convento.

—¿Te has dado cuenta de lo hermoso que es esto? —preguntó Heilner cuando llegaron—. Pórticos, ventanas, arcos, refectorios y cruceros góticos y románticos, ricos y valiosos, llenos de arte y de poesía. ¿Y para quién es todo este en canto? Para tres docenas de arrapiezos que quieren llegar a ser pastores. El Estado tiene de sobra.

Hans estuvo meditando toda la tarde sobre Heilner y sus palabras. ¿Qué clase de persona era? Lo que para Hans eran deseos e inquietudes, no existían siquiera para él. Tenía pensamientos y palabras propias, vivía libre y ardiente, sufriendo dolores singulares y envolviendo en su desprecio a todo lo que le rodeaba. Gustaba la belleza de las viejas columnas y los muros vetustos, conocía el misterioso arte de reflejar su alma en versos y de forjarse una vida propia con su sola fantasía. Era animado y bravío, y hacía diariamente más chistes que Hans en un año. A la vez, era melancólico y parecía gozar de

su propia tristeza como de algo valioso y poco habitual que fuera totalmente extraño a su verdadero ser.

Aquella misma noche dio Heilner una prueba de su naturaleza sorprendente y contradictoria. Uno de sus compañeros, un fanfarrón llamado Otto Wenger le provocó a una pelea. Heilner permaneció unos instantes silencioso, entre despectivo y burlón, pero una bofetada de su contrincante le hizo dejarse llevar por la furia y pronto estuvieron los dos trabados en una pelea violenta que les hizo ir dando tumbos por el aposento, de pared en pared, de silla en silla, para caer, por fin, en el

suelo, abrazados furiosamente. Los demás compañeros hicieron corro a su alrededor y les contemplaron con semblantes críticos, sorteando el ovillo que formaban los dos belicosos cuidando de su furia las piernas, las mesas y las lámparas y aguardando el desenlace con alegre emoción. Heilner fue el primero en levantarse, con el rostro crispado y la respiración alterada. Se apartó de su contrincante y pasó la mirada por los espectadores. Tenía los ojos enrojecidos, la camisa rota y un «siete» en la rodilla del pantalón. Wenger se levantó también, dispuesto a precipitarse de nuevo sobre

él, pero, con gran sorpresa de todos, Heilner abrió los brazos y exclamó, con sencillez:

—No sigo peleando... ¡Pégame si quieres! Otto Wenger se marchó sin parar de insultarle, y Heilner se apoyó en la cabecera de su cama, metió las manos en los bolsillos y pareció querer acordarse de alguna cosa. Súbitamente comenzaron a brotar lágrimas de sus ojos, una tras otra, cada vez más copiosas. Todos le contemplaron llenos de asombro, pues, sin duda alguna, lo más vergonzoso que podía hacer un seminarista era llorar. Pero él no hizo nada para disimularlo, y ni siquiera



Se pasó la mano por los ojos, sonrió burlescamente, apagó su lámpara y salió del aposento.

Hans Giebenrath, durante toda la escena, había permanecido en su sitio, contemplando únicamente con ojos admirados la extraña actitud del poeta. Un cuarto de hora después se atrevió a ir en busca del desaparecido. Le encontró en uno de los rincones más sombríos del claustro, contemplando ensimismado el crucero oscuro, en la actitud del que medita profundamente. No se movió siquiera cuando Hans se le acercó, ni tampoco pronunció una sola palabra. Transcurrieron unos minutos, largos e

interminables. Sin volver la cabeza ni hacer un solo ademán, Heilner preguntó, por fin:

—¿Qué sucede?

Su voz fue helada y cortante.

—Soy yo —respondió Hans, tímidamente.

—¿Qué quieres?

—Nada.

—Entonces, puedes marcharte otra vez.

Hans se sintió ofendido por el desdén de su compañero e iba a marcharse. Pero Heilner le detuvo.

—¡Aguarda! —exclamó en un tono más afectuoso—. No quise decirte eso.

Ambos se miraron fijamente al rostro. Con seguridad cada cual sintió, en aquel instante, la certeza de que tras aquellas facciones indecisas y casi infantiles se ocultaba un carácter singular, con particularidades bien definidas, y un alma que luchaba y que sufría para encontrar su camino recto.

Heilner extendió lentamente el brazo y apoyó la diestra en la espalda de su compañero. Luego le atrajo hacia sí hasta que sus mejillas casi se tocaron. Y entonces Hans sintió, lleno de asombro y de temor, cómo los labios del otro se posaban levemente sobre los suyos.

El corazón le latió con

desacostumbrada precipitación y ardieron sus mejillas. Aquella solitaria reunión en el claustro silencioso y aquel beso súbito le parecieron algo lleno de aventura. Algo nuevo y acaso peligroso. Se le ocurrió pensar lo que habría sucedido en el caso de ser descubiertos. Algo le decía que el beso de su compañero era mucho más vergonzoso y ridículo que el llanto anterior. No acertó a pronunciar palabra, pero una oleada de sangre le subió a la cabeza y le acometieron deseos de huir.

Los días que siguieron a la pequeña escena no se diferenciaron en nada a los anteriores. La población juvenil del

seminario se había ido acostumbrando a la vida en común. Se conocían los unos a los otros, cada cual tenía de los demás una determinada idea y opinión, y se habían establecido infinidad de amistades entre todos ellos. Había parejas que aprendían juntos los vocablos hebreos, otras que dibujaban en compañía, que paseaban por los alrededores o leían a Schiller. Había excelentes latinistas y malos matemáticos que elegían como amigos a malos latinistas y buenos matemáticos, para aprovechar juntos los frutos de la tarea común. Otras amistades, en cambio, se fundamentaban en una

especie de contrato entre ambas partes o en la más absoluta comunidad de bienes. Así el feliz poseedor de un jamón buscaba la amistad del campesino, que tenía llenos de manzanas los cajones de su armario. O el que había recibido golosinas de su casa procuraba trabar conocimiento con el que conocía a fondo los secretos de la sintaxis hebrea.

También existían las parejas desiguales. Por una de éstas era tenida la que componían Hermann Heilner y Hans Giebenrath, el superficial y el concienzudo, el poeta y el prosaico. Pronto se contó a los dos como sensatos y talentosos, pero Heilner se esforzó en

todo momento por dar la sensación brillante de un genio, mientras Hans no pasó de demostrar su aplicación.

Pero todas esas circunstancias e intereses personales no distraían a los alumnos del empeño en sus estudios. La asignatura más difícil era el hebreo. La antigua y singular lengua de Jehová, semejante a un árbol duro y seco, pero vivo al mismo tiempo, crecía nudosa, heterogénea y enigmática, ante los ojos de los muchachos, sorprendiéndolos con sus flores coloridas y olorosas entre las ramas secas y retorcidas. En esas ramas, que con el tronco y las raíces servían de refugio a espíritus milenarios, recelosos

o llenos de amistad, a fantásticos dragones, a consejas sencillas e ingenuas, a graves cabezas de anciano al lado del encrespado pelo de un efebo, de la muchacha de ojos serenos o la robusta matrona. Lo que habían intuido, lejano y nebuloso, en la Biblia de Lutero, velado por las nieblas del Viejo Testamento, tomó voz y carne en el lenguaje puro y áspero. Así, al menos le parecía a Heilner, que maldecía cada día y a cada hora el Pentateuco, a pesar que encontrara en sus páginas más vida y más alma que muchos otros estudiantes aplicados que se sabían todos los vocablos y no hacían ni una falta en la

lectura.

También el Nuevo Testamento gustaba al poeta. Era más tenue, claro y penetrante, y su lenguaje, aunque menos antiguo, profundo y rico, tenía la suavidad de lo selecto y parecía estar henchido de un espíritu de ensueño.

Y la Odisea, de cuyos versos sonoros, poderosos y medidos, semejantes al brazo redondo y alabastrino de una ninfa, surgía el presentimiento y la noción de una vida periclitada, de contornos claros y realidades felices, tan pronto fuertes y poderosos, casi inmediatos, como lejanos e imprecisos, envueltos en una

etérea fantasía o un bello sueño.

Hans se dio cuenta, con asombro, de que para su amigo todas las cosas tenían un aspecto diferente. Para Heilner no existía nada abstracto, nada que no pudiera imaginarse e iluminar con los más vivos colores de su fantasía. Cuando eso no le era posible, abandonaba con desgana lo que tenía entre manos y se sumía en una especie de místico ensueño. Pero a pesar de ello, la amistad entre ambos era firme, aunque en muchos aspectos pareciera sorprendente. Para Heilner era un deleite y un lujo, una comodidad o también un capricho. En cambio, para

Hans era, a veces, un tesoro guardado con orgullo y otras, un lastre que sobrellevar con mucho esfuerzo. Hasta entonces Hans había dedicado las primeras horas de la noche al estudio. Pero Hermann tomó la costumbre de pasar todo aquel tiempo charlando con él. Hans se echaba a temblar en cuanto lo veía acercarse, y redoblaba sus esfuerzos en las horas obligatorias de trabajo, repasando las lecciones del día y poniendo en limpio los ejercicios con una prisa febril que le permitiera recuperar el tiempo perdido. Pero mucho más penoso fue cuando Heilner comenzó a combatir su aplicación con

burlas y alusiones más o menos encubiertas.

—Eso es una esclavitud —dijo una vez—, no haces el trabajo a gusto y voluntariamente, sino sólo por temor a los maestros, a tus padres. ¿Qué importa, por lo tanto, que seas primero o segundo? Yo soy el número veinte y no me creo más tonto que otros más aplicados.

Hans se horrorizó también al contemplar por vez primera cómo Heilner trataba sus libros de estudio. Una vez dejó los suyos en el aula, y como deseaba preparar la próxima lección de geografía, pidió a su amigo

que le prestara el atlas. No tuvo que hojearlo dos veces para darse cuenta de la poca seriedad que Heilner ponía en aquellas cosas. La costa occidental de la Península Ibérica estaba contorneada con lápiz y convertida en un grotesco perfil, donde la nariz llegaba de Oporto a Lisboa, mientras el cabo de San Vicente formaba la punta de una barba cerrada. Así estaban todas las hojas e incluso el dorso de los mapas aparecían pintarrajeados con caricaturas y monigotes, acompañados de versos festivos y abundantes manchas de tinta. A Hans, que acostumbraba conservar sus libros con el fervor de verdaderas

reliquias, aquellas osadías le parecieron mitad profanaciones, mitad actos vandálicos, pero siempre teñidos de cierto heroísmo.

Parecía que el buen Giebenrath no era para su amigo más que un juguete favorito, una especie de gato doméstico con el que se divertía a ratos. A Hans mismo se le ocurría muchas veces ese pensamiento. Pero la verdad era que Heilner acudía a él porque le necesitaba. Tenía menester de alguien que escuchara con recogido silencio sus peroratas encendidas y revolucionarias sobre la escuela y la vida, y también que le consolara en sus frecuentes horas de

melancolía. Como todas las naturalezas semejantes a la suya, el joven poeta acostumbraba a caer en una melancolía casi coqueta, cuyas causas no eran más que las propias inquietudes de la adolescencia, agudizadas por su temperamento hipersensible y su carácter voluble. Tenía también la necesidad enfermiza de sentirse consolado y compadecido. De niño había sido el preferido de sus padres, y mientras no estuviera maduro para el amor de una mujer, se servía de los consuelos y afectuosidades de un amigo fiel.

Con frecuencia acudía, al anochecer,

al lado de Hans. Le apartaba de su trabajo y le obligaba a seguirle en sus paseos sin rumbo por el claustro y los dormitorios. En el frío pórtico o en el oratorio envuelto en tinieblas, seguían paseando arriba y abajo o se sentaban en el antepecho de una ventana. Heilner daba rienda suelta a sus lamentos, que, al modo de todos los líricos y jóvenes lectores de Heine, estaban envueltos en la niebla de su tristeza un poco infantil, que Hans no alcanzaba a comprender, pero que no por eso dejaba de impresionarle. Cuando hacia mal tiempo, el sensitivo poeta llegaba al paroxismo de la lamentación y el dolor,

y su tristeza alcanzaba entonces contrapunto al anochecer, cuando las nubes panzudas y oscuras enturbiaban el cielo otoñal y detrás de ellos, contemplándoles a través de los tristes cendales y el encaje gótico de las ventanas, asomaba la luz pálida de la luna. Entonces Heilner caía en una borrachera de melancolía que no tardaba en convertirse en un desatado torrente de sollozos, suspiros, palabras y versos, que anegaban al inocente Hans.

Emocionado y apenado por aquellas tristes escenas de dolor, Hans se precipitaba, con redoblado ímpetu, sobre la tarea. Las horas que le restaban

eran cada vez menores, y cada día el estudio le parecía más difícil. No le sorprendió demasiado que volviera a acometerle el viejo dolor de cabeza, pero sí le preocuparon las horas, cada vez más frecuentes, que pasaba sin hacer nada y el esfuerzo que le era necesario para realizar lo más imprescindible. A menudo le atormentaba la convicción de que su amistad con el original Heilner le agotaba y hacía enfermar una parte de su ser hasta entonces intacta. Pero cuando más lloroso y sombrío le veía, mayor era la compasión que sentía por él y más orgullo y dulzura le embargaban al saberse imprescindible para su amigo.

Pronto advirtió, sin embargo, que aquel aire eternamente melancólico era sólo una propensión enfermiza que no pertenecía al ser verdadero de Heilner. Cuando el amigo leía sus versos en alta voz, hablaba de sus ideales poéticos o recitaba monólogos de Shakespeare o de Schiller con fuerza y con pasión, le parecía a Hans estar en un mundo totalmente alejado de la realidad, moviéndose con una divina libertad y una fogosa pasión hasta entonces desconocida, como si, semejante a un homérico mensajero celeste, de súbito le hubieran crecido alas en los pies. Hasta entonces jamás se había atrevido a

penetrar en el mundo de los poetas y los creadores, pero la palabra de Heilner bastó para que gustara y advirtiera por vez primera la belleza del lenguaje, la fuerza cambiante de las imágenes, la alegoría de las metáforas y la musicalidad de las rimas. Y su veneración por aquel mundo recién descubierto ante sus ojos fue un sentimiento parejo a la admiración que en él despertaba su amigo Heilner.

Entretanto, hicieron su aparición los días tempestuosos de noviembre, en los que se podía trabajar muy pocas horas sin ayuda de la lámpara; noches negras, con la tempestad rondando las alturas

próximas o azotando con furia los muros vetustos y agrietados del antiguo convento, mañanas brumosas y tardes brevísimas, en las que el sol se ponía cuando apenas los seminaristas habían acabado con su almuerzo. Los árboles estaban completamente deshojados, y sólo las encinas fuertes y nudosas, reinas de aquel paraje boscoso, alzaban sus copas, en las que el viento silbaba y susurraba con mayor fuerza que en los demás árboles. Hans estaba más melancólico que nunca, y nuevamente prefería refugiarse en cualquier rincón solitario de la sala de estudio, buscar consuelo en el violín o tratar con otros

camaradas.

Una noche fue a acomodarse en su sitio de costumbre y halló al diligente Lucius sentado ante un atril y abstraído completamente en sus ejercicios. Se marchó furioso y volvió a la media hora. Lucius seguía estudiando.

—¡Podías acabar de una vez! —gritó Heilner—. Hay otros que también quieren estudiar. Tu infame rascar se está convirtiendo en una plaga insoportable.

Lucius no quiso retirarse. Heilner se irritó más, y cuando el otro reanudó tranquilamente su ejercicio, dio un puntapié al atril y arrojó las partituras a

la cara del ejecutante. Una oleada de sangre subió al rostro de Lucius.

—Se lo diré al éforo —exclamó con decisión.

—¡Bien! —chilló Heilner, furioso—. Yo también le diré que te he dado una bofetada —y uniendo las palabras a la práctica, quiso golpear a su contrincante.

Lucius escapó a la acometida y ganó corriendo la puerta. Su perseguidor se precipitó detrás de él y comenzó una persecución a través de salas y corredores, por escaleras y claustros, que les llevó hasta el ala más alejada del convento, donde estaba situada la

vivienda del éforo. Heilner atrapó al fugitivo precisamente en la puerta del cuarto de estudio. Siguió un breve forcejeo en el que Lucius pudo desasirse y llamar precipitadamente. Heilner quiso marcharse, pero un empujón de su contrincante le hizo entrar como una bomba en el sanctasanctórum del éforo.

La falta no tenía precedentes en toda la historia del Seminario. A la mañana siguiente, los alumnos se vieron obligados a escuchar un severo discurso del éforo sobre la degeneración de la juventud. Lucius se mantuvo respetuosamente inclinado durante toda la disertación, y Heilner obtuvo un

severo castigo de reclusión.

—Desde hace muchos años —tronó el éforo dirigiéndose a él— no se aplicaba semejante castigo en esta institución. Me preocuparé de que siga aun recordándolo dentro de diez años. Y a los demás —prosiguió dirigiéndose al resto de los alumnos— les pongo a este Heilner como un ejemplo claro de lo que no hay que ser.

La promoción entera lanzó una mirada temerosa hacia el acusado, que, pálido y obstinado, no quitaba los ojos del severo semblante del éforo. Muchos le admiraron en silencio, pero a pesar de eso, permaneció solitario y

abandonado como un leproso cuando los demás salieron al corredor. Había que tener mucho valor para hablar con él después de lo ocurrido.

Hans Giebenrath no lo hizo. Bien sabía que hubiera sido su deber, y durante largo rato estuvo atormentándole la sensación de su cobardía. Avergonzado y lleno de un íntimo desasosiego, se volvió hacia una ventana sin atreverse a mirar a su desgraciado amigo. Algo le impulsaba a acercarse a él, y hubiera dado cualquier cosa por hacerlo sin darse cuenta. Pero un castigado con reclusión estaba condenado durante algún tiempo al más

completo ostracismo. Se sabía que los profesores le vigilaban especialmente y que era mal visto que alguien mantuviera tratos con él. Hans tampoco lo ignoraba, y de ahí la lucha entre su deber de amistad y la ambición de mantener su aplicación. Su ideal era avanzar en los estudios, hacer unos buenos exámenes y lograr una buena puntuación. Lo peligroso y lo romántico no le habían atraído nunca. Se encogió temeroso en su rincón. Le quedaban todavía fuerzas para adelantarse unos pasos y mostrar su gallardía, pero de segundo en segundo se le fue haciendo más difícil, y sin darse apenas cuenta se consumó su

traición.

Heilner se dio pronto cuenta de lo que estaba ocurriendo en el alma de su amigo. Vio que los demás le evitaban y que entre los demás se contaba también Hans. El desengaño recrudeció su tristeza. Comparados con el dolor y la rebeldía que sentía en aquellos instantes, sus anteriores lamentos le parecieron vacíos y ridículos. Se acercó a Hans y musitó a su espalda:

—¡Eres un cobarde, Giebenrath!  
¡Bah, al diablo...! —y con estas palabras se alejó, silbando entre dientes y con las manos metidas en los bolsillos.

Otras preocupaciones y otros

acontecimientos distrajeron pronto el interés y la emoción despertada por el castigo de Heilner. Pocos días después cayó la primera nevada, a la que siguió una temperatura y un tiempo completamente invernal. Fue posible deslizarse en trineo por los declives del bosque y hacer bolas de nieve, y súbitamente se dieron todos cuenta de que estaban cercanas la Navidad y las vacaciones. Heilner seguía su existencia habitual. Recorría los pasillos con la cabeza alta y el semblante despectivo, no hablaba con nadie y escribía versos en una libreta con cubierta de hule negro y el sobrescrito «Cantos de un monje».

Las encinas, los chopos, los arbustos y las menudas praderas estaban cubiertas de escarcha y nieve helada que formaban imágenes de fantástica belleza. El frío hacía crujir el hielo en los estanques y el claustro semejaba un marmóreo jardín. Una emoción recorría todos los aposentos y la proximidad navideña ponía su resplandor y su júbilo hasta en los más reposados y comedidos profesores. Entre maestros y alumnos no había uno solo a quien le fuera indiferente la Navidad, y en aquellos días el correo era más profuso que nunca. Las cartas del hogar estaban llenas de bellas insinuaciones y frases

cargadas de buenos presagios. Unas preguntaban qué era lo que más deseaba el querido seminarista, otras daban cuenta de los preparativos que estaban haciendo para su llegada, de las golosinas que les aguardaban o lo amorosamente que les esperaban los seres queridos.

Antes de partir de vacaciones, a toda la promoción y especialmente a los del aposento «Helade», les fue dado vivir un alegre suceso. Se decidió invitar a todo el Cuerpo de preceptores a una fiesta de Navidad que debía tener lugar en «Helade», por ser el mayor aposento de todos. Una alocución, dos

declamaciones, un solo de flauta y un dúo de violín componían todo el programa. Pero a última hora alguien hizo notar que faltaba un número humorístico. Se meditó largamente, se aceptaron y se rechazaron sugerencias y se celebraron largos y misteriosos conciliábulos sin lograrse una unanimidad completa. El tiempo se echaba encima, cuando Karl Hamel propuso un solo de violín por Emil Lucius. La propuesta fue aceptada de completo acuerdo, porque a nadie le cupo la menor duda de que Lucius y su violín era lo más grotesco que podía hallarse en todo el Seminario. Con

ruegos, promesas y amenazas se logró que el desdichado músico aceptara su parte en el programa. Y a la afectuosa invitación a los profesores y la reseña de los demás números, se añadió especialmente: «Noche de Paz». «Interpretada por Emil Lucius, virtuoso de cámara». Este último título tuvo que agradecerlo a sus diarios y repetidos ejercicios en la sala de estudio.

El éforo, los profesores, el vigilante, el maestro de música y el fámulo mayor fueron invitados a la fiesta. El maestro de música no pudo evitar un sudor frío cuando apareció Lucius, repeinado y pulido, con su andar menudo y su

sonrisa casi humilde. Su sola apariencia representaba ya una invitación al regocijo. La canción «Noche de Paz» se transformó bajo sus dedos torpes en una queja conmovedora, en un emocionante y melancólico canto de dolor; comenzó dos veces, rompió y deshizo la melodía, trató inútilmente de llevar el compás con el pie y trabajó y sudó como leñador durante el invierno.

El éforo hizo una alegre señal al maestro de música que, pálido por la indignación, trataba de soportar el desaguizado.

Lucius comenzó la canción por tercera vez, y de nuevo se detuvo a los

primeros compases. Entonces bajó el violín con cómica desesperación, se volvió hacia los auditores y trató de disculparse.

—¡No puede ser! Pero hay que tener en cuenta que sólo estoy aprendiendo violín desde el otoño.

—Está bien, Lucius —exclamó el éforo—; le agradecemos su ahínco. Siga estudiando sin descanso. *Per aspera ad astra.*

El 24 de diciembre se animaron los aposentos a las tres de la madrugada. De las ventanas colgaban gruesos carámbanos de hielo, el agua de lavarse se había helado en las tinas y un aire

cortante como un cuchillo azotaba el patio del convento. Pero nadie pensó en permanecer un minuto más en la cama. Sobre las mesas del refectorio humeaban los grandes calderos de café y vetustos los muros estaban animados por el alegre jolgorio. Pronto estuvo todo dispuesto. Las maletas alineadas en el vestíbulo y los ojos brillantes de los alumnos anunciaban la inminente partida. Fueron saliendo en grupos, arrebujaados en sus abrigos y bufandas, destacándose como manchas oscuras sobre la blancura de la nieve. Atravesaron el bosque y tomaron el camino que conducía a la próxima

estación. Todos charlaban entre sí, hacían chistes y gastaban bromas, riendo con alboroto y correteando por la nieve. En todos los corazones anidaba la gozosa impaciencia. Esparcidas por toda la región, en las villas y pueblos y en las solitarias casas de campo aguardaban a los seminaristas las familias amorosas. Padres y hermanos, sentados en torno a la estufa o al lado del hogar, contaban las horas que faltaban para su llegada. Para casi todos los muchachos era aquélla la primera Navidad en que desde lejos tenían que regresar a sus hogares, y los más tenían la certeza de que se les aguardaba con

amor y con orgullo.

Nunca habían estado tan unánimes, tan sociables y tan alegres como durante aquella media hora en que esperaron al tren en la pequeña estación del bosque. Sólo Heilner permaneció solitario y silencioso, y cuando llegó el tren, aguardó a que hubieran subido todos sus camaradas para refugiarse en otro vagón. En la estación siguiente, al cambiar de coche, Hans le vio nuevamente, pero la agitación y la alegría del regreso no le dejaron sentir la vergüenza y el arrepentimiento que le acometían al verlo.

Al llegar al hogar, halló a su padre

satisfecho y sonriente. Le aguardaba una mesa bien llena de regalos, pero a pesar de eso, no podía decirse que en casa de los Gie-benrath se celebraba una verdadera fiesta de Navidad. Faltaban canciones y entusiasmo, faltaba una madre y faltaba un árbol navideño. El viejo Giebenrath no conocía el arte de festejar las solemnidades. Pero se sentía orgulloso de su hijo, y aquella vez no había ahorrado en regalos. Y como Hans no estaba acostumbrado a otra cosa, tampoco le extrañó.

Las gentes de la villa le encontraron de peor aspecto, más pálido, más delgado y más abatido. Le preguntaron

si en el convento escaseaba la comida, pero él denegó, aseguró que se encontraba bien y que únicamente le molestaba el frecuente dolor de cabeza. Pero el párroco le consoló, asegurándole que él había sufrido los mismos síntomas durante su juventud y que con los años todo había desaparecido.

El río estaba helado y se llenaba de patinadores los días festivos. Hans pasaba casi todo el día en la calle, vestido con un traje nuevo y cubierta la cabeza con la gorra verde de los seminaristas, alejado de sus antiguos condiscípulos por el abismo que

separaba aquel mundo inferior, del superior donde ahora él moraba.

# CAPÍTULO IV

EN EL CURSO de los cuatro años de internado, se perdían definitivamente uno o más componentes de cada promoción de seminaristas. Unas veces se moría alguno y era enterrado entre cánticos o transportado a su tierra natal con el acompañamiento de alguno de sus camaradas, otras algún audaz se fugaba de Maulbronn o era expulsado algún pecador por causa de sus excepcionales faltas, y ocasionalmente, sólo muy de cuando en cuando, y en especial en las últimas clases, algún muchacho ponía fin a su perplejidad ante el mundo y a sus

tribulaciones y dolores en la vida, con un tiro en la sien o ahogándose en uno de los numerosos estanques que rodeaban el Seminario.

También lo promoción de Hans Giebenrath tuvo que lamentar la pérdida de algunos componentes, y quiso una sorprendente casualidad que todos ellos pertenecieran al aposento «Helade».

Entre sus habitantes hubo un hombrecillo decidido y rubio, de nombre Hindiger, pero al que pusieron el apodo de Hindú. Hijo de un sastre de Allgau, no se caracterizó por la locuacidad ni por el carácter ruidoso. Por ser compañero de mesa del virtuoso

Lucius, tuvo con él más trato que con los demás, aunque sin abandonar por ello su aire de reserva habitual, que no era obstáculo para que en todo instante se mostrara afectuoso y deferente con los demás. Sólo cuando faltó, se dieron cuenta los del «Helade» que le habían apreciado por ser un modesto vecino y un punto de reposo en la tan frecuentemente alborotada existencia del aposento.

Un día de enero decidió encaminarse a las carreras con patines que los alumnos celebraban en uno de los estanques. No poseía patines y quería únicamente ser espectador. Pero pronto

sintió frío y se puso a corretear por la orilla para entrar en reacción. La carrera le aburría y sus correteos le llevaron a otro lago próximo, de aguas más templadas, que apenas estaban cubiertas de una delgada capa helada. Siguió corriendo entre los juncos hasta que el hielo crujió bajo sus pies. Entonces intentó regresar a la orilla, pero fue tarde ya. La delgada capa cedió, unos gritos atravesaron el aire y el menudo cuerpo de Hindú se hundió en las frías y sombrías aguas del estanque.

Sólo notaron su ausencia a las dos, cuando dio comienzo la primera clase de la tarde.

—¿Dónde está Hindinger? —

preguntó el vigilante.

Nadie dio respuesta.

—Vayan a mirar si está en el aposento «Helade».

Allí no se encontró huella de él.

—Debe haberse retrasado.

Comenzaremos la clase sin él. Estamos en la página 74, séptimo verso. Pero antes quiero rogarles que no tomen ejemplo de Hindinger, Hay que ser siempre puntual.

Cuando dieron las tres sin que el ausente volviera, el maestro sintió algún temor y notificó la falta al éforo. Este apareció seguidamente en el aula, hizo

un gran interrogatorio entre los alumnos y envió a diez de los mayores, acompañados del fámulo y del pasante, en busca del desaparecido.

A las cuatro el pasante entró bruscamente en el aula. No llamó siquiera, y tanto su palidez como sus ademanes dejaron traslucir una intensa agitación. Los alumnos no pudieron evitar un murmullo interrogativo.

—¡Silencio! —ordenó el éforo. Los seminaristas se miraron inquietos los unos a los otros y después aguardaron llenos de ansiedad las palabras del maestro.

—Su camarada Hindinger —dijo

con tono pausado, en el que procuraba evitar toda emoción— parece haberse ahogado en un estanque. Tienen ustedes que ayudar a encontrarlo. El profesor Meyer les guiará, y excuso decir que deberán seguir estrictamente sus órdenes y sus indicaciones, evitando en todo momento dar cualquier paso falso o innecesario.

Horrorizados y sin dejar de murmurar entre ellos, los alumnos formaron un grupo con el profesor a la cabeza. De la villa próxima llegaron en ferrocarril un par de hombres con cuerdas, bastones y picos de hierro. Hacía mucho frío y el sol se hundía ya

bajo las colinas de la lejanía.

Cuando se halló, por fin, el menudo cuerpo del muchacho y se le colocó en unas parihuelas para llevarlo hasta el convento, era ya noche cerrada. Los seminaristas formaban el fúnebre cortejo, semejantes a asustados pajarillos, con los ojos fijos en el cadáver y las manos ateridas por el frío. No murmuraban ya entre sí. Su silencio era angustioso y solemne, como el temor mismo que llenaba sus almas y las hacía ventear la muerte igual que la gacela a su enemigo.

Hans Giebenrath caminaba con la cabeza baja al lado de su antiguo amigo

Heilner. Ambos se dieron cuenta de la proximidad al mismo tiempo, pues los dos tropezaron en la misma desigualdad del terreno. Acaso la contemplación de la muerte le convenciera en aquel instante de la nulidad de todo egoísmo, quizás el pálido rostro del amigo volviera a despertar en su alma toda la admiración fanática que por él sintió en meses anteriores, el caso es que Hans, tocado por un oscuro e íntimo dolor, cogió con súbita emoción la helada mano del otro. Heilner la retiró con indignación, y sin concederle tan sólo una mirada, buscó un hueco en el grupo y se esfumó entre las últimas filas del

doliente cortejo.

El corazón del ejemplar muchacho que era Hans, se llenó en aquel instante de dolor y vergüenza. Las lágrimas rodaron por sus mejillas azuladas de frío y por unos breves segundos imaginó que en las parihuelas no yacía el menudo hijo del sastre, sino su amigo Heilner, dispuesto a llevarse consigo el dolor y la ira de su infidelidad a otro mundo donde no contaban los estudios, los éxitos y los exámenes, sino la blancura o la mácula del alma.

Entretanto habían alcanzado la carretera. En pocos minutos llegaron rápidamente al convento, donde todos

los profesores, con el éforo a la cabeza, recibieron al difunto Hindinger. El muchacho habría huido de temor y de confusión si le hubieran tributado en vida tales honores, pero para los profesores un alumno muerto era algo muy diferente a uno vivo. Ante la muerte desaparecía su insignificancia, y por unos instantes parecían convencerse del valor irreparable de aquella vida y de aquella juventud contra la que tantas veces habían pecado.

Durante toda la noche y todo el día siguiente la presencia del poco relevante cuerpo de Hindinger obró un extraño influjo, mitigando, poniendo sordina y

apagando toda actividad y toda conversación de tal modo, que por aquel corto espacio de tiempo desaparecieron las disputas, las risas y los jolgorios como ondinas que se hubiera ocultado momentáneamente bajo la superficie de las aguas para no descansar, inanimadas y dormidas, en el fondo. Cuando hablaban del ahogado, le nombraban por su nombre completo, ya que el apodo les parecía una falta de respeto al muerto. Y el quieto Hindú, que en vida había pasado completamente desapercibido y desatendido entre el tropel de alumnos, a su muerte llenó toda la existencia del convento durante breve tiempo.

Al segundo día llegó el padre de Hindinger, permaneció un par de horas en la habitación donde estaba colocado el cuerpo de su hijo, fue invitado por el éforo a tomar té y pernoctó en las celdas de los huéspedes.

Luego tuvo lugar el entierro. El féretro estaba en el dormitorio y el sastre de Allgau permaneció a su lado, mirando a todos los que habían sido condiscípulos de su hijo. Tenía todo el aspecto de un sastre; delgado y menudo, con una chaqueta que había sido negra, unos pantalones estrechos y cortos y un sombrero abollado en la mano. Su rostro pequeño y delgado tenía un aire triste y

huidizo que le daba una singular expresión, y parecía hallarse confuso y cortado por la presencia del éforo y de los profesores, que no se alejaban de su lado un momento.

En los últimos instantes, antes de que los portadores levantaran el féretro, se adelantó con vacilación y tocó la tapa con un ademán embarazoso y temeroso, pero lleno de ternura y de emoción. Luego se quedó muy erguido, casi envarado, luchando con las lágrimas que arrasaban sus ojos y el temblor creciente que le iba acometiendo. El pastor le cogió de la mano y permaneció a su lado hasta que el hombre se puso su sombrero

de copa y siguió al féretro escaleras abajo, a través del patio y el portalón y por el prado nevado, hasta alcanzar las tapias bajas del cementerio. Los seminaristas entonaron cantos gregorianos ante la tumba abierta. Se alzaron al aire las notas graves del cántico, pero nadie prestó atención a la mano directora del maestro de música, porque todos los ojos estaban fijos en la figura insignificante y solitaria del pequeño sastre, que escuchaba la plática del pastor y la alocución del éforo con la cabeza baja y el aspecto abatido, sin atreverse a levantar los ojos hacia donde estaban los alumnos ni a sacar el

pañuelo del bolsillo inferior de su chaqueta.

—No pude menos de figurarme que era mi padre quien estaba en su lugar — dijo Otto Hartner, después de la ceremonia—, y podéis creer que se me puso la carne de gallina.

—Lo mismo he pensado yo —se apresuraron todos a contestar casi a coro.

Más tarde entró el éforo en el aposento «Helade». Iba acompañado del padre de Hindinger, y los semblantes de ambos reflejaban una grave solemnidad.

—¿Alguno de ustedes tenía una especial amistad con el difunto? —

preguntó el éforo.

Al principio no respondió nadie. La mirada del sastre saltó, asustada, de un semblante a otro, como si temiera develar algún secreto de la pasada vida de su hijo. Pero luego se adelantó Lucius, y Hindinger le tendió la mano, mantuvo la del muchacho unos instantes entre la suya, no supo qué decir y salió apresuradamente del aposento después de haberse despedido con una confusa inclinación de cabeza. Partió aquel mismo día, viajando toda una larga jornada a través del árido paisaje invernal, antes de hacer su triste entrada en el hogar vacío y describir a su mujer

el diminuto lugar donde yacía su Karl.

La vida siguió su curso en el convento. Los profesores volvieron a sus órdenes, las puertas se cerraron de nuevo con estrépito y puede decirse que nadie se acordaba ya gran cosa del desaparecido «hebeno». Algunos se habían resfriado por la larga permanencia a orillas del lago durante la búsqueda del desaparecido y yacían en la enfermería o daban vueltas por los corredores, calzados con zapatillas de fieltro y con gruesas bufandas arrolladas al cuello. Hans Gieben-rath permaneció sano y salvo, pero aquellos días desdichados operaron un cambio total en

su carácter. De su alma se desprendieron los últimos restos infantiles y todo su ser adquirió un aire más grave y maduro. Pero esa transformación no tuvo nada que ver con el temor de la muerte o la compasión y el recuerdo del buen Hindú, sino que fue tan sólo efecto de un nuevo reconocimiento de su falta con Heilner.

Este yacía con los demás entre las cuatro paredes de la enfermería, obligado a sorber frecuentes tragos de té y con tiempo suficiente para ordenar sus sensaciones sobre la muerte de Hindinger y disponerlas para una eventual utilización poética. Parecía

estar poco cómodo en aquel lugar. Su apariencia era enfermiza y apenas cambiaba una sola palabra con los que ocupaban las camas inmediatas. Desde la forzada soledad de su castigo, se había recrudecido su hosquedad, y cada día era mayor la soledad y el vacío que le rodeaban. Los maestros le tenían por descontento y rebelde y le vigilaban con severidad; los alumnos se apartaban de su lado, el fámulo le trataba con una irónica amabilidad y todo respiraba soledad y abandono para él. Sólo Shakespeare, Schiller y Lenau, sus verdaderos amigos, seguían mostrándole un mundo grande y poderoso, totalmente

diferente a aquel que le rodeaba. Sus «Cantos de un monje», impregnados al principio por una gran melancolía y un afectuoso amor a su soledad, se transformaron luego en un puñado de versos amargos e hirientes, en los que intentaba reflejar todo lo que le rodeaba; el convento, los maestros y los discípulos. Heilner hallaba en su soledad un agrídulce gozo de martirio, sentía la satisfacción de creerse incomprendido y aparecía en sus inexorables y despectivos versos monacales como un pequeño Juvenal.

Ocho días después del entierro, cuando los demás enfermos estaban ya

convalecientes y Heilner era el único que yacía en su blanca cama de la enfermería, Hans fue a visitarle. Le saludó tímidamente, acercó una silla al lecho, se sentó y cogió una mano del enfermo, quien se volvió hacia la pared con hosco ademán. Pero Hans no se desalentó. Apretó la mano entre las suyas y obligó a su antiguo amigo a mirarle. Este apretó los labios con irritación.

—¿Qué deseas?

Hans no soltó su mano.

—Tienes que escucharme —dijo—.

Reconozco que fui cobarde y te dejé en la estacada. Pero tú sabes cómo era yo:

permanecer en el Seminario fue siempre mi más cara ambición, y en todo momento quise llegar a ser el primero. Tú llamaste aplicación a ese deseo mío, y te reíste injustamente de él. No tenían derecho a hacerlo. Era entonces mi único ideal y no había nada que mejor expresara los anhelos de mi alma.

Heilner había cerrado los ojos, y Hans prosiguió en voz muy baja:

—Siento mucho lo ocurrido. No tengo la seguridad de que quieras volver a ser mi amigo, pero sí sé que me perdonarás. Tienes que hacerlo. ¿Lo oyes?

Heilner siguió con los ojos cerrados,

sin contestar siquiera. Todo lo bueno y gozoso de su ser, sonreía al amigo recobrado, pero se había acostumbrado a representar su papel de amargura y soledad, y no acertaba a arrancarse con tanta precipitación la máscara del rostro. Hans no abandonó su insistencia:

—Tienes que hacerlo, Heilner. Prefiero ocupar el último puesto a seguir dando vueltas a tu alrededor. Si quieres, podemos ser amigos de nuevo y demostrar a los otros que no les necesitamos para nada.

Heilner correspondió entonces a la presión afectuosa de su mano y abrió súbitamente los ojos.

Días después abandonó la cama y la enfermería. La reanudada amistad no despertó en el convento la menor emoción y los días siguieron su curso de eterna monotonía. Pero para los dos aquellas semanas fueron maravillosas: hasta la feliz sensación de su compenetración renovada y de una silenciosa inteligencia que les volvía a unir. A pesar de todo, algo había cambiado con respecto a los meses anteriores. La separación prolongada había obrado en ellos una transformación. Hans estaba más cálido, más afectuoso y más entusiasmado, y Heilner había tomado un aire de

virilidad y fortaleza del que antes carecía. Los dos se habían echado tanto de menos en aquellos últimos tiempos, que su reconciliación fue para ellos igual a un valioso presente o un gran acontecimiento.

Con un temor instintivo y sin saberlo siquiera, los dos adolescentes precoces gustaban en su amistad, algunos de los más dulces misterios de un primer amor. Por eso tenía su unión el áspero atractivo de la virilidad madura y también las hondas raíces de una alianza contra los demás compañeros, para quienes seguía siendo Heilner detestable y Hans incomprensible, y cuyas

amistades no pasaban de ser más que intrascendentes juegos de muchachos.

Cuanto más honda y dichosa era para Hans la amistad, más apartado se hallaba de la escuela. Las nuevas sensaciones despertadas por la compenetración mutua, eran para su ser entero como un vino dulce y embriagador. Al lado de ellas perdían Livio y Hornero su importancia y su resplandor, y se convertía en una nimiedad sin importancia su antiguo anhelo de alcanzar el primer lugar. Los maestros contemplaban con horror como el hasta entonces relevante alumno Giebenrath se convertía en un ser

problemático e irresoluto bajo la influencia de su amigo Heilner. Porque nada espanta tanto a los maestros como las extraordinarias transformaciones que se operan durante la peligrosa época de la adolescencia. A Heilner le habían tenido desde el primer momento por un ser singular y sospechoso, dotado de un genio irritante y especial. Y entre genios y maestros existe desde antaño un ancho abismo, y cuando cualquiera de los primeros apunta en la escuela, es para los profesores un horror anticipado. Genios son todos los peores, los que no muestran ningún respeto en su presencia, los que comienzan a fumar a los catorce

años, se enamoran a los quince, y a los dieciséis frecuentan la taberna, escriben composiciones insolentes y rebeldes, leen algunos libros prohibidos y se manifiestan, en todo momento, como candidatos a los más severos castigos. Un maestro tiene más a gusto diez asnos notorios que un solo genio en su curso, y mirándolo bien, no le falta razón, pues su tarea no es formar espíritus extravagantes, sino buenos latinistas, matemáticos y hombres leales y honrados. Pero ¿quién sufre más a manos del otro? ¿El maestro del muchacho o a la viceversa? ¿Quién de los dos es más tirano, más inoportuno y

fatigador y cuál echa a perder y arruina pedazos enteros de la otra alma? Eso no puede averiguarse sin reflexionar con amargura y sentir ira y vergüenza al recordar la propia juventud. Aunque queda el consuelo de que a los verdaderos genios casi siempre se les cicatrizan las heridas, que también ellos acaban por convertirse en personas capaces a pesar de la escuela, de producir otras buenas y de que, años más tarde, cuando ya han muerto y su memoria está cercada con el nimbo luminoso de la gloria lejana, las nuevas generaciones les tomen como norma y ejemplo. Y así se repite, de escuela en

escuela, el espectáculo de la lucha entre la ley y el espíritu, y volvemos a ver siempre cómo Estado y escuela se abstraen en la tarea de matar y desarraigar a los espíritus más hondos y valiosos que brotan cada año. Y casi siempre suelen ser los más odiados por los maestros, los castigados con mayor rigor, los huidos o los expulsados de las aulas, quienes después acrecientan el tesoro de nuestro pueblo. Algunos empero —¿y quién sabe cuántos?— se consumen en silenciosa terquedad y acaban por hundirse.

Todos estos viejos principios escolares fueron puestos en práctica

contra los dos solitarios. Sólo el éforo, que estaba orgulloso del aplicado hebreo de Hans, hizo un último intento de salvación, y le mandó llamar a su despacho, la estancia más hermosa y pintoresca de la vieja vivienda conventual. El éforo no era hombre áspero, no le faltaba tampoco un juicio aproximado de las cosas y una inteligencia práctica e incluso estaba animado de buena voluntad para sus discípulos, a los que llegaba a tutear en algunas ocasiones. Su falta principal era una fuerte vanidad, que con frecuencia le inducía a fachendosos artificios en la cátedra y que no dejaba de manifestar en

todo instante. No soportaba ninguna objeción, ni reconocía ningún error. Por eso tenía un buen trato para los alumnos lacónicos y sin voluntad, pero le eran enojosos los que demostraban gran energía o excesiva fortaleza. En aquella ocasión recibió a Hans Giebenrath con la mejor de sus sonrisas.

—Tome usted asiento —le dijo amigablemente, después de estrechar con fuerza la mano del muchacho—. Quisiera hablar un rato con usted. Pero ¿me permite que le tutee?

—Naturalmente, señor.

—Tú mismo debes haberte dado cuenta, querido Giebenrath, de que has

abandonado un poco tus obligaciones, al menos en lo que se refiere al hebreo. Hasta ahora eras uno de nuestros mejores estudiantes de lenguas semíticas, y por eso me duele percibir en ti un súbito retroceso. ¿Acaso has perdido todo el interés que sentías por el hebreo?

—No, señor éforo. Sigue gustándome igual.

—Reflexiona antes de responder. Muy a menudo ocurre lo que te he dicho. ¿Quizá te sientes más inclinado hacia otra asignatura?

—No, señor.

—¿De verdad? Entonces me obligas

a buscar otras causas. ¿Puedes darme algún indicio de interés para esa búsqueda?

—No sé... siempre he estudiado mis lecciones con igual interés...

—Es cierto, querido, es cierto. Mas differendum est inter et inter. Has estudiado tus lecciones porque esa era, naturalmente, tu obligación. Pero antes eras más aplicado. Mostrabas mayor interés por las cosas y te preocupabas por progresar en tus estudios. No ceso de preguntarme a qué se debe esa disminución en tu celo. ¿Acaso te sientes enfermo?

—No.

—¿Te duele la cabeza? No pareces tener muy buen aspecto...

—Algunas veces me acomete un fuerte dolor de cabeza.

—¿Es demasiado pesado para ti el trabajo diario?

—¡Oh, no; en absoluto!

—¿O es que te abstraes en lecturas particulares? ¡Sé sincero!

—No, no leo casi nada, señor éforo.

—Entonces no comprendo lo que te ocurre, querido amigo. En alguna parte debe estar la causa. ¿Quieres prometerme que tomarás interés en salvar esta crisis?

Hans colocó su mano en la tendida

diestra del poderoso, que le contempló con grave benignidad.

—Así está bien, querido. Y ahora a no ser débil, porque si no es fácil resultar atropellado quedar bajo la rueda.

Apretó la mano de Hans, y éste se retiró hacia la puerta con el aliento cortado. Cuando iba a trasponer el umbral, el éforo volvió a llamarle.

—Algo más, querido Giebenrath. ¿Tienes mucho trato con Heilner, no es verdad?

—Sí; mucho.

—Más que con los otros, según creo. ¿O no?

—Sí. Es mi amigo.

—¿Cómo puede ser? Sois dos naturalezas completamente diferentes.

—No lo sé. Pero puedo asegurar que es mi verdadero y único amigo.

—Debes saber que no siento precisamente un gran afecto por él. Es un espíritu insatisfecho e inquieto; parece inteligente, pero la verdad es que no estudia nada y que no puede ejercer ninguna buena influencia sobre ti. Yo vería con el mayor gusto que, a partir de ahora te mantuvieras un poco más alejado de él... ¿Qué me contestas a eso?

—No puedo hacerlo, señor.

——¿No puedes? ¿Por qué?

—Porque es mi amigo. Yo no puedo abandonarle, con tanta sencillez, en la estacada.

—¡Grr! —el poderoso carraspeó confundido—. Pero podrías trabar amistad con los demás. Eres el único que se ha dejado influenciar por ese Heilner, y ya estamos viendo las consecuencias. ¿Qué es lo que te mantiene tan ligado a él?

—Ni yo mismo lo sé. Pero nos llevamos muy bien, y sería cobarde, por mi parte abandonarle.

—¡Bien, bien! No te obligo a ello. Pero deseo que pronto te des cuenta por

ti mismo de lo que te estoy diciendo. Sería de mi agrado, muy de mi agrado.

Las últimas palabras no tuvieron nada de la suavidad anterior, y Hans transpuso la puerta con la cabeza baja.

A partir de aquel instante, volvió a dedicar todos sus esfuerzos a la tarea diaria. De todos modos no fue ya el aplicado de antes, dedicado únicamente a avanzar puestos, sino más bien el alumno medio, esforzado en no perder la ventaja. Sabía que aquello provenía en parte de su recobrada amistad, pero a pesar de eso, no veía en ella un quebranto y un embarazo, sino más bien un valioso tesoro que tenía que guardar

contra todo; una vida superior y más cálida, con la que no podía siquiera compararse el estúpido vegetar anterior. Le sucedía lo que a los jóvenes enamorados: se sentía capaz de los mayores heroísmos, pero no del trabajo diario y aburrido, deseaba el éxito y la gloria, pero sin tomar siquiera sobre sí la tarea de alcanzarla. Y así seguía atado al yugo, suspirando y gimiendo por la ansiada libertad. No podía reaccionar igual que Heilner, que estudiaba superficialmente y únicamente se detenía a considerar brevemente lo absolutamente necesario. Como su amigo le absorbía todas las noches las

horas de estudio, Hans se veía obligado a levantarse por la mañana una hora antes para luchar con la gramática griega como un enemigo. Con oscuras y palpitantes sensaciones se acercaba a la comprensión del mundo homérico, y en las historias, los nombres y cifras terminaban por ser sucesivamente héroes que le miraban con ojos inmediatos y ardientes, cada cual con su rostro y sus manos, unas rojas, gruesas y ásperas, otras inmóviles, firmes y pétreas, y otras delgadas, cálidas y surcadas por finas venas.

También durante la lectura de los Evangelios en su texto griego, se

sorprendía con frecuencia de la realidad y proximidad de las figuras. Especialmente en un pasaje del capítulo sexto de San Marcos, donde Jesús abandona la barca con sus discípulos, y que dice así: «Le reconocieron inmediatamente y corrieron hacia El». Y al conjuro de las palabras, veía Hans cómo el Hijo del Hombre abandonaba la barca y le reconocía inmediatamente, no por su rostro ni por sus vestiduras, sino por la profundidad resplandeciente de sus ojos amorosos y por el ademán cálido y consolador de su diestra. A sus ojos aparecía la ribera de un agitado lago y la proa de una pesada barca, pero

sólo duraba unos instantes y luego la imagen se esfumaba como una bocanada de aliento en el aire frío de un amanecer invernal.

De cuando en cuando volvía a ocurrir algo similar; como si de los libros surgiera súbitamente una imagen, una figura o un pedazo cualquiera de historia, espejeara unos instantes ante sus ojos y volviera a desaparecer envuelto en bruma. Hans soportaba aquellas apariciones, pero no podía evitar que le acometiera una gran tensión nerviosa y que durante largo rato todo su ser se transformara completamente, como si la oscura tierra tuviera la

transparencia de un cristal o como si Dios le hubiera mirado con fijeza. Aquellos costosos instantes hacían su aparición sin que les evocara, y se esfumaban cuando más placentera era su contemplación. Semejaban peregrinos o amables huéspedes, con los que ni siquiera se atrevía a hablar ni a rogarles que permanecieran más tiempo a su lado, porque tenían en sí algo forastero y divino que le infundía respeto y pavor a un mismo tiempo.

Guardó aquellos sucedidos para sí y no lo comentó con Heilner. En éste se había transformado la antigua melancolía en un espíritu inquieto y

desasosegado, que ejercía su crítica en todo lo que le rodeaba: el convento, los maestros, los compañeros, el tiempo, la vida humana y la existencia de Dios. Todo era blanco del aguijón crítico, que su espíritu sarcástico y su insoportable orgullo inyectaban como más feroz veneno. Puesto que seguía hallándose en constante oposición a sus compañeros, trataba de hacer de aquella oposición un aislamiento orgulloso, una especie de isla separada del mar alborotado del resto de los seminaristas y poblada únicamente por Giebenrath y él. Hans se prestaba de buen talante a aquel juego que también le complacía, y de no haber

sido por el éforo que le inspiraba un temor oscuro y sordo, habría preferido en toda su esplendidez el placer orgulloso de la soledad. Pero el que había sido anteriormente alumno preferido, no recibía ya más que un trato frío y despectivo, y conforme pasaban los días se iba dando cuenta de lo a disgusto que se hallaba en el Seminario. Había perdido toda ilusión y le aburría hasta la clase de hebreo, que era precisamente la asignatura especial del éforo.

Era asombroso ver cómo unos cuantos meses habían bastado para que los seminaristas dieran un gran cambio.

Tanto sus cuerpos como sus almas eran completamente diferentes a cuando entraron en Maulbronn. Muchos habían ganado en altura, y tanto las mangas como los pantalones, que no habían crecido al mismo tiempo, dejaban al descubierto sus muñecas y sus tobillos. Los rostros mostraban en todos sus rasgos la indecisión de la niñez moribunda y la naciente virilidad, y aunque los cuerpos tenían la angulosidad desgarrada de la adolescencia, el estudio de los libros de Moisés había puesto al menos una provisional gravedad de adulto en las frentes tersas. Y los cachetes redondeados se habían

convertido también en verdaderas rarezas.

También Hans había cambiado. En altura y delgadez se parecía a Heilner, y a juzgar por su apariencia se había dicho que era uno de los mayores del Seminario. Los rasgos infantiles de su rostro se habían endurecido, los ojos estaban hundidos profundamente en sus cuencas y sus mejillas tenían una palidez enfermiza. Los brazos y la espalda eran delgados y huesudos, y sólo sus manos habían conservado la pálida esbeltez de antaño.

Cuanto menos satisfecho estaba con sus propias tareas en la escuela, más se

alejaba del resto de sus compañeros para ponerse bajo la áspera influencia de Heilner. Por su disminuida aplicación y su lucha por el primer puesto, la soberbia no le sentaba bien. Pero nunca toleró que le hicieran notar lo que él ya intuía dolorosamente. Mantenía aún algún trato con Hartner y Otto Wenger, pero cuando este último ironizó un día a costa de su petulancia, Hans se olvidó de todos sus prejuicios y le respondió con un puñetazo. Siguió una furiosa pelea. Wenger era un cobarde, pero era muy fácil terminar con un enemigo más débil, y no tardó en acorralar a Hans contra la pared. Heilner no estaba

presente y los demás contemplaban la pelea con aire, indiferente y se alegraban del castigo del orgulloso. Este no tardó en caer al suelo. Sangraba por la nariz y le dolían todas las costillas. La vergüenza, la ira y el dolor le mantuvieron despierto toda la noche. Calló a su amigo lo sucedido, pero a partir de entonces se hizo más estrecha la amistad con él y apenas cambió una sola palabra con los demás compañeros de internado.

Hacia la primavera, bajo la influencia de los mediodías lluviosos, los domingos nublados y las largas oscuridades, tuvieron lugar nuevas

configuraciones y nuevos movimientos en la vida del convento. El aposento «Acrópolis», entre cuyos moradores se contaban dos flautistas y un buen pianista, organizó dos veladas musicales; en el aposento «Germania» se estableció una asociación de lecturas dramáticas y algunos jóvenes piadosos establecieron un círculo bíblico, dedicado cada noche a la lectura e interpretación de unos capítulos de la Biblia.

Heilner quiso inscribirse como miembro de la asociación de lectura del «Germania» y no fue admitido. Ardió de indignación, y como venganza intentó

una aproximación al círculo bíblico. Tampoco allí quisieron admitirle, a pesar de ello logró abrirse paso y llenar a la pequeña hermandad de querellas y de tropiezos causados por sus osados discursos y sus irreverentes alusiones. Pronto sintió cansancio de aquellas bromas, pero siguió manteniendo durante algún tiempo aquel tono bíblico irónico. Pero aquella vez no le prestaron, sin embargo, mucha atención, ya que la promoción estaba enteramente arropada por un espíritu emprendedor y de fundación, que no se distraía en pequeñeces.

El que más dio que hablar aquellos

días, fue un «espartano» ingenioso y bromista a quien apodaban Dunstan. Al contrario de Heilner y Giebenrath, halló un modo original de causar sensación y al mismo tiempo crearse una fama de la que hasta entonces había crecido entre sus condiscípulos.

Una mañana, cuando los alumnos salieron de sus dormitorios, hallaron clavado en la puerta de la sala de aseo un papel, en el cual, bajo el título de «Seis epigramas de Esparta», se ponían de manifiesto las locuras, las amistades y enemistades de un elegido grupo de condiscípulos, escritas en dísticos llenos de burla y de ironía. También la

pareja de Giebenrath y Heilner tenía su parte, en la que no faltaban las alusiones al orgullo y la petulancia. Una ráfaga de emoción, conmovió a las almas adolescentes de los seminaristas, y por espacio de media hora se apretujaron ante la puerta del cuarto de aseo como ante un teatro, ruidosos y alborotados como un enjambre de abejas.

Al siguiente día apareció la puerta cubierta de epigramas y aleluyas, con respuestas, adhesiones y nuevos ataques, sin que el promotor del escándalo hubiera sido tan poco listo de participar nuevamente. Había cumplido su objetivo de prender la mecha y apartaba luego las

manos para no abrasarse. Casi todos los alumnos se dividieron durante varios días en una feroz lucha de epigramas, y fue de ver cómo cada cual se pasaba día y noche meditando el dístico más punzante, hasta el punto de ser Lucius el único a quien le importaban poco aquellas cosas, y seguía estudiando como antes. Al final terminó por enterarse un maestro de todo aquello y prohibió la continuación del regocijante juego.

Pero el inteligente Dunstan no dormía sobre sus laureles, sino que había preparado entretanto su principal golpe. Sacó el primer número de un

periódico, reproducido en tamaño diminuto, y para el que había estado reuniendo material hacía varias semanas. Llevaba el título de «Puerco espín» y era eminentemente humorístico. Un diálogo fiel entre el autor del Libro de Josué y un seminarista de Maul-bronn era el artículo fuerte del primer número. La hoja fue distribuida gratuitamente y cada aposento recibió dos ejemplares, acompañados de la octavilla que anuncia su aparición dos veces a la semana y su futuro coste de cinco pfennigs destinados a una caja de diversiones.

El éxito fue rotundo, y Dunstan, que

adquirió el aire y los modales de un verdadero editor y redactor, gozó en el convento casi de la misma fama picante que en sus tiempos tuvo el famoso Aretino en la República de Venecia.

Pero aún mayor fue la emoción y el pasmo de todos los seminaristas cuando Hermann Heilner participó con todo entusiasmo en la redacción y llevó a cabo con Dunstan un censurado satírico de todo lo que les rodeaba, en el que había más veneno y burla y más mala intención que humor.

Y durante unas cuatro semanas el pequeño periódico mantuvo suspensa a la totalidad del convento.

Giebenrath consintió que su amigo llevara a cabo lo que él no tenía ilusión ni deseos de hacer. Al principio ni siquiera se dio cuenta de que Heilner pasaba casi todas las noches en el aposento «Esparta», pues desde hacía algún tiempo eran otras cosas las que abstraían su atención. Un día tras otro aumentaba su apatía, trabajaba despacio y sin ninguna ilusión, y por fin acabó por ocurrirle algo extraordinario durante la lección de Livio.

El profesor le llamó para la traducción. El permaneció sentado.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no se levanta usted?

Hans no se movió. Sentado en el banco, muy derecho, estaba con la cabeza un poco inclinada y los ojos medio cerrados. La llamada le había despertado a medias de su sueño, pero seguía oyendo muy lejana la voz del maestro. Sintió que su vecino le zarandeaba violentamente, pero no hizo siquiera ademán de levantarse. Le parecía estar rodeado de otras personas, que otras manos le tocaban y le hablaban otras voces; voces cercanas, quedas y profundas, que no pronunciaban una sola palabra, sino que murmuraban hondamente y con suavidad, como el fluir de una fuente.

Y también le parecía que le contemplaban muchos ojos; ojos extraños, presagiosos, grandes y brillantes. Acaso los ojos del populacho romano que citaba Livio, quizá los ojos de hombres desconocidos, en quienes había soñado o a los que había visto en algún cuadro alguna vez.

—¡Giebenrath! —gritó el profesor—. ¿Está usted durmiendo?

El alumno abrió lentamente los ojos, los clavó asombrados en el maestro y denegó con la cabeza.

—Usted se ha dormido. ¿O puede decirme en qué frase estamos?

Hans señaló con el dedo en el libro.

Sabía dónde estaban.

—¿Quiere usted levantarse ahora?

—preguntó el profesor con sarcasmo. Y Hans se levantó.

—¿Qué hacía usted? ¡Míreme!

Miró al profesor. Pero a éste no pareció gustarle la mirada, porque meneó la cabeza tristemente.

—¿Se encuentra usted mal, Giebenrath?

—No, señor profesor.

—Vuelva a sentarse y venga a mi habitación cuando la clase termine.

Hans obedeció y se inclinó sobre su Livio. Estaba completamente despierto y comprendía todo lo ocurrido, pero al

mismo tiempo le parecía seguir contemplando aquellas figuras extrañas que se perdían en la lejanía, y tenía la sensación de que en él continuaban clavados los grandes ojos ardientes. Luego se fueron desvaneciendo poco a poco, sumergiéndose en una niebla lejana y espesa que flotaba más allá del aula, de los condiscípulos, del maestro sentado y de las historiadas ventanas. Hans volvió la cabeza y vio que muchos de sus condiscípulos le miraban. Al mismo tiempo le pareció escuchar nuevamente las palabras del profesor: «Venga a mi habitación cuando la clase termine». ¿Qué había pasado, Dios

santo?

Al finalizar, el profesor le hizo una seña y le condujo hasta su habitación a través de una doble fila de curiosos condiscípulos.

—Dígame ahora lo que le ha ocurrido. ¿No estaba dormido?

—No.

—¿Por qué no se ha levantado al oír mi voz?

—No lo sé.

—¿Acaso no me ha oído? ¿Es usted sordo?

—No. Le he oído perfectamente.

—¿Y no se ha levantado? Y después me ha mirado con los ojos muy abiertos.

¿En qué estaba usted pensando?

—En nada. Yo quería levantarme.

—¿Y por qué no lo ha hecho? ¿Se encontraba usted mal?

—Creo que no. No sé lo que me ha ocurrido.

—¿Le duele la cabeza?

—No.

—Está bien. Puede marcharse.

Antes de la comida, volvieron a llamarle y le llevaron al dormitorio. Allí le aguardaba el éforo, acompañado del médico de la institución. Durante largo rato fue reconocido e interrogado sin que se lograra poner en claro lo que le había ocurrido. Por fin el médico se

echó a reír, tomando la cosa por su parte más ligera.

—Cosas de los nervios, señor éforo —dictaminó con una sonrisa profesional—. Un estado pasajero de debilidad... una especie de vértigo ligero. Tendremos que preocuparnos de que el hombrecito salga cada día a respirar un poco de aire puro. Para el dolor de cabeza puedo prescribirle unas cuantas gotas.

A partir de aquel día, Hans tuvo que pasear diariamente una hora después de las comidas. No opuso nada a aquella orden del éforo, pero le pareció mucho más grave la prohibición expresa de que

Heilner le acompañara. Este se irritó al saber los deseos del éforo, pero no le quedó más remedio que someterse a ellos. Transcurrieron los días y Hans fue hallando cada vez mayor placer en sus solitarios paseos. Comenzaba la primavera. Las colinas se iban vistiendo de un verde intenso y brillante, los árboles abandonaban su sarmentosa silueta invernal y en todas sus ramas restallaban las yemas, confundiendo su color con el del paisaje, como una ola ilimitada de un verde vivo y brillante.

Antes, durante sus años escolares, Hans había acogido de un modo diferente la vuelta de la primera.

Entonces le parecía más vivida y curiosa, más singular. Había contemplado la vuelta de las aves, una pareja detrás de otra, como un ejército ordenado. Había seguido día a día la floración de los árboles y luego, en los primeros días de mayo, había comenzado a pescar. ¡Qué lejano estaba todo aquello! La estación era la misma, pero Hans andaba lentamente por los senderos de Maulbronn, sin tomarse la molestia de levantar la vista hasta los pájaros o contemplar las yemas y los capullos restallantes. Tan sólo veía los colores que brotaban por doquier, aspiraba en grandes bocanadas el aroma

del follaje nuevo, se dejaba acariciar por el airecillo tibio y reconfortante y andaba como en éxtasis por los campos y las colinas. Cuando sentía gran cansancio, se tendía sobre la hierba, descabezaba un corto sueño y entonces contemplaba casi continuamente otras cosas que las que verdaderamente le rodeaban. Eran sueños desacostumbrados, dulces y luminosos, que le circundaban semejantes a imágenes claras y bellas o a frondosas alamedas de árboles extraños. Eran sueños inanimados; claras imágenes, sólo para la contemplación. Era el sentirse transportado a otros

pensamientos y a otras personas. Era un caminar por tierras desconocidas, sobre un suelo virgen de pisadas. Era una bocanada de aire lejano y extraño, un aire lleno de ligereza y leve sazón soñadora.

Pero otras veces faltaban las imágenes a la cita, y entonces le acometía una sensación indefinible, cálida y emocionante a un mismo tiempo, excitante y casi placentera, como si una mano suave acariciara su cuerpo con blando contacto.

Hans se esforzaba en prestar la debida atención a la lectura y la tarea diaria. Pero lo que no le interesaba

parecía resbalar de sus manos y hasta tenía que aprender en el último momento los vocablos hebraicos si quería saberse la lección. Todo esfuerzo era inútil cuando le acometían aquellos frecuentes momentos de inhibición, durante los que su mente parecía emprender una fuga distante y los contornos de lo que realmente le rodeaba se desdibujaban para dejar paso a los productos de su fantasía. Y mientras se daba cuenta, con verdadera desesperación, de que su memoria no admitía nada y se iba volviendo más insegura de día en día, le asaltaban con mucha frecuencia viejos recuerdos, con una lucidez y una

claridad sorprendente. En medio de una lectura o una lección se imaginaba súbitamente a su padre o a la vieja Ana, a uno de sus antiguos maestros o cualquiera de sus viejos condiscípulos. Esas bruscas apariciones mantenían presa por un instante toda su atención, luego se borraban de su pensamiento para dejar paso a otras, y a las escenas familiares sucedían los recuerdos de la estancia en Stuttgart, del examen y de las últimas vacaciones. Volvía a verse a orillas del río, con el sedal entre las manos y los ojos fijos en las aguas donde jugueteaba un rayo de sol, y por espacio de unos instantes le parecía que

la época a que se remontaban sus recuerdos había quedado muchos años atrás.

Una tarde tibia de primavera, durante uno de sus habituales paseos por el claustro en compañía de Heilner, no pudo contener la explosión de los recuerdos, y habló a su amigo de la villa lejana, de su padre, de la pesca y de la escuela. Heilner le escuchó en silencio, dejándole hablar y asintiendo de cuando en cuando, al tiempo que con la regla trazaba fantásticas figuras en el aire. La regla era el objeto predilecto de sus juegos durante todo el largo día. Poco a poco fue enmudeciendo también Hans.

Había anochecido ya, y los dos amigos se acodaron en el alféizar de una ventana.

—¡Hans! —exclamó Heilner de pronto, con voz insegura y emocionada.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Qué ibas a decirme? ¿Por qué no sigues?

—¿Cuál es la causa de qué me hayas explicado todo eso...? Pensaba tan sólo...

—¿Qué?

—Dime, Hans... ¿Nunca has corrido detrás de una muchacha?

Siguió un largo silencio. Hasta

entonces nunca había hablado de aquello. Hans se sintió temeroso y notó como una oleada de sangre le subía al rostro. Sus manos temblaron antes de responder.

—Sólo una vez —dijo en voz baja—  
Yo era aún un crío tonto.

De nuevo silencio.

—¿...y tú, Heilner?

Heilner suspiró.

—¡Dejemos esto! No debemos hablar de ello... no tiene ningún provecho...

—Sí..., sí... ...tuve una novia. —  
¿Tú? ¿Es cierto?

—Vivía al lado de mi casa. Y este

invierno, durante las vacaciones, la besé. —¿La besaste...?

—Si... Había anochecido. Estábamos en el hielo y tuve que ayudarle a quitarse los patines. Y entonces le di un beso.

—¿No dijo nada?

—No. Sólo echó a correr.

—¿Y luego?

—Luego... nada.

Volvió a suspirar y Hans le contempló como a un héroe que hubiera penetrado en un jardín prohibido.

En aquel momento sonó la campana. Había que acostarse. Hans se metió en la cama, y cuando apagaron la luz y todo

quedó en silencio, siguió despierto durante más de una hora, pensando en el beso que Heilner había dado a su novia.

Al día siguiente sintió deseos de seguir preguntando, pero se avergonzó, y el otro, al ver que Hans no le preguntaba nada, sintió algún reparo a reanudar la conversación por sí solo.

En los estudios Hans iba cada vez de mal en peor. Los maestros comenzaron a ponerle mala cara y a asaetearle con feroces miradas; el éforo transformó en hosquedad su anterior benevolencia y hasta los condiscípulos se dieron cuenta de que Giebenrath se había derrumbado de su pedestal y que no era ya capaz de

lograr el primer puesto. Sólo Heilner no se apercibía de nada, ya que a él mismo le importaban muy poco los estudios. Hans asistía a su propia transformación como un espectador, impotente para evitar la catástrofe que se le venía encima.

Heilner se hartó entretanto del periódico y volvió a aproximarse a su amigo. Haciendo caso omiso de la prohibición del éforo, acompañó muchas veces a Hans en sus cotidianos paseos, tendiéndose a su lado en el sol, leyendo poesías o haciendo chistes sobre su eterno enemigo, el éforo. Hans esperaba un día tras otro que prosiguiera la

revelación de sus aventuras amorosas, pero su amigo parecía hallar mayor placer en la burla y la poesía que en las confidencias. Respecto a los demás condiscípulos, los dos amigos seguían siendo tan impopulares como antes, pues Heilner no se había ganado la confianza de nadie con sus maliciosas burlas en «El Puerco Espín».

El periódico dejó de existir por aquel tiempo. Había sido ideado para las aburridas semanas entre invierno y primavera, y no pudo resistir la acometividad de la estación florida. El sol, las plantas, el cielo azul y el aire tibio invitaban a herborizar, a pasear y a

jugar al aire libre. Y cada mediodía con su animación y con sus gritos llenaban el patio del convento los gimnastas, los luchadores, los corredores y los jugadores de pelota.

Apenas comenzaba la primavera conmovió a todo el Seminario una gran sensación, cuyo promotor y centro fue Hermann Heilner, piedra de escándalo de todo lo que ocurría entre los vetustos muros de Maulbronner.

El éforo debió enterarse, por algún amoroso discípulo, del caso que hacía Heilner de su prohibición, ya que casi cada día acompañaba a Giebenrath en su cotidiano paseo. Aquella vez optó por

dejar en paz a Hans y citó al principal culpable, su antiguo enemigo, en su despacho. Le tuteó, como era su costumbre, a lo que Heilner se opuso en el mismo instante. Le hizo ver su desobediencia. Heilner hizo constar con energía que él era amigo de Giebenrath, y nadie tenía derecho a prohibir el trato entre los dos. Siguió una penosa escena, cuyo resultado inmediato fue un par de horas de arresto para Heilner, acompañadas de la más enérgica prohibición de volver a tener ninguna clase de trato con Giebenrath.

Al día siguiente hizo Hans su paseo oficial completamente solo. Regresó

alrededor de las dos y en el aula se unió a los demás. Al comienzo de la clase se dio cuenta de que Heilner no estaba en su lugar acostumbrado. Todo era igual que cuando la desaparición de Hindú, con la sola diferencia de que aquella vez no pensaba nadie en un retraso. A las tres, toda la promoción, acompañada por tres profesores, salió tras las huellas del desaparecido. La pequeña tropa se dividió en tres grupos que registraron todo el bosque, llamando sin cesar a Heilner. Fue inútil, y al finalizar la jornada, algunos, entre los que se contaban también dos profesores, no tenían por imposible que hubiera

ocurrido una desgracia.

A las cinco se telegrafió a todos los puestos de Policía de los alrededores, y al anochecer fue cursada una carta urgente al padre de Heilner. Bien entrada la noche no se había hallado aún una sola huella del desaparecido, y en todos los aposentos se susurraban y cuchicheaban los más horrorosos presagios. La creencia de que se había arrojado a alguno de los estanques era de la mayor aceptación entre los seminaristas. Otros creían, sin embargo, que Heilner sencillamente se había marchado a su casa, aunque no faltaba quien hacía notar que era imposible que

tuviera suficiente dinero para el pasaje en tren.

Todos miraban a Hans como si supiera algo de lo ocurrido. Pero no era así, antes bien era el primer sorprendido, y por la noche, mientras escuchaba los susurros, las fantasías y las bromas de los demás, se arrebujó en las mantas y permaneció durante largas horas lleno de pesadumbre y de temor por su amigo. El pensamiento de que no volvería más al Seminario hizo presa en su atribulado corazón, y una sensación dolorosa le llenó por completo. Transcurrieron lentas y penosas las horas de insomnio, hasta que el

cansancio le sumió, por fin, en un sopor sobresaltado y lleno de espantosas pesadillas.

A esa misma hora, Heilner estaba echado en la espesura del bosque, alejado tan sólo un par de millas del Seminario. Tenía frío y no podía conciliar el sueño, pero a pesar de ello gozaba ansiosamente de su libertad y estiraba sus miembros con voluptuosidad, como si hasta entonces se hubiera hallado encadenado en una jaula. Al mediodía había huido del Seminario, andando hasta el caserío próximo, donde había permanecido el tiempo necesario para comprar un

pedazo de pan. Se llevó la mano al bolsillo, sacó el que le quedaba y le dio unos bocados, mientras contemplaba, a través del naciente follaje primaveral, la negrura del cielo tachonado de estrellas, con las que parecían jugar unas nubes oscuras. Desconocía el punto exacto donde se hallaba, y tampoco sabía dónde dirigirse cuando amaneciera, pero sentía la satisfacción de haber huido del convento, mostrando al éforo que su voluntad era más fuerte que las prohibiciones y las órdenes.

La búsqueda infructuosa duró todo el día siguiente. Heilner pasó la segunda noche en la proximidad de un pueblo,

entre las gavillas de paja que estaban extendidas sobre un campo para que se secaran de las humedades del invierno. En cuanto amaneció volvió a la espesura del bosque, y al anocheecer, cuando intentaba entrar en el pueblo para comprar más pan, cayó en manos de un guardia forestal. Este le acogió con amistosas bromas y le condujo al Ayuntamiento, donde Heilner ganó el corazón del alcalde de la aldea con bromas y halagos, hasta el punto de que el hombre le llevó a pasar la noche en su casa y antes de acostarse le obsequió con huevos y jamón. Al día siguiente fue a buscarlo su propio padre, que

requerido por la carta del éforo había llegado urgentemente.

El regreso del fugitivo emocionó a todo el convento. Heilner entró con la cabeza alta y sin parecer arrepentido por su escapada. Se le exigió que pidiera perdón, pero se negó en redondo, y compareció ante la Hermandad del claustro de profesores, sin ninguna clase de temor ni de acobardamiento. Se hubiera querido retenerle, pero su último acto colmaba la medida. Fue expulsado vergonzosamente y salió al anochecer del Seminario para no volver jamás. Su padre le acompañó, y apenas le dieron tiempo de despedirse con un

apretón de manos de su amigo Giebenrath.

Hermoso y lleno de vibraciones y fervor fue el gran discurso con que el éforo subrayó la sentencia de aquel caso insólito de insubordinación y degeneración. Mucho más manso, neutro y flojo fue su informe a los superiores de Stuttgart. Los seminaristas recibieron la prohibición de sostener correspondencia con el monstruo expulsado, orden que Giebenrath acogió con una sonrisa de conmiseración. Durante semanas enteras no se habló de otra cosa más que de Heilner y de su fuga. El alejamiento y el tiempo fueron

modificando la general opinión, y algunos llegaron a considerar al antes despreciable fugitivo como un águila real que había elevado el vuelo hacia más altas cumbres.

El aposento «Helade» tuvo, a partir de la expulsión de Heilner, dos puestos vacíos. Pero las circunstancias que acompañaron a la pérdida del segundo compañero no se olvidaron tan pronto como las del primero. Sólo el éforo se hubiera sentido a gusto sabiendo que también el olvido había caído sobre la expulsión del rebelde. Pero a pesar de todo, Heilner no hizo la menor tentativa para turbar la paz del convento. Su

amigo aguardó y aguardó inútilmente, porque nunca llegó una sola carta de él. Se había marchado, era un ausente más, y tanto su figura como su huida fueron pronto historia, para convertirse más tarde en leyenda.

Sobre Hans siguió gravitando la sospecha de haber sabido de la fuga de Heilner, y aquello le arrebató la benevolencia de los profesores y la confianza de sus discípulos. Y cuando un día no supo responder satisfactoriamente a varias preguntas, uno de los primeros le preguntó:

—¿Por qué no se marchó usted con su buen amigo Heilner?

El éforo, en cambio, no le lanzaba ningún apostrofe, ni se irritaba demasiado al contemplar su larga carrera descendente. Se limitaba a mirarle de reojo, con una compasión llena de desprecio y un cierto aire de triunfo a la vez. Aquel Giebenrath no contaba ya para él. Perteneecía a los contaminados por la incapacidad y la impotencia.

# CAPÍTULO V

COMO UN RATÓN campestre con sus provisiones otoñales, así pudo Hans mantenerse algunos plazos más en la vida del Seminario con la instrucción anteriormente adquirida. Luego empezó para él una penuria llena de tormento, interrumpida de cuando en cuando por cortos y débiles arranques, cuya inutilidad y desesperanza despertaban en sí mismo la sonrisa. Dejó por fin de lamentarse inútilmente, arrojó a Hornero tras el Pentateuco y al álgebra tras Jenofonte, y contempló sin emoción cómo su buena fama descendía de

calificación en calificación en el ánimo de sus profesores; de sobresaliente a notable, de notable a aprobado y de aprobado a reprobado. Cuando no tenía dolor de cabeza, que volvía a ser nuevamente la regla cotidiana, pensaba en Hermann Heilner, soñaba sus fáciles ensueños y permanecía durante horas enteras sumido en sus meditaciones. A los repetidos reproches de los profesores respondía con una sonrisa bonachona y humilde. El pasante Wiedich, un maestro joven y amable, era el único a quien causaba una dolorosa impresión aquella sonrisa desamparada, procuraba en todo momento tratar al

muchacho con indulgencia compasiva. Los demás maestros se indignaban con él, le castigaban con un abandono despectivo o intentaban despertar su dormida ambición por medio de irónicas pullas.

—¿En caso de que no vaya a dormirse, puedo intentar que lea usted este párrafo?

El éforo acabó por abandonar la despectiva resignación que había sucedido a la benevolencia y dejarse arrastrar por la indignación que le causaban los fracasos de Hans. El hinchado personaje creía a pies juntillas en el poder de su mirada, y se ponía

fuera de sí cuando el alumno Giebenrath oponía a movimiento de sus ojos, majestuosos y amenazadores, la simplicidad bobalicona de su sonrisa.

—No sonría usted tan estúpidamente; antes tiene mayores motivos para llorar.

Mucha más impresión que los insultos y las amenazas de los maestros, causó en Hans una carta paterna que le conjuraba a reformarse. El éforo había escrito al viejo Giebenrath, y el asombro de éste no conoció límites al recibir la carta. Como respuesta mandó a Hans una misiva compuesta por una profusión de tópicos y frases más que

manidas, entre las que se traslucía una queja tan llorosa e injusta, que su lectura causó mucho dolor al hijo.

Porque todos aquellos diligentes guías de la juventud, desde el éforo al viejo Giebenrath, pasando por profesores y pasantes, veían en Hans un elemento perverso, un obstáculo a sus deseos, algo obstinado e indolente que había que forzar y obligar a volver al buen camino, aunque fuera por la violencia. Ninguno de ellos, a excepción quizá del compasivo y joven pasante, veía sufrir un alma zozobante tras la desvalida sonrisa del rostro delgado y adolescente. Un alma que se hundía, y

que al hacerlo, lanzaba miradas de temor y desesperación a su alrededor. Y ninguno pensaba siquiera que la rigidez de la escuela y la bárbara ambición de un padre, la inconsciencia de unos maestros y la esterilidad de un sistema, les había llevado a ensañarse sin compasión en el alma inocente del niño. ¿Por qué le obligaron a estudiar día y noche durante la época más sensible y peligrosa de un muchacho? ¿Por qué le arrebataron sus conejos, le alejaron de los demás compañeros de la escuela, le prohibieron la pesca y el descanso, inculcándole, en cambio, el ordinario ideal de una ambición mezquina y

extenuante? ¿Y por qué no le habían dejado disfrutar, después del examen, de sus bien ganadas vacaciones?

Pero ya era tarde para lamentaciones y preguntas. La rosa marchita estaba tirada en el camino y no servía para nada.

Al comenzar el verano volvió a diagnosticar el médico de la institución una gran debilidad nerviosa, causada en gran parte por el propio crecimiento. Hans debía cuidarse durante las vacaciones, comer mucho y corretear por el bosque todos los días. De ese modo no tardaría en notar gran mejoría.

Pero desgraciadamente no pudo

alcanzar el límite. Faltaban aún tres semanas para las vacaciones, cuando Hans fue severamente reprendido por un profesor durante la lección de la tarde. Mientras el maestro seguía apostrofándole, el muchacho se dejó caer hacia atrás, comenzó a temblar angustiosamente y, por fin, rompió en un llanto espasmódico que interrumpió la lección. A causa de eso tuvo que guardar cama durante mediodía.

Días después, durante la clase de matemáticas, tuvo que trazar en la pizarra una figura geométrica y hacer luego la comprobación. Se levantó, pero cuando estuvo delante del pizarrón se le

fue la cabeza, dejó caer la regla y la tiza, y al inclinarse para recogerlas, cayó, asimismo, de rodillas y no pudo incorporarse a pesar de todos sus esfuerzos.

El médico de la institución pareció irritado de un paciente que le jugaba tales pasadas. Evadió la responsabilidad, solicitó inmediatamente, la baja de Hans en las clases y recomendó la asistencia de un especialista de los nervios.

—Terminará por tener el baile de San Vito —susurró al oído del éforo, quien asintió con la cabeza y halló indicado cambiar la expresión irritada y

hosca de su rostro por un gesto paternal y lastimero.

El y el médico escribieron una carta al padre de Hans, la metieron en el bolsillo del muchacho y se apresuraron a devolverlo luego a su hogar. La compasión desdeñosa del éforo se había trocado en una gran aprensión, y no halló punto de reposo hasta que Hans se halló fuera del Seminario. Estaba bien claro que no volvería a darle de alta en las clases, pues aún en el caso de un restablecimiento, le sería imposible recuperar los meses o siquiera las semanas perdidas por el descanso. A pesar de ello le despidió con un

confortador «Hasta la vista», y no tuvo ningún inconveniente en acompañar al fracasado discípulo hasta el mismo patio. Con ello le pareció haber cumplido con su deber. Sin embargo al entrar después en el aposento «Helade» no dejaron de producir una penosa impresión los tres sitios vacíos, y tuvo que esforzarse en alejar los pensamientos que echaban sobre él un tanto de culpa en la desaparición de dos alumnos inteligentes, pero no menos cierto que haber aceptado aquellas dudas de su alma, hubiera sido abdicar de su fortaleza y de su poder.

Detrás del fracasado seminarista

quedó el convento, con sus iglesias, sus pórticos, sus torres y sus ventanas; quedaron los bosques, los estanques y las colinas, y en su lugar hicieron aparición los fértiles huertos de la comarca limítrofe de Badén, seguidos de los abetos azulados y oscuros de la Selva Negra, cortaba por innumerables torrentes y más azulada, fresca y umbrosa durante el bochorno del verano que en su lejano viaje otoñal. El muchacho contempló el cambiante, pero siempre permanente paisaje natal, no sin un hondo regocijo, hasta que, cerca ya de la villa, le vino a la mente la figura de su padre, y el penoso temor del

recibimiento que le aguardaba echó a perder su minúsculo gozo del viaje. Recordó la emoción y la temerosa alegría con que emprendió el viaje a Stuttgart para el examen y la partida posterior para efectuar su ingreso en Maulbronn. ¿De qué había servido todo aquello? Estaba tan seguro como el éforo de que no volvería jamás y de que había terminado todo lo referente al Seminario, a los estudios y a sus ambiciosas esperanzas. Y aquel pensamiento no le entristecía; únicamente el temor a su padre le llenaba de congoja el corazón, cuyas más legítimas esperanzas había

defraudado. En aquel instante no sentía otro deseo que descansar, dormir, llorar o soñar, no deseaba más que, tras todos aquellos tormentos, le dejaran en paz de una vez, y temía no hallar en su casa, al lado de su padre, aquel anhelado reposo. Al final del viaje le acometió nuevamente el dolor de cabeza, y no se asomó a la ventanilla, a pesar de que el tren atravesaba sus parajes favoritos, cuyos bosques y alturas tantas veces había recordado durante su estancia en el Seminario.

Descendió en la conocida estación y atravesó con creciente temor las casi desiertas calles de la villa. Por fin llegó

ante su casa. Su padre salió a abrirle. Los últimos informes del éforo habían trocado en temor su desengaño e indignación anteriores. Se había imaginado a su hijo caduco y postrado, y lo halló más delgado y débil, pero aún sano y capaz de mantenerse en pie. Aquello le consoló algo. Pero siguió temiendo lo peor: la enfermedad nerviosa que el médico y el éforo le habían comunicado. En su familia no había tenido nadie hasta entonces ninguna afección nerviosa, habían hablado siempre de semejantes enfermos con la incomprensible burla o la compasión despectiva con que se habla

de los locos, y no se les había ocurrido jamás prestar la menor atención a cosas tan insignificantes como el dolor de cabeza o el temblor de las manos. Y ahora su Hans volvía a casa con semejantes historias...

El primer día se sintió el muchacho gozoso de no haber escuchado un solo reproche de labios de su padre. Luego se dio cuenta de la tímida y temerosa indulgencia con que éste le trataba, y comprobó también el patente esfuerzo que tenía que hacer para hablarle de aquel modo. Ocasionalmente se apercibió, asimismo, de sus miradas extrañamente inquisitivas y llenas de

curiosidad, del tono engañoso y embozado de su voz y de la disimulada vigilancia que ejercía sobre él. Todo aquello aumentó su recelo y comenzó a atormentarle un impreciso temor sobre su propio estado.

Cuando hacía buen tiempo, acostumbraba a pasarse horas enteras en el bosque. La vista de las flores y de los insectos, el gorjeo de los pájaros y el airecillo tibio que soplaba de la montaña le proporcionaban a veces algo semejante a un reflejo de su antigua felicidad. Pero sólo eran unos instantes pasajeros, que desaparecían con presteza, dejándole el alma llena de

nostalgia. Pasaba la mayor parte del tiempo tendido en el musgo o en el césped con la cabeza pesada y los ojos cerrados, intentando vanamente fijar sus pensamientos. Luego le acometían de nuevo los sueños, arrebatándole lejos, muy lejos; conduciéndole hasta un reino de niebla, donde la realidad estaba muy distante. Seguía teniendo dolor de cabeza, y cuando recordaba el convento o la escuela, se imaginaba que los numerosos libros y los áridos temas formaban una agreste montaña sobre él, y le parecía que Livio y César, Jenofonte y los problemas matemáticos bailaban una loca zarabanda en su dolorido

cráneo.

También volvió a tener extrañas pesadillas. En una de ellas vio el cuerpo muerto de su amigo Heilner, yacente sobre unas parihuelas, y quiso abalanzarse sobre él, pero el éforo y los profesores se lo impidieron con violencia y le abofetearon en cuanto quiso intentarlo de nuevo. No sólo los profesores del Seminario y los pasantes se encontraban allí, también el rector y los catedráticos de Stuttgart, contemplándolo con rostros severos y miradas acusadoras. Súbitamente cambió todo; en las angarillas yacía el cadáver de Hindú, el ahogado, y a su

lado estaba la tímida y grotesca figurilla de su padre, vestido de negro y tocando con su viejo sombrero de copa.

A aquel sueño siguieron muchos otros. Volvió a verse en el bosque de Maulbronn durante la búsqueda del evadido Heilner. Súbitamente aparecía la silueta de su amigo entre las ramas y se alejaba poco a poco, empequeñeciéndose cada vez más, sin hacer caso de sus gritos y sus llamadas. Cuando más alejado estaba, deteníase Heilner, dejaba que él se acercara y repetía entonces con voz grave: «Yo no tengo una novia». Luego se echaba a reír y desaparecía entre las ramas, mientras

sus carcajadas seguían aún en el aire.

En otra ocasión soñó que un hombre joven y hermoso descendía de una barca en la orilla de un lago. Sus ojos eran serenos y despedían un divino fulgor, sus manos eran esbeltas y parecían estar tocadas de una paz y un reposo sobrenaturales. Él se acercaba al desconocido, y entonces recordaba el pasaje del Evangelio: «le reconocieron inmediatamente, y corrieron hacia El». Y tenía que recordar la forma conjugativa y cómo eran el presente, el infinitivo, el perfecto y el futuro del verbo, viéndose luego obligado a conjugarlo en singular y plural, sin

otorgarse siquiera un instante de respiro. Entonces le acometía un gran temblor, un sudor helado bañaba su frente, y cuando se despertaba tenía igual sensación que si le hubieran golpeado la cabeza.

A pesar de los días espléndidos, no se notó ningún progreso en el estado de Hans, que en vez de avanzar más bien pareció retroceder. El médico de cabecera, que en sus tiempos había certificado la defunción de la madre de Hans, y que de cuando en cuando visitaba a su padre que estaba algo aquejado de gota, alargó el rostro al ver al muchacho y vaciló un día y otro antes de hacer su diagnóstico.

Sólo en aquellas semanas se dio cuenta Hans de que no había tenido ningún amigo durante los dos últimos cursos pasados en la escuela. Una buena parte de sus compañeros de entonces estaban lejos de la villa y otros se habían colocado como aprendices, pero con ninguno le unía el menor lazo, en ninguno iba a buscar nada y ninguno se preocupaba siquiera de su existencia. Dos veces cambió algunas palabras amables con el antiguo rector, y en varias ocasiones le saludó el párroco con una inclinación de cabeza. Pero en realidad Hans no parecía importarles ya demasiado. Había dejado de ser el

recipiente donde cada cual podía echar algo, ya no era la tierra fértil, capaz de hacer germinar todas las semillas; no valía la pena de seguir gastando en él tiempo y esfuerzo.

Acaso la atención del párroco hubiera reportado algún bien al muchacho. ¿Pero qué podía hacer el pastor? Podía darle la erudición, o al menos la búsqueda de ella, y eso lo hizo cuando fue necesario. No tenía nada más. No era ninguno de aquellos pastores cuyo latín estaba lleno de vacilaciones y cuyos sermones discurrían siempre por los mismos cauces, pero a los que se iba con gusto

en los malos tiempos, porque tenían ojos de bondad y palabras consoladoras para todo dolor. Tampoco el viejo Giebenrath era capaz de prodigar ningún consuelo ni ninguna amistad, a pesar de Los esfuerzos que hacía para no demostrar la irritación y el desengaño que le había causado su hijo.

Este se hallaba a sí mismo más abandonado de día en día, más solitario y más desagradable. Acostumbraba a sentarse al sol, en el jardincillo o a tenderse en el bosque, debajo de los árboles, donde permanecía largas horas abstraído en sus pensamientos o sumergido en sus ensueños. La lectura

no le ayudaba a pasar el tiempo, porque a las pocas páginas le dolían la cabeza y los ojos, y porque en todos sus libros le parecía ver fantasmas de los tiempos pasados en el convento, despertando en su ánimo los temores, las congojas y los extraños ensueños de entonces.

Aquel abandono y desconsuelo hicieron surgir inevitablemente en su ánimo otro fantasma. El de un engañoso consuelo, que se le fue haciendo poco a poco, más fiel e imprescindible: el pensamiento en la muerte. Era muy fácil matarse con un arma de fuego o colgar una cuerda en cualquier árbol del bosque. Casi cada día le asaltaban esas

ideas durante sus paseos, y se pasaba horas enteras buscando un lugar que fuera suficientemente hermoso para morir en él. Por fin lo encontró, y a partir de aquel instante no dejó de ir allí cada día, de tenderse en la hierba y contemplar los rayos del sol filtrándose entre las ramas, al tiempo que hallaba un íntimo regocijo en imaginarse que un día podían encontrarle muerto en aquel delicioso rincón del bosque. La rama para la cuerda sobresalía del tronco de una encina como una muda invitación, sin que dejara lugar a dudas su resistencia para sostener el cuerpo. Ninguna dificultad se oponía a los

preósitos de Hans. Poco a poco, con intervalos de varios días, fue escribiendo una breve carta a su padre y una larga a Hermann Heilner; ambas tenían que hallarlas sobre el cadáver.

Los preparativos y la sensación de su propia seguridad obraron un buen efecto sobre su espíritu. Sentado debajo de la rama elegida pasó algunas horas, en las que llegó a serenarse la angustia que le afligía desde su regreso, y casi sintió una alegre sensación de bienestar. También su padre apreció la súbita mejoría, y Hans vio con irónica complacencia cómo se regocijaba de una disposición de ánimo cuya causa

principal no era más que la oculta seguridad de su próximo fin.

Ni él mismo sabía exactamente los motivos que le hacían ir aplazando de día en día su decisión. Había acogido con entusiasmo la propia idea del suicidio. Su muerte era algo decidido e inevitable y hasta tenía elegido el lugar para exhalar el último suspiro, pero entretanto sentía un gran bienestar y no desdeñaba en disfrutar aquellos últimos días del sol y de la brisa, de los solitarios ensueños y los paseos cotidianos, como un viajero próximo a partir para un largo viaje se apresura a gustar los últimos placeres del lugar que

va a abandonar. Su marcha podía tener lugar cualquier día; todo estaba preparado y en orden.

Esa misma seguridad le hacía sentir una especial delicia en pasearse por la villa y contemplar el rostro de las personas conocidas, sabiendo que no tenían siquiera la más ligera sospecha de sus peligrosas intenciones. Y tantas veces como visitaba al médico, no podía evitar un sarcástico pensamiento: «¡Ya verás lo que te ocurre! ¡Ya verás!».

El destino le dejó regocijarse de sus ocultos designios y gozar diariamente con las gotas de alegría y fuerza vital que rezumaba la vasija de la muerte.

Muy poco era lo que hasta entonces habían recibido de él aquel joven ser, pero necesitaba redondear su círculo y no deseaba que desapareciese antes de poner en sus labios un poco de la dulzura de la vida.

Las ideas atormentadoras fueron cada vez más raras, y no tardaron en transformarse en una fatigada abulia, en un estado de ánimo flojo e inerte que llenó los días y las horas de Hans. Una tarde estaba sentado bajo los árboles del jardincillo, susurrando una y otra vez, sin saber siquiera lo que decía, un viejo verso de sus tiempos escolares que le había vuelto súbitamente a la memoria:

*¡Ay, estoy molido!*  
*¡Ay, estoy cansado!*  
*Nada tengo en la bolsa.*  
*Y nada en el saco.*

Luego se puso a canturrearlo con cansado sonsonete, sin pensar en nada ni nadie, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el árbol. Pero su padre estaba en la ventana y, al oírlo, le acometió un gran sobresalto. Su naturaleza hacía que aquella apática y maquinal cancioncilla fuera incomprendible para él, y no pudo evitar un suspiro desesperado al considerarla como el más claro signo de la debilidad

mental de su hijo. A partir de entonces fue más angustiosa su vigilancia y mayor su temor. El muchacho se dio cuenta, y aquello aumentó su sufrimiento, pero no se le ocurrió siquiera coger la cuerda y utilizar la rama de la encina.

Entretanto había llegado la estación cálida, y pronto se cumplió el año del examen y las anteriores vacaciones. Hans pensó en todo lo que había ocurrido desde entonces, pero sin otorgarle demasiada importancia ni sentir la más leve emoción. Su alma parecía estar embotada por el forzado ocio, y únicamente echaba de menos los baños en el río y la pesca del año

anterior. De buena gana hubiera preparado otra vez los aparejos, pero no se atrevía a pedirle permiso a su padre. Conforme fue avanzando la estación, el deseo imperioso de pescar se fue convirtiendo en un verdadero tormento. Durante sus paseos solitarios, Hans se acercaba muchas veces a la orilla del río, y allí permanecía horas enteras, medio oculto entre el ramaje, siguiendo con ojos ardientes los movimientos de los peces oscuros. Al caer la tarde, remontaba un trecho la corriente y llegaba hasta el lugar donde acostumbraba a bañarse. El sendero era estrecho e intrincado y pasaba delante

de la casa del inspector Gessler, lo que permitió que Hans descubriera un día que Emma Gessler, la muchacha que tres años antes le había entusiasmado, estaba de nuevo en su casa. Sintió curiosidad e hizo verla, casi furtivamente, dos o tres veces, pero no le gustó como antaño. Entonces era una niña de ademanes suaves y facciones dulces; el tiempo la había cambiado, y estaba más crecida, tenía gestos bruscos y llevaba el pelo cortado de una manera moderna y poco infantil, que hacía resaltar aún más sus angulosidades de adolescente. Tampoco le caían bien los vestidos largos, y sus intentos de comportarse como una

damita eran completamente desgraciados. Hans la encontró casi ridícula, pero al mismo tiempo le causó dolor la transformación, y apenas se atrevió a recordar lo dulce y delicada que había sido anteriormente.

Entonces todo era diferente; más hermoso, más risueño, más animado. Desde hacía largo tiempo no sabía Hans más que de latín, historia, griego, examen, seminario y dolor de cabeza. Pero entonces había tenido libros de leyendas y libros de ladrones y policías, había poseído sus conejos en el jardín y por la noche había escuchado las aventureras historias en la puerta de

Naschold. Durante mucho tiempo había creído que el viejo vecino Grossjohann, a quien apodaban Garibaldi, era un capitán de bandidos, y no habían bastado las seguridades de la sirvienta para quitarle tal convicción. Pero, los años habían transcurrido, matando poco a poco todas sus ilusiones. Al encanto de los paseos y del patinar por el río helado había sucedido el tormento del estudio hasta bien entrada la noche, y a la ilusión de pescar en el río, el dolor de cabeza, cotidiano e intenso. Todo había terminado, sin que apenas él se apercibiera. Primero se habían acabado las veladas en la puerta de Naschold;

luego, la pesca en las mañanas de los domingos, la lectura de los cuentos, las historias de ladrones y policías y, por último, los conejos del jardín. ¿Dónde había ido a parar todo aquello?

Y así ocurrió que el muchacho prematuramente adulto terminó por vivir durante su enfermedad una segunda infancia artificial. El carácter que le habían robado los hombres de la escuela cuando era niño volvió con mayor fuerza y pasión, errabundo entre una verdadera selva de recuerdos cuya fuerza y claridad los hacía acaso enfermizos. Volvió a vivirlos con una pasión y un ardor no menores que entonces, y la

corriente contenida durante tanto tiempo volvió a fluir con tanta fuerza que amenazó, incluso, con anegarlo todo.

Cuando se poda un árbol brotan en su tronco y en sus ramas nuevos retoños. Así ocurre también con un alma enferma en su floración y maleada en su germen que retoña nuevamente y vuelve a la época primaveral del principio, a la niñez irresponsable e inocente, como si pudiera descubrir en ella nuevas esperanzas y anudar el hilo roto de la vida. Los retoños del tronco y de las ramas crecen también con fuerza y rapidez, pero siempre Siguen siendo retoños sin llegar jamás a árbol.

Así le ocurrió también a Hans Giebenrath, y ello nos hace necesario seguir un poco sus caminos de ensueño al reino de la infancia.

La casa del viejo Giebenrath estaba situada muy cerca del viejo puente de piedra, y formaba la esquina entre dos calles completamente diferentes. La primera, cuya numeración incluía a la casa, era una de las más anchas, más largas y distinguidas de la villa, y se llamaba Gerbergasse. La segunda, empinada y corta, era casi intransitable de puro estrecha, y se llamaba El Halcón, a causa de una viejísima y ya desaparecida hostería en cuya muestra

había campeado un halcón.

La Gerbergasse estaba habitada en su totalidad por buenos y sólidos burgueses, gentes con casa propia, asiento particular en la iglesia y jardines magníficos que el desnivel de las laderas convertía en terrazas en su parte posterior, y cuyas cercas, construidas en el año setenta, llenaba el buen tiempo de amarilla retama. En distinción, sólo había un lugar en la villa que pudiera parangonarse con la Gerbergasse, y era la Matktplatz, donde estaban agrupadas la iglesia, la bailía superior, el juzgado, el Ayuntamiento y el deanato, edificios todos ellos que le conferían un aire de

gran nobleza y dignidad. La Gerbergasse no tenía ninguno de esos edificios públicos, pero poseía, en cambio, mansiones burguesas nuevas y viejas, con puertas imponentes, majestuosos frontispicios, tejados brillantes y anchos ventanales que se iluminaban al anochecer, formando una hilera de luz que se extendía a un solo lado de la calle, ya que el otro lo formaba una ancha balaustrada que dominaba el río.

Si la Gerbergasse era larga, ancha y estaba siempre pletórica de luz y de distinción, El Halcón era su extremo completamente opuesto. Las casas, bajas y sórdidas, tenían las ventanas estrechas

y las puertas llenas de grietas y remiendos, las chimeneas torcidas y los tejados deslucidos y rotos, que recordaban más de una vez los de una choza. Las casas se robaban espacio y luz las unas a las otras, y la calleja era tan estrecha que estaba sumida eternamente en una húmeda media luz que en tiempo lluvioso o después de la puesta del sol se convertía en malignas tinieblas. En todas las ventanas había siempre ropa tendida, y nunca se dejaban de escuchar gritos, cantos o risotadas cuando se atravesaba su estrecha calzada, pues tan pequeña y mísera era la calle y vivían en ella

tantas familias, que las interioridades de su existencia obligatoriamente tenían que trascender al exterior. Abundaban también los huéspedes que tenían alquilado un cuartucho y los que dormían por cuatro cuartos en el suelo de cualquier habitación. Todos los rincones de las casas viejas y ruinosas estaban espesamente habitados, y la miseria, los vicios y las enfermedades arraigaban allí. La Policía y el hospital no tenían tanto que hacer con el resto de la ciudad como con las casas de la calleja. Cuando se desataba la epidemia de tifus, era aquél el foco principal; cuando se efectuaba algún asesinato, era

allí, y cuando en cualquier parte de la villa tenía lugar un robo, se verificaban en El Halcón las primeras pesquisas. Buhoneros y vagabundos tenían allí sus guaridas, y entre ellos se contaban el gracioso Hottehotte, vendedor de polvos para limpiar, y el afilador de tijeras Adam Hittel, de quien se decía tenía los peores vicios y a quien se achacaban los más espantosos crímenes.

Durante sus primeros años escolares, Hans llegó a ser un huésped frecuente de la calleja. En unión de una pandilla de pilluelos, rubios como la paja y con ropas tan rasgadas como las de un espantapájaros, escuchaba las

historias de ladrones y de crímenes que contaba la famosa Lotte Frohmuller. Era ésta la mujer de un tabernero que estaba separada de su marido por desavenencias conyugales, y tenía tras ella cinco años de cárcel. Había sido, en sus tiempos, una conocida belleza, había tenido un buen número de amantes entre los obreros de la fábrica y dado motivo a muchos escándalos públicos y a innumerables riñas sangrientas. Pero todo aquello había pasado, y cuando Hans se sentaba a su puerta no tenía otro entretenimiento que hacer café y contar las más inverosímiles historias, que escuchaban como embobados los

vaguillos que formaban la pequeña tropa, y los obreros y las mujeres que acudían a tomar café. Sobre el renegrido fogón de piedra hervía el agua en un caldero, una vela de sebo ardía, alumbrando la espaciosa estancia a un tiempo que las azuladas llamas de los carbones, y el resplandor de aventura proyectaba la sombra de los oyentes en imprecisa masa sobre la pared y aumentaba sus dimensiones hasta hacerlas inmensas y fantasmales.

El niño de ocho años trabó allí conocimiento con los dos hermanos Finkenbein. A pesar de la oposición paterna, mantuvo durante más de un año

una afectuosa amistad con ellos. Se llamaban Dolf y Emil, y eran los chiquillos más callejeros y vagabundos de toda la villa, famosos por sus frecuentes asaltos a los huertos de los alrededores, y grandes maestros en riñas y en trapacerías. Cambiaban y vendían huevos de pájaros, bolitas de estaño, cuervos jóvenes, estorninos y conejos, colocaban anzuelos en los trechos del río en que estaba prohibido, y se comportaban en todos los jardines de la villa como en su casa, pues ninguna cerca era tan espinosa ni ninguna tapia estaba lo suficientemente cubierta de cristales rotos para que no pudieran

escalarla fácilmente.

Pero el habitante de El Halcón que más amistad trabó con Hans fue Hermann Rechtenhell. Era un verdadero filósofo encarnado en el cuerpecillo desmedrado y enfermo de un niño de diez años. Andaba apoyándose en un bastón, porque una de sus piernas era más corta que la otra y por ello, no podía, tomar parte en los juegos de la calle. Era muy delgado, y su rostro pálido parecía reflejar toda una gama de sufrimientos que iban desde las lágrimas, raras e infrecuentes, a la angustia silenciosa y desalentadora. Poseía una especial habilidad en toda

clase de trabajos manuales, y la pesca era para él una pasión tan irresistible que no tardó en contagiar a Hans. Este no poseía entonces licencia de pesca, pero a pesar de ello echaban el anzuelo en cualquier lugar oculto, porque si cazar es siempre una diversión, no cabe duda que hacerlo furtivamente es un placer exquisito. Del cojo Rechtenhell aprendió Hans a cortar las varas apropiadas, a trenzar el pelo de caballo de caballo, colocar los sedales, a anudarlos convenientemente y afilar las puntas de los anzuelos. Las horas pasadas a su lado le enseñaron también a juzgar el tiempo, a contemplar con ojo

entendido la superficie de las aguas, a elegir los mejores cebos y afianzarlos bien en el anzuelo, y a encontrar los lugares aptos para una buena pesca. Aprendió a diferenciar las especies de peces, a saber escuchar su rumor durante la pesca y mantener la cuerda en la profundidad apropiada. Hermann era de un carácter triste y no prodigaba mucho las palabras, pero su sola presencia, su ejemplo e intuición especial que le hacía adivinar el momento propicio para levantar el sedal, bastaban para que Hans le admirara intensamente.

No tardó en producirse su desacuerdo con los hermanos

Finkenbein, de quienes el pequeño Giebenrath se separó después de una furiosa pelea. El silencioso y paralítico Rechtenhell le abandonó, en cambio, sin ningún tropiezo. Un día de febrero se metió en su mísera cama sobre una silla dejó el bastón y las ropas, comenzó a subirle la fiebre y acabó por morir con una prisa que nunca había tenido en vida. La calle le olvidó en seguida y puede decirse que sólo Hans mantuvo durante largo tiempo un buen recuerdo suyo.

Pero con él no se terminaron los curiosos habitantes de El Halcón. ¿Quién no conocía, por ejemplo, al

cartero Rotteler, expulsado del Cuerpo por borracho, que se pasaba los días tendido en la acera y provocaba grandes escándalos nocturnos, pero que en el fondo era tan bueno como un niño y no desperdiciaba ocasión para mostrar su sonrisa bonachona? Dejaba que Hans le cogiera tabaco de su tabaquera ovalada, acogía con alegría el pescado que le regalaba, lo freía en manteca e invitaba al niño a que le acompañara en la comida. Poseía un pájaro de presa disecado, con las alas extendidas y ojos de cristal, y un viejo reloj de música que, al dar las horas, dejaba escapar los sones débiles de una vieja melodía. ¿Y

para quién era desconocido el viejísimo mecánico Porsch, que llevaba siempre botines, aunque fuera descalzo y con las ropas hechas jirones? Como hijo de un severo maestro rural, se sabía de memoria media Biblia y conocía un puñado de refranes y sentencias morales, que soltaba en cualquier instante aunque no vinieran a cuento. A sus muchas costumbres agregaba la de detenerse en la esquina que formaba la casa de los Giebenrath y llamar a todos los que pasaban, saludándolos por su nombre o su apodo y encajándoles dos o tres refranes y sentencias de su inagotable repertorio:

—Hans Giebenrath, joven, querido hijo mío, oye lo que te digo: ¿Qué esperas tú de esta vida? Bienaventurado aquel que no dé malos consejos, porque de él podría decirse que no posee la conciencia perversa. Hagas lo que hagas en esta vida, querido Giebenrath, no te dejes arrastrar por los malos consejos. Igual que las hojas de un árbol frondoso, que caen unas mientras las otras crecen, así sucede también con las gentes que nos rodean. Unos mueren y otros nacen... Y los que van a morir pronto deben transmitir sus conocimientos a los que acaban de nacer. ¿Entiendes Giebenrath?

El viejo Porsch tenía, además de su afición por los refranes y las sentencias, otro repertorio completo de noticias oscuras y fabulosas sobre aparecidos y fantasmas. Conocía los lugares donde emergían de las aguas y las cuevas donde se ocultaban, y hasta llegaba a identificar la personalidad de los espíritus con la de los seres humanos que le rodeaban. A fuerza de repetir las historias, había acabado por creerlas él mismo, y así se daba el caso de que comenzara a explicarlas con un tono profundo y falso, haciendo frecuentes interrupciones para reírse de los que escuchaban, y terminara, conforme

avanzaba la narración, por bajar la voz hasta convertirla en un susurro temeroso y casi imperceptible.

¡Cuántas cosas siniestras, horribles, pero oscuramente apasionantes guardaba la mísera y pequeña calleja! En ella había vivido también el cerrajero Brendie, después de haberse alejado de su negocio y de haber visto hundirse su taller como una barca que hiciera agua. Acostumbraba pasar las horas muertas sentado en su estrecha ventana, contemplando con ojos entornados la oscura callejuela y aguardando a que cayera en sus manos cualquier raquítico pilluelo de las casas vecinas para

atormentarlo con sádica alegría, tirándole de las orejas y de los cabellos y llenándole el cuerpo de cardenales. Un día lo hallaron en el portal de la casa con un alambre de zinc atado al cuello y colgado del quicio. Tenía el rostro desencajado y su aspecto era tan horrible que nadie se atrevió a acercársele hasta que el mecánico Porsch cortó el alambre por detrás, y el cadáver, con la lengua fuera y los ojos salidos de las órbitas, rebotó de escalón en escalón hasta ir a caer en medio de los horrorizados espectadores.

Todas las veces en que Hans abandonaba la ancha y majestuosa

Gerbergasse para meterse en la oscura y húmeda callejuela, le asaltaba, con la atmósfera maloliente y pesada, una angustia acongojante y opresiva, que no era más que mezcla de curiosidad, temor, malos pensamientos y deseo intenso de aventuras. El Halcón constituía el único lugar donde aún podía hacerse realidad la leyenda, donde podía ocurrir un horror nunca sufrido, donde se podía creer en fantasmas y encantamientos y donde era posible sentir el mismo temblor doloroso y confuso que acometía con la lectura de las leyendas y los escandalosos libros populares

procedentes de Reutlingen, que eran confiscados por los maestros y que relataban las vergüenzas y los castigos de todo un mundo de héroes oscuros y tenebrosos asesinos y aventureros.

Además de El Halcón había otro lugar diferente a todos los demás, donde era posible escuchar y vivir extrañas cosas y perderse por un laberinto de desconocidas estancias. Era la inmediata curtiduría situada a orillas del río, el viejo caserón donde las pieles estaban amontonadas en un informe desorden, donde había pasadizos misteriosos y escondidas cuevas, y donde Liese, la operaría, reunía, al

atardecer, a todos los niños del barrio para explicarles sus cuentos fantásticos. Allí era todo más silencioso, más alegre y humano que en la callejuela, pero no menos enigmático. Las órdenes de los curtidores en las cuevas, en los sótanos, en el secadero y en los pisos, tenían un tono profundo y misterioso, las grandes estancias estaban siempre silenciosas y encerraban tanto misterio como atracción; el dueño, gigantesco y arisco, era temido como un traganiños, y Llése estaba siempre en todos los lugares de aquel extraño caserón, semejante a un hada protectora y madre de todos los niños, pájaros, perros y gatos que

llegaban hasta allí, llena de bondad y repleta de cuentos e historias apasionantes y fantásticas.

En aquel mundo ya tan lejano se movían los pensamientos y los recuerdos del muchacho durante sus forzadas vacaciones. Su ser huía de la gran desilusión y la desesperanza para refugiarse en el buen tiempo pasado, cuando aún le llenaban las ilusiones y veía al mundo como un enorme bosque encantado cuyos peligros, tesoros y guardianes se escondían en la impenetrable espesura. Había logrado abrirse paso en aquella selva virgen, pero el cansancio le había acometido

antes de que comenzaran las maravillas. Volvía a hallarse en sus enigmáticos umbrales envueltos en tinieblas, pero el tiempo le había convertido ya en un exclusivo y ocioso espectador.

Un par de veces buscó Hans, en la visita a El Halcón, sus anteriores emociones. Halló la vieja media luz y la misma atmósfera acre y maloliente, los rincones de antaño y los portales oscuros con hombres y mujeres sentados delante de ellos, mientras una bandada de pilluelos rubios como la paja jugaba por la calzada entre gritos y lloros. El mecánico Porsch estaba más viejo y no reconoció a Hans, respondiendo a su

afectuoso saludo con una mueca irritada y breve. Crossjohan, apodado Garibaldi, había muerto hacía largo tiempo y también Lotte Frohmüller. El cartero Róottlere seguía aún allí. Se quejó de que los pilluelos le hubieran robado el reloj, y al ver que Hans seguía preguntando, le pidió permiso para coger tabaco de su tabaquera e intentó sacarle alguna limosna. Las monedas tuvieron la virtud de desatar su lengua, y habló de los hermanos Finkenbein, uno de los cuales trabajaba en la fábrica de cigarrillos y se emborrachaba como un viejo, mientras el otro era operario en una forja artística de una población

vecina y no frecuentaba la villa desde hacía más de un año. Todas aquellas noticias impresionaron a Hans, que se despidió emocionado del cartero borracho, con la sensación de que sólo él estaba parado mientras el resto del mundo seguía avanzando.

Al anochecer fue hasta la curtiduría. Atravesó el húmedo patio casi de puntillas, como si quisiera sorprender a su propia infancia oculta en el vetusto caserón, con todas sus pasadas alegrías.

La escalera estrecha y empinada le condujo hasta el piso donde colgaban las pieles, extendidas y tensas en grandes bastidores. El acre olor del

cuero mojado hizo que en su mente se desbordara todo un torrente de recuerdos. Anduvo unos instantes por las estancias grandes y solitarias y luego volvió a descender y buscó el apartado rincón del patio donde estaban las entradas a los sótanos 'y a las cuevas. Y allí vio a Liese, sentada en su lugar de siempre, pelando un cesto de patatas, con unos cuantos muchachillos sentados a su alrededor.

Hans permaneció en el umbral de la puerta, y una sonrisa reposada acudió a sus labios. Una paz intensa llenaba el patio de la curtiduría, envuelto en las primeras sombras de la noche, y fuera

del débil rumor de las aguas del río que se deslizaban al otro lado de la tapia, no se oía otra cosa que el crujido de las patatas al ser peladas y la voz de Liese que contaba uno de sus cuentos. Los niños la escuchaban silenciosos, con los grandes ojos muy abiertos y las manos sobre las rodillas. Ella contaba la historia de San Cristóbal, quien una noche oyó una voz infantil que le llamaba al otro lado del torrente.

Hans escuchó unos breves instantes y luego atravesó el patio en silencio. Al regresar a su casa tuvo el convencimiento de que todo aquello se había ido para no volver jamás. Nunca

volvería a ser un niño, ni podría sentarse, al atardecer, en torno de Liese, con los demás, entusiasmado y arrebatado por las historias y los cuentos. Y a partir de aquel instante decidió no volver jamás a la curtiduría ni a la callejuela.

# CAPÍTULO VI

ENTRABA EL OTOÑO. Entre los bosques de abetos se destacaban los escasos arbustos amarillos y rojos como antorchas. Los torrentes estaban ya envueltos en niebla, y el río dejaba escapar el vaho en el fresco de las mañanas.

Diariamente el pálido ex seminarista seguía vagando por las afueras de la villa, cada vez más triste y más cansado, pero huyendo siempre de la poca compañía que hubiera debido tener. El médico seguía prescribiendo gotas, aceite de hígado de bacalao, huevos y

baños fríos. Todo era inútil.

Pero no era un milagro que las medicinas no sirvieran de nada. Toda vida sana ha de tener un contenido y una meta, y ambas cosas estaban perdidas para el joven Giebenrath. Su padre había decidido hacerle escribiente o enseñarle un oficio, pero el muchacho estaba todavía muy débil, y era necesario que recuperara un poco sus fuerzas antes de dedicarse a cualquier tarea.

Desde que se había mitigado en su ánimo el trastorno de las primeras impresiones y desde que no creía siquiera en las ventajas de un suicidio

liberador, Hans cayó en una indiferente melancolía que le iba tragando poco a poco, como la arena movediza de un pantano.

Sus solitarias correrías dejaron de tener el río como meta, y se centraron en los campos otoñales. La tristeza del otoño, la quieta caída de las hojas, el pardear de las praderas, la espesa niebla temprana y las ansias de muerte que parecían poseer a toda la Naturaleza transformábanse en él, como en todos los enfermos, en una disposición de ánimo desesperanzada y penosa y en unos pensamientos llenos de tristeza. Sentía el deseo insatisfecho de evadirse,

de dormir, de morir, y sufría al ver que su propia juventud y fuerza vital contradecían el deseo y seguían abrazadas a la vida con verdadera tenacidad.

Contemplaba los árboles y los veía cambiar de verdes en amarillos y pardos, caer sus hojas y quedar sus ramas calvas; contemplaba la niebla blanca que cubría los bosques y los huertos tras la recogida de los frutos, y el río, en el cual había terminado el baño y la pesca, flotando en su corriente las hojas caídas de los árboles y frecuentadas tan sólo sus orillas por los curtidores. Desde días atrás arrastraba

masas de heces, pues en todos los lugares y en todos los molinos se estaba en plena tarea de mostear, y por las calles de la villa flotaba el inconfundible aroma del jugo de las frutas.

En el molino inferior alquiló el zapatero Flaig una pequeña prensa e invitó a Hans a las tareas del mosteo.

Delante del molino había una gran cantidad de lagares grandes y pequeños, carruajes, cestos y sacos llenos de fruta, tinas, cubos y recipientes, enormes montones de heces de color castaño, palancas de madera, carretones y vehículos vacíos. Los lagares trabajaban

incansablemente, crujiendo, gimiendo, cantando y aullando. La mayoría estaban barnizados de color verde, y ese verde, unido al castaño amarillento de las heces, al color de los cestos de manzanas, al río verdoso, a los niños descalzos y chillones y al dulce sol otoñal, daba al que lo contemplaba una clara impresión de júbilo, de alegría vital y de abundancia. El crujido de las manzanas al prensarse sonaba áspero y estimulante; quien se acercaba al lagar y lo escuchaba por vez primera sentía la necesidad de morder una manzana. De los caños fluía el grueso chorro del mosto, dulce y de un amarillo rojizo que

brillaba a los rayos del sol; quien se acercaba al lagar y lo veía por vez primera, sentía la necesidad de pedir un vaso y probarlo en seguida. Luego se quedaba quieto unos instantes, se le humedecían los ojos y un torrente de dulzura y bienestar invadía su interior. Aquel mismo mosto dulce era el que llenaba el aire con su aroma vivo, fuerte y excitante. Aroma que era lo más fino de todo el año, la suma de la madurez y de la cosecha y al que convenía aspirar a grandes bocanadas poco antes de la llegada del próximo invierno, pues así se recordaban con agradecimiento una multitud de cosas buenas y maravillosas:

las blandas lluvias primaverales, las rugientes turbonadas veraniegas, el fresco rocío otoñal, el acariciante sol de primavera y el ardiente del verano, el color castaño rojizo y amarillento de los árboles frutales antes de la recogida y todo lo hermoso y alegre que se había dado en el curso de ese año.

Eran aquellos unos días radiantes para todos. Los ricos y ricachos de la villa salían de sus casas y se dirigían personalmente a los lagares, donde probaban las manzanas más finas de su cosecha, contaban su docena o más de sacos, bebían un trago de mosto en su vaso de bolsillo de la más fina plata y

repetían a todos los que estaban a su alrededor, que ni una sola gota de agua adulteraba la pureza de aquel mosto. Los pobres no tenían, en cambio, más que un solo saco de fruto, probaban su mosto en vasos o tinajas de barro, lo mezclaban con una buena cantidad de agua y no por ello se mostraban menos alegres y orgullosos. El que por cualquier causa no podía mostear, iba de prensa en prensa, visitando a sus amigos y conocidos, recibiendo en cada una su buen vaso de mosto y cogiendo en todas ellas un puñado de manzanas, ya que no le faltaba la completa seguridad de que él tenía que ver mucho en todo aquello.

Bandadas de niños, pobres y ricos, corrían entre las presas, cada cual con su manzana mordida y un pedazo de pan en la mano, pues desde tiempos inmemoriales corría la insensata leyenda de que quien comía pan durante el mosteo no tendría nunca dolor de vientre. Cien voces gritaban a un tiempo y en todas ellas había excitación y alegría.

—¡Ven aquí Hannes! ¡Sólo un vaso!  
¡Aquí! ¡Sólo un vaso!

—¡Gracias! ¡Muchas gracias! ¡Pero ya he cogido un cólico!

—¿Cuánto has pagado por la arroba?

—Cuatro marcos. Pero son excelentes. ¡Prueba! ¡Prueba!

Con frecuencia ocurría una pequeña desgracia. Un saco de manzanas se abría demasiado pronto y todo el fruto rodaba por el suelo.

—¡Mis manzanas! ¡Ayudadme! ¡Pronto!

Todos se apresuraban a prestar ayuda al siniestrado y sólo un par de pilluelos trataban de aprovecharse.

—¡No guardaros nada, bribones! Podéis comer todas las que queráis, pero no permito que os las metáis en los bolsillos.

—¡No tan orgulloso, señor vecino!

¿Ha probado usted esto?

—¡Miel! ¡Igual que miel! ¿Cuánto logró este año?

—Dos barriles. Pero puro, completamente puro.

No faltaban tampoco los viejos, que no mosteaban ya, pero que sabían al dedillo todo lo relacionado con la operación y contaban cosas de lejanos años. Entonces la fruta estaba casi regalada, todo era mucho más barato, no se sabía nada de añadir azúcar y hasta los árboles daban otras manzanas distintas a las de ahora.

—Entonces sí que se podía hablar de cosecha. Yo tuve que mostear durante

diez días enteros para poder echar toda mi fruta en el lagar.

Pero aunque los tiempos se habían vuelto tan malos, los viejos tristes seguían probando el mosto, y aquellos que tenían aún dientes no vacilaban en mordisquear también las apetitosas manzanas. Uno de ellos llegó a arremeter con las peras de agua, y tanto se entusiasmó, que no tardó en sentir los primeros efectos del cólico.

—Yo aseguro —razonaba luego ante los demás— que años atrás llegué a comerme diez piezas como esas. —Y en su voz se traslucía la nostalgia por los tiempos en que le era posible comerse

diez peras de agua sin temor al fantasma del cólico.

El zapatero Flaig había colocado su prensa en el lugar más frecuentado. Le ayudaba en las tareas uno de sus aprendices mayores, y tanta era su satisfacción, que aquellos días había olvidado sus sermones habituales y ofrecía a todos el consabido traguito, acompañado de sonrisas y saludos afectuosos. Sus hijos no parecían estar menos satisfechos que él y correteaban de prensa en prensa, sumergidos en la alegría del mosteo y de la multitud. Pero el aprendiz era el que sentía con mayor plenitud la alegría de verse al aire libre

y degustaba con el mayor placer la dulzura del mosto. Procedente de una familia de labradores pobres que vivía detrás de las montañas, hallaba en el aroma y el gusto el recuerdo del suelo nativo y su ancha cara de campesino sonreía como la máscara de un sátiro mientras se llevaba el vaso por enésima vez a los labios.

Hans Giebenrath llegó a los lagares al mediodía. Caminaba en silencio, con la cabeza baja y el oculto temor de tener que verse de nuevo entre toda aquella gente conocida. Al llegar a la primera prensa, Liese Naschold le tendió un vaso. Hans bebió un trago, y con el gusto

fuerte y dulce del mosto volvieron a su mente una multitud de recuerdos de anteriores otoños, y sintió al mismo tiempo el tímido deseo de compartir la alegría de la multitud. Siguió andando lentamente. Le hablaron muchos conocidos, le fueron ofrecidos muchos vasos, y cuando llegó a donde estaba el lagar de Flaig, ya había hecho presa en él la alegría general y eran visibles en su ánimo los efectos de la bebida. Saludó al zapatero con una cómica gravedad, que se echó a perder cuando hizo súbitamente un par de chistes sobre el mosto. El maestro zapatero procuró ocultar su asombro y alegremente le dio

la bienvenida.

No había transcurrido media hora, cuando llegó una muchacha con un vestido azul, que sonrió a Flaig y al aprendiz y se puso a ayudarles en la tarea.

—Esta es mi sobrina de Heilbronn —dijo el zapatero—. Está acostumbrada a otra clase de vendimia, porque ellos tienen mucho vino.

La muchacha aparentaba tener dieciocho o diecinueve años, era movediza y alegre como los habitantes de la llanura, no muy alta, pero bien formada y de silueta llena. Alegres y maliciosos eran los ojos, oscuros y de

cálida mirada, que alegraban su rostro ovalado; su boca era grande y de labios carnosos, y todo su aspecto era el de una risueña y robusta habitante de Heilbronn, pero no el de una parienta del piadoso y puritano zapatero. Ella estaba muy lejos del mundo de severidad y penitencia en que moraba su tío, y sus ojos no se semejaban en nada a los de una persona que se pasara el día y la noche leyendo los cánticos piadosos y la Biblia.

Hans contempló su llegada con cierta aflicción y por unos instantes mantuvo la esperanza de que se marcharía en seguida. Pero Emma —que

así se llamaba la muchacha— permaneció allí, charlando y riendo, sabiendo dar a cada broma una alegre respuesta y coreando con carcajadas cualquier gesto. Hans no tardó en avergonzarse y permaneció silencioso. Siempre le había parecido horrible hablar con muchachas a las que tenía que tratar de usted, y aquélla era tan animada y tan habladora y parecía tener tan poco en cuenta su presencia y su timidez, que se sintió un poco ofendido y se replegó sobre sí mismo, insistiendo en su silencio y acusando en su rostro una despectiva expresión de aburrimiento.

Nadie tuvo tiempo de apereibirse de ello, y Emma menos. Hans oyó que permanecería unos quince días en casa de Flaig, pero que había estado antes otras veces y conocía ya la ciudad. La muchacha trabó conversación con los del lagar vecino, bromeó y rió un poco con ellos, volvió la cabeza hacia su tío y le hizo un guiño amistoso, luego cogió por el brazo a los niños, les regaló algunas manzanas y lanzó al aire unas carcajadas sin ton ni son. Llamó a los pilluelos que daban vueltas entre los lagares:

—¿Queréis manzanas?

Y cuando ellos asintieron, cogió las

más hermosas y rojizas, ocultó sus manos detrás de la espalda y preguntó con voz maliciosa:

—¿Derecha o izquierda?

Varias veces repitió la operación y la pregunta, pero la manzana no estaba nunca en la mano que decían los chicuelos, y sólo cuando éstos se pusieron a insultarla, les dio unas manzanas de las verdes y pequeñas. Entonces pareció fijarse por primera vez en Hans y le preguntó si él era quien tenía siempre dolor de cabeza, pero antes de que el muchacho pudiera responder, ya estaba enredada en una nueva conversación con los del lagar

vecino.

Pensaba Hans en regresar a su casa, cuando Flaig le entregó la palanca del lagar.

—Te agradeceré que sigas trabajando. Emma te ayudará mientras yo voy al taller.

Partió el artesano, el aprendiz se encargó de transportar el mosto con ayuda de la mujer de Flaig y Hans se quedó en el lagar a solas con Emma. Apretó los dientes y la miró como a un enemigo, mientras accionaba la palanca con todas sus fuerzas.

Le sorprendió que costara tanto hacer funcionar la prensa, y cuando fue a

mirar lo que sucedía, la muchacha rompió a reír con todas sus ganas. Le ayudó a soltarla, pero en cuanto Hans se puso a accionarla de nuevo, volvió a repetir la broma y la sujetó de nuevo.

El no dijo una sola palabra. Pero mientras levantaba la palanca, a la que se oponía del otro lado el cuerpo de la muchacha, le acometió una gran vergüenza y poco a poco fue dejando de accionarla. Sintió un dulce temor y escuchó de nuevos las carcajadas de Emma. Entonces le pareció que aquellas risas sonaban menos burlonas y que ella misma se mostraba más amistosa. Permaneció unos instantes indeciso y

luego asomó a sus labios una tímida e insegura sonrisa.

Y a partir de aquel momento permaneció la palanca en un completo reposo.

Emma le obsequió con otra sonrisa que nada tenía que ver con las burlonas carcajadas de antes.

—No vamos a enfadarnos por tan poca cosa —dijo con voz suave. Y tendió a Hans el vaso de mosto en el que ella acababa de beber.

Aquel nuevo trago le pareció al muchacho más fuerte y dulce que los anteriores. Cuando lo hubo bebido se quedó mirando unos instantes el vaso

vacío, admirado de que su corazón latiera tan aprisa y que su aliento fuera tan entrecortado.

Trabajaron después un poco, y Hans no supo lo que hacía cuando intentó colocarse de tal modo que el vestido de la muchacha le acariciaba al moverse y su mano tocaba la de ella, Tantas veces como eso sucedía, se le detenía el corazón en un temeroso deleite, le invadía una dulce debilidad que hacía temblar ligeramente sus rodillas y su cabeza se llenaba de un zumbido' vertiginoso.

No sabía lo que decía, pero atendía a todas sus palabras y sus respuestas,

reía cuando ella lo hacía y le acompañaba en sus frecuentes tragos de mosto. Poco a poco se fue acentuando su temblor y acudieron a su mente lejanos recuerdos: sirvientas a las que había visto en los portales en compañía de algún hombre, unas cuantas frases de los libros de historia, el beso que Hermann Heilner le había dado mientras contemplaban los claustros de Maulbronn y la gran cantidad de palabras, narraciones y oscuras conversaciones escolares sobre «las muchachas» y «lo que sucedía cuando se tenía novia». Respiró con tanta fuerza como un rocín en una cuesta y no pudo

evitar un súbito rubor.

Entonces, de pronto, todo se transformó. La gente que rodeaba el lagar quedó convertida en una niebla espesa y coloreada, las voces, los gritos y las risas parecieron desaparecer bajo un fuerte bramido y el río y los viejos puentes se vieron lejanos y desvaídos como si formaran parte de un paisaje pintado.

Emma tenía también un aspecto diferente. Hans no veía ya su rostro... sólo los ojos oscuros y alegres y la boca roja que dejaba asomar unos dientes blancos y puntiagudos. Bruscamente desapareció también su figura y sólo

fueron visibles pequeños pedazos de ella: un zapato con una media negra, un rizo encrespado y rebelde sobre la nuca, el cuello redondo y moreno que emergía de la tela del vestido, la espalda tiesa y la suave línea de sus brazos... Unos instantes después, la muchacha dejó caer el vaso en la tina, se inclinó a recogerlo y al hacerlo apretó su rodilla contra los nudillos de la mano de él. Y Hans se inclinó también, pero con mayor lentitud, rozando casi el cabello de Emma con su rostro. El pelo exhalaba un leve aroma, y más abajo, entre los rizos sueltos y encrespados, brillaba cálida y morena la hermosa nuca y el cuello se

perdía entre los volantes de su vestido azul.

Volvió a levantarse, y al hacerlo, su rodilla rozó el brazo de él, su cabello le acarició las mejillas y se hizo visible el rubor que la había acometido al inclinarse. Hans sintió que un profundo temblor sacudía todos sus miembros; palideció y por un instante tuvo la sensación de un hondo cansancio que le obligó a agarrarse con fuerza en el borde del lagar. Su corazón latía con fuerza desacostumbrada, los brazos se le debilitaban, le dolían los hombros y no podía contener un confuso parpadeo.

A partir de aquel instante no volvió

a pronunciar una sola palabra y evitó las frecuentes miradas de la muchacha. Algo se había roto en su interior y ante su alma veía aparecer una tierra indecisa y nueva, con costas azuladas y lejanas y apariencia atractiva. No tenía la certeza y ni siquiera se atrevía a intuir lo que significaba el temor y el dulce sufrimiento que sentía en su interior y tampoco sabía si era mayor en él la pena o la alegría.

Esta última significaba, empero, la victoria de su naciente fuerza vital y el primer impulso impetuoso de la existencia, mientras la pena representaba la tristeza por haberse roto

la paz matutina de su alma, por haber abandonado su ser definitivamente el reino de la niñez, que no volvía a hallarse jamás. La barquilla frágil, apenas capeada la violencia de la primera tormenta, volvía a hallarse en pleno temporal y presentía la cercanía de fondos peligrosos y roqueños acantilados, a través de los cuales ni a la juventud mejor pertrechada le valían piloto ni rumbo, sino que tenía que hallar en sus propias fuerzas la ruta y la salvación.

Fue oportuno el regreso del aprendiz, que le relevó en la palanca de la prensa. Hans permaneció todavía un

rato al lado del lagar, esperando un contacto cualquiera o una palabra amistosa de Emma. Pero ella estaba hablando nuevamente con los del lagar vecino. El muchacho se sintió molesto por las miradas insistentes y curiosas del aprendiz, y un cuarto de hora más tarde regresó a su casa sin siquiera decir adiós.

Todo se había transformado extrañamente, volviéndose más hermoso y emocionante. Los gorriones, rollizos por las heces del mosto, gorjeaban escandalosamente en un cielo nunca tan alto, tan hermoso y tan azul como aquel día. Jamás había tenido el río unas aguas

tan verdosas, tan rientes y tan claras, ni su espuma había sido tan blanca y tan rugiente. Todo semejaba un paisaje recién pintado, brillando tras el limpio y luminoso cristal de un cuadro. Todo parecía estar aguardando el comienzo de una gran fiesta. Incluso en su propio pecho sentía Hans una ola de dulzura y de excitación; sensaciones desconocidas y extrañas, desacostumbradas esperanzas, unidas a un temor indeciso de que todo fuera un sueño y no pudiera hacerse jamás realidad.

—¿De dónde vienes? —le preguntó el viejo Giebenrath en cuanto atravesó el umbral del hogar.

—Del lagar de Flaig.

—¿Tiene mucho mosto este año?

—Dos tinas, según creo.

Rogó que le permitiera invitar a los hijos de Flaig cuando les llegara a los Giebenrath la hora de mostear.

—Concedido —gruñó el padre—. Lo haremos la semana que tiene. Puedes traerlos.

Faltaba una hora para la cena. Hans salió al jardín. Fuera de los dos pinos, había muy poco verde en él. El muchacho se apoyó unos instantes en el tronco del más alto y contempló el cielo vespertino con los ojos muy abiertos. El sol se había hundido ya tras las

montañas, cuyos contornos oscuros, con las puntas de los abetos del espesor de un cabello, se recortaban sobre el rojizo horizonte. Una nube oscura y alargada, circundada de amarillo y de castaño, flotaba lenta y pausadamente, como un barco de regreso, en la atmósfera fina y dorada.

Aprehendido por la belleza y el vistoso colorido del crepúsculo, sumido en una emoción extraña y para él desconocida, vagó Hans por el jardín. De tiempo en tiempo se detenía, cerraba los ojos y trataba de imaginarse a Emma, tal como la había visto junto al lagar, cuando le alargó el vaso para que

bebiera un trago de mosto o cuando se incorporó después de recogerlo del fondo de la tina. Veía su cabello, su figura enfundada en el estrecho vestido azul, su cuello, su nuca morena y cubierta de pelusilla y sus hombros estrechos y desmayados. Con alegría y temor imaginaba todos estos detalles; sólo su rostro permanecía en tinieblas y eran inútiles cuantos esfuerzos hacía para recordarlo.

Cuando el sol se hubo hundido por completo, Hans sintió las crecientes tinieblas como un velo de misterios a los que no sabía dar ningún nombre. Comprendía que se había enamorado de

la muchacha de Heilbronn, pero tan sólo se apercibía oscuramente de la creciente virilidad de su sangre por el estado desacostumbrado, fatigoso y lleno de excitación en que se hallaba.

A la hora de la cena se le hizo extraño a su cambiante ser todo lo viejo y habitual que le rodeaba. El padre, la criada, la mesa, la vajilla y toda la estancia le parecieron súbitamente más viejos y los contempló con una sensación de asombro, de alejamiento y de ternura al mismo tiempo, como si después de un largo viaje volviera a verlos. Tiempo atrás, cuando se regodeaba con la idea de su suicidio,

había contemplado las mismas cosas con la sensación melancólica y superior del que se despide, pero desde entonces habían transcurrido semanas y meses enteros y su nueva sensación era del que regresa y no puede contener, la sonrisa y el asombro al verse dueño otra vez de lo que creía ya perdido.

Terminó la cena, y cuando Hans fue a levantarse, su padre le preguntó con el laconismo que le era habitual:

—¿Prefieres ser mecánico o escribiente, Hans?

—¿Por qué? —preguntó, sorprendido, el muchacho.

—Podrías ingresar a finales de la

semana que viene en la escuela de mecánicos o a principios de la otra como meritorio en el Ayuntamiento. Piénsalo bien antes de darme una respuesta. Mañana seguiremos hablando de ello.

Hans se levantó y salió. La súbita pregunta le había confundido y deslumbrado a un mismo tiempo. No sentía ninguna ilusión por ser mecánico ni escribiente. El pesado trabajo manual de un taller le causaba un poco de espanto, pero tampoco le seducía pasarse todo el día sentado detrás de una mesa. Recordó entonces que su antiguo condiscípulo August era

mecánico y pensó que él podría disipar sus dudas.

Mientras meditaba, su imaginación se hizo más turbia y más pálida, y le pareció que el asunto no tenía tanto interés. Algo muy diferente le impulsaba y ocupaba todos sus pensamientos. Paseó, inquieto, unos minutos y súbitamente cogió su sombrero, abandonó la casa y atravesó lentamente la calle. La necesidad de volver a ver a Emma le acuciaba.

La oscuridad de la noche era absoluta. De una taberna próxima salían gritos y canciones. Algunas ventanas estaban iluminadas, y aquí y acullá se

encendían otras, poniendo un brillo rojizo en la oscuridad. Una larga hilera de muchachas sonrientes y cogidas del brazo atravesaron la calle entre risas y parloteos, y se perdieron, semejantes a una ola de juventud y de alegría, por el recodo de una vecina calleja. Hans las contempló largamente sintiendo que su corazón le subía a la garganta. Detrás de una ventana velada con cortinas se escuchaba un violín. En la fuente, una vieja estaba limpiando una lechuga, y por el puente paseaban dos mocetones con sus novias. Uno de ellos llevaba a la muchacha cogida de la mano, se balanceaba sobre su brazo y fumaba un

cigarrillo. La segunda pareja iba más despacio y más abstraída. El mocetón rodeaba el talle de la muchacha con su brazo fuerte, y ella apoyaba la espalda y la cabeza en su pecho. Hans había visto cien veces escenas semejantes sin que nunca llamaran su atención. Pero aquella noche siguió con la vista al grupo y súbitamente se sintió lleno de una clara comprensión. Presintió que se hallaba en los umbrales de un gran misterio, del que no sabía si era exquisito o terrible, pero cuya proximidad le hacía temblar como un azogado.

Se detuvo ante la casa de Flaig, sin valor siquiera para entrar en ella. ¿Qué

hacer y qué decir cuando estuviera dentro? Recordó las veces que había estado allí cuando tenía once o doce años. Flaig la explicaba entonces historias bíblicas y respondía a sus impetuosas preguntas sobre el infierno, los demonios y las almas. Aquellos recuerdos eran molestos y le pusieron de mal humor. No sabía qué hacer, no sabía siquiera lo que quería, pero a pesar de ello intuía que se hallaba ante algo misterioso y prohibido. Le pareció que estaba cometiendo una injusticia a Flaig con permanecer en la oscuridad ante su puerta, y pensó que si él le viera allí o saliera en aquel instante de la casa, no le

reprendería, sino que se reiría de él. Y aquello le horrorizó más que otra cosa.

Se deslizó detrás de la casa y desde la baja cerca del jardín pudo hacer llegar sus miradas hasta el interior de la estancia iluminada. No vio al artesano. Su mujer parecía estar cosiendo o tejiendo algo, y el mayor de sus hijos, todavía levantado, leía un libro apoyado con los codos en la mesa. Emma iba y venía por la habitación, ocupada seguramente en barrer, porque sólo se hacía visible a intervalos. El silencio era tan absoluto que podían escucharse hasta los más lejanos pasos en la calle, y del lado opuesto del jardín llegaba con

claridad el rumor del río. La oscuridad era cada vez más espesa, y un airecillo frío jugueteaba entre las ramas de los árboles.

Junto a las ventanas iluminadas de la estancia había otra más estrecha y apagada. Tras un largo rato apareció en ella una figura incierta que se asomó hacia afuera y miró en la oscuridad. Hans reconoció a Emma en los movimientos, y la emoción casi detuvo los latidos de su pecho. Ella permaneció en la ventana, silenciosa y con la mirada clavada en la oscuridad, de tal modo que Hans no supo si le había visto y reconocido. No hizo un solo movimiento

y a su vez miró fijamente hacia ella, deseando que le reconociera, pero temiendo al mismo tiempo escuchar de nuevo su voz.

La incierta figura desapareció de la ventana y casi al mismo tiempo se abrió la puertecilla del jardín y Emma salió de la casa. Hans sintió el primer impulso de huir, pero una fuerza superior le retuvo junto a la cerca, viendo cómo la muchacha atravesaba lentamente el oscuro jardín y sintiendo cada vez más fuertes los latidos de su corazón.

Emma se detuvo delante de él, apenas separados los dos por medio paso de distancia y por la baja cerca

interpuesta entre sus cuerpos. Ella le miró con sorpresa y atención. Durante largo rato ninguno de los dos pronunció una sola palabra y luego la muchacha preguntó, con voz queda:

—¿Qué quieres?

—Nada —respondió él. Pero algo semejante a un escalofrío recorrió su piel al oír que ella le había tuteado.

La muchacha apoyó la mano en la cerca. El la cogió, temeroso y tierno, oprimiéndola ligeramente unos instantes. Al ver que ella no la retiraba, cogió valor y acarició la cálida mano con suavidad y cautela. Tampoco aquella vez la retiró ella. Hans la colocó sobre su

propia mejilla y cerró los ojos. Un raudal de penetrante gozo, de extraño calor y de cansancio intenso se desbordó sobre su ser; el aire le pareció ardiente y dejó de ver la calle y los jardines para contemplar sólo el claro rostro y la maraña de oscuros cabellos de Emma.

Y le pareció que la voz llegaba de una oscura lejanía cuando oyó preguntar, quedamente, a la muchacha:

—¿Quieres darme un beso?

El claro rostro se acercó aún más, el peso de un cuerpo curvo hacia afuera las maderas de la cerca, cabellos sueltos y olorosos acariciaron la frente de Hans, y

unos ojos cerrados, velados por blancos párpados y pestañas largas y oscuras, se juntaron a los suyos. Un temblor convulsivo hizo presa de su cuerpo al rozar apenas con sus labios reseco la boca de la muchacha. Quiso echarse luego hacia atrás, pero ella le cogió la cabeza con ambas manos, apretó su cara contra la de él y no le soltó. Le acometió entonces una súbita debilidad, y antes de que los otros labios se hubieran separado de los suyos se transformó su gozo tembloroso en cansancio de muerte, de tal modo que cuando Emma le soltó tuvo que agarrarse a la cerca para no caer.

—Vuelve mañana a esta misma hora —le dijo la muchacha, regresando apresuradamente a la casa. No había estado ni cinco minutos fuera, pero a Hans le parecía que había transcurrido un siglo. La vio desaparecer en el umbral de la puerta y volvió a apoyarse en la cerca, sintiéndose incapaz de dar un solo paso. La sangre le martilleaba en las sienes y el corazón le golpeaba el pecho con latidos desiguales, cada uno de los cuales le cortaba el aliento y le hacía cerrar los ojos con dolor.

Vio abrirse la puerta en el interior de la estancia y penetrar al zapatero, que había estado hasta esos momentos en el

taller. Le acometió entonces un gran temor de que se diera cuenta de su presencia e hizo un esfuerzo para alejarse de allí. Echó a andar lentamente, con movimientos maquinales e inseguros, como si estuviera ligeramente borracho, y con la sensación de que a cada paso iba a caerse de rodillas. Las calles oscuras tenían a sus ojos un aspecto fantasmal, y las fuentes de la Gerberstrasse rumoreaban fuertes y sonoras. Hans abrió, como en sueños, una puerta, atravesó un oscuro corredor, subió unos escalones, se sentó encima de una mesa y despertó un rato después con la sensación de hallarse en su casa y

en su habitación. Transcurrió otro momento hasta que se le ocurrió que tenía que desvestirse. Lo hizo con ademanes distraídos y permaneció desnudo ante la ventana, hasta que el frío de la noche otoñal le obligó a meterse en la cama.

Crejó que se dormía en seguida, pero apenas hubo entrado en calor volvieron de nuevo los latidos del corazón y los desiguales y fuertes hervores de la sangre. Tan pronto como cerraba los ojos le parecía sentir otra vez la boca de la muchacha sobre la suya, sorbiéndole vida y alma, envolviéndole en su penoso sortilegio.

Por fin concilió el sueño, pero en el mismo instante comenzaron a atormentarle las más absurdas pesadillas. Se vio a sí mismo envuelto en una profunda oscuridad. No se veía nada y él tenía que ir tentando hasta cogerse al brazo de Emma. La muchacha le abrazaba y ambos se hundían lentamente en una corriente honda y cálida. Súbitamente aparecía el zapatero ante sus ojos y le preguntaba por qué nunca le visitaba. Hans se echaba a reír y entonces se apercibía que no era Flaig, sino Hermann Heilner, que estaba sentado a su lado en una ventana del oratorio de Maulbronn, bromeando

sobre los profesores y los condiscípulos. Pero en aquel mismo instante desaparecía también y volvía a verse ante el lagar lleno de mosto. Emma quería apoyarse en la palanca y él luchaba con todas sus fuerzas para evitarlo. Ella le empujaba entonces hacia atrás y buscaba con ansia su boca, hasta que ambos volvían a caer en una oscuridad sin límites. Emma desaparecía y Hans volvía a sentir el mismo cansancio de antes, al mismo tiempo que escuchaba un discurso del éforo, que no sabía si le concernía a él.

Durmió hasta bien entrada la mañana. Cuando se despertó vio que el

día era soleado y espléndido. Paseó arriba y abajo por el jardín durante largo rato, empeñado en despertarse por completo y pensar con toda claridad, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles ante la niebla soñolienta que le envolvía. Contempló los asteros violetas, la última flor del jardín, hermosa y sonriente al sol como si fuera aquel el mes de agosto, contempló la luz verde filtrándose entre las ramas de los pinos, la hiedra trepadora y las hojas de los verdugillos brillantes como al principio de la primavera. Pero tan sólo contempló todo aquello sin profundizar en ello, sin que le importara demasiado.

Súbitamente le acometió el recuerdo claro y fuerte del tiempo en que sus conejillos correteaban aún entre la hierba del jardín. Sus pensamientos volvieron a los días de septiembre de tres años atrás. Era la víspera de la conmemoración de Sedan. August había ido a verle y le llevó una bandera. Y ambos habían subido al tejado, habían colocado el asta blanca y recta, y en ella izaron la bandera. Aparte de eso, nada más había sucedido, pero bastó para que los dos mantuvieran durante toda la jornada su ilusión de fiesta y su gran alegría. Las banderas ondeaban al viento. Anna hizo un pastel, y al

anocheecer encendieron en la cumbre vecina el fuego de Sedan.

Hans no sabía por qué en aquel instante le acometían los recuerdos de aquella noche, ni tampoco por qué eran tan claros, tan hermosos y le entristecían tanto. No sabía que eran su niñez y sus años de muchacho los que se alzaban nuevamente ante él, ocultos con el ropaje de aquellos recuerdos, para decirle adiós y dejarle el aguijón de una felicidad pasada que nunca más volvería. Tan sólo percibió que aquellos recuerdos no estaban de acuerdo con el pensamiento en Emma y de la noche anterior y de que en su interior se había

despertado algo que no era compatible con aquella lejana felicidad. Creyó ver de nuevo los pliegues brillantes de la bandera, escuchar otra vez las risas de su amigo August y oler el aroma del pastel recién hecho, y todo aquello era tan risueño y alegre y al mismo tiempo le parecía ya tan lejano que se apoyó en el tronco del abeto más alto y rompió en un sollozo desesperanzado que por el momento le dio consuelo y le concedió salvación.

A mediodía fue a casa de August, que era ya primer aprendiz y había crecido mucho. Le contó sus dudas y le pidió consejo. ¿Podía llegar a ser un

buen mecánico? ¿No acabaría con sus fuerzas la dura vida del taller?

August meneó la cabeza antes de responder.

—Esa es la cuestión —dijo, componiendo un gesto experimentado—. Esa es la cuestión. Eres débil y tengo mis dudas de que puedas resistir. El primer año lo pasas en la forja, y semejante martilleo no es grano de anís. Y, además, tienes que acarrear los hierros y a veces te pasas varios días limando. Y eso también necesita su fuerza, especialmente en los primeros tiempos, cuando no te dan más que limas viejas que no liman nada y son más lisas

que la palma de la mano.

Hans se alarmó ante aquellas perspectivas.

—¿Mas vale, entonces, que lo deje?  
—preguntó, tímidamente.

—¡No he dicho tal cosa! —Protestó August—. No seas borrego y no tengas miedo. Los primeros años son difíciles, pero luego eres ya mecánico, y eso es algo extraordinario. Necesita también su inteligencia, porque si no te conviertes en un vulgar herrero sin importancia. ¡Mira esto! —sacó de un cajón un par de pequeñas piezas de acero pulido, y se las mostró a Hans—. No hay que equivocarse en un solo milímetro si se

quiere que la pieza encaje como es debido.

Todo esta hecho a mano, hasta las roscas. ¡Eso son' ojos! Sólo falta acabar de pulirlas para que estén terminadas.

—Sí; esto es bonito. Si yo supiera...  
Augusto se echó a reír.

—¿Tienes miedo? Un aprendiz ha de ser audaz, porque si no mal le vale lo que aprende. Pero para algo estoy yo aquí. Te ayudaré en todo lo que pueda, y si comienzas el viernes próximo, entonces justamente habré acabado mi segundo año de aprendizaje, y el sábado recibiré mi primer jornal. No dudes que lo celebraremos: cerveza, pasteles, todo

lo que queremos. Tú serás nuestro invitado, y de ese modo verás cómo lo pasamos ¡Ya verás! No hay que olvidar lo buenos amigos que fuimos antes...

Hans aprovechó la hora de la comida para informar a su padre que había elegido el oficio de mecánico. Le preguntó si podría comenzar dentro de ocho días.

—Muy bien —respondió el padre. Y aquella misma tarde fue con Hans al taller de la escuela y le inscribió en la lista de los nuevos aprendices.

Pero en cuanto comenzó a anochecer. Hans había olvidado ya todo aquello. Pensaba solamente en que Emma le

aguardaba aquella noche, y el solo pensamiento le cortaba el aliento. Las horas le parecían tan pronto largas como cortas, y veía acercarse el momento del encuentro como el barquero un remolino en las aguas. No habló una sola palabra durante la cena, y su excitación apenas le permitió beber una taza de leche. Por fin se levantó de la mesa y salió.

Todo estaba como el día anterior. Las calles, oscuras y dormidas; las ventanas, rojizas; el silencio y las parejas que paseaban lentamente.

En la cerca del jardín del zapatero le acometió una gran angustia. Le hacía temblar el más leve rumor, y sus

ademanes sigilosos y su escucha en la oscuridad fueron semejantes a los de un ladrón. No había aguardado un solo minuto cuando ante él apareció Emma. Le pasó ambas manos por el pelo como todo saludo y luego abrió la puertecilla del jardín. Él entró cautelosamente y la muchacha le condujo hasta la parte trasera de la casa, donde era mayor la oscuridad y menor la probabilidad de que los sorprendieran.

Allí se sentaron, uno al lado del otro, sobre la lumbrera del sótano, y tardaron unos instantes en poderse ver en aquella oscuridad. La muchacha parecía alegre y no dejaba de charlar en

voz baja. Había ya gustado anteriormente algunos besos y estaba al corriente de las cosas del amor. Le gustaba aquel muchacho lleno de ternura y timidez, y no se esforzaba en disimularlo. Cogió su rostro delgado con ambas manos y le besó la frente, los ojos y las mejillas. Cuando le llegó el turno a la boca y volvió a besarla con la misma ansia glotona del día anterior, el muchacho sintió un vértigo y tuvo que apoyarse en su hombro para no caer. Ella rió quedamente y le tiró con suavidad de la oreja.

Siguió charlando sin descanso y él siguió escuchando sin saber siquiera lo

que decía. La muchacha le acarició el brazo, el pelo, el cuello y las manos, apoyó su mejilla en la de Hans y su cabeza en el hombro de él. Y Hans siguió callado, dejando que ella hiciera lo que quisiera sintiéndose preso de una angustia honda y feliz y a trechos corta y leve como un temblor febril.

—¿Qué clase de novio eres tú? — preguntó ella, de pronto. ¿No te fías de mí?

—¡No! ¡No! —exclamó, defensivo, cuando ella quiso besarle nuevamente.

—¿Me quieres tú también? — preguntó la muchacha.

Hans quiso decir que sí, pero sólo

acertó a asentir con la cabeza y estuvo haciéndolo un buen rato.

Quiso irse, pero al ponerse en pie se tambaleó y estuvo a punto de caerse por la lumbrera del sótano.

—¿Qué tienes? —le preguntó Emma, sorprendida.

—No lo sé. Estoy muy cansado.

No se dio cuenta siquiera de que ella le abrazaba con fuerza y que le estrechaba contra su cuerpo, no oyó sus saludos, ni el crujido de la puertecilla al cerrarse. Echó a andar por las calles y de pronto se encontró ante la puerta de su casa, como si una tempestad le hubiera arrastrado hasta allí o como si

una corriente impetuosa le hubiera llevado, tambaleante y sin fuerzas. Tenía las manos frías, el pecho y la garganta palpitantes, y oleadas de sangre le cegaban los ojos, volviendo al corazón después de dejarle sumida la cabeza en un vértigo.

Halló a tientas su cuarto, se metió en la cama y se durmió en seguida, cayendo en sueños de abismo en abismo y de pesadilla en pesadilla. Alrededor de la media noche se despertó apenado y exhausto, permaneciendo en una angustiosa duermevela hasta la madrugada, lleno de un ansia acuciante, transido de una dulzura intensa y

vapuleado por fuerzas e impulsos superiores a su voluntad. Con las primeras horas del alba, todo su ahogo y su sufrimiento rompieron en un largo llanto, y luego volvió a dormirse sobre la almohada húmeda de lágrimas.

# CAPÍTULO VII

EL VIEJO GIEBENRATH accionaba con dignidad la palanca de la prensa, y Hans le ayudaba en la tarea. Dos de los hijos del zapatero habían aceptado la invitación y daban vueltas en torno al lagar con un pequeño vaso en una mano y un enorme pedazo de pan moreno en la otra. Defraudando la esperanza de Hans, Emma no les había acompañado.

Sólo cuando su padre se marchó una media hora con el tonelero, Hans se atrevió a preguntar por ella.

—¿Dónde está Emma? ¿No ha podido venir?

Transcurrieron unos instantes antes de que los pequeños tuvieran la boca vacía y pudieran hablar.

—Está fuera —dijeron, haciendo un gesto de asentimiento.

—¿Fuera? ¿Dónde?

—En su casa.

—¿Se ha marchado? ¿En el tren?

Los niños asintieron diligentes.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

Les pequeños volvieron a dedicar toda su atención a las manzanas. Hans accionó con fuerza la palanca de la prensa, clavó los ojos en la tina de mosto dorado y comenzó a comprender,

poco a poco, lo ocurrido.

El padre volvió a los pocos instantes. Se trabajó y se rió mucho rato aún. Luego los niños dieron las gracias por la invitación y regresaron a su casa. En cuanto comenzó a anochecer, Hans y su padre hicieron lo mismo.

Después de la cena permaneció Hans largo rato sentado en la cama. Dieron las diez y las once sin que encendiera la luz. Luego se durmió larga y profundamente.

Cuando se despertó, más tarde, tuvo inmediatamente la incierta sensación de que le había ocurrido una desgracia y una pérdida. Súbitamente volvió a

recordar lo ocurrido con Emma. Se había marchado sin una despedida; sin ningún género de duda ella ya sabía que tenía que partir cuando estuvieron juntos la noche anterior. Recordó sus risas, sus besos, sus propias ansias de entrega. No; no le había tomado en serio.

El dolor irritado de aquel pensamiento hizo que la inquietud de sus impulsos amorosos se transformara en un turbio sufrimiento que le empujó de la casa al jardín, a la calle y al bosque. Allí permaneció largo rato, tendido debajo de los árboles, con los pensamientos excitados y la sangre en un continuo hervor. Luego regresó

nuevamente a su casa y volvió a echarse en la cama, sin ganas de levantarse ni de hablar con nadie y temiendo a cada instante qué su padre le preguntara lo que ocurría.

Así llegó a comprender, acaso demasiado pronto, buena parte de los misterios del amor, que le parecieron poco dulces y muy amargos. Días llenos de inútiles quejas, de recuerdos ardientes e inconsolables sutilezas; noches en las cuales los latidos del corazón y la penosa aflicción no le dejaban dormir, o en las que eran frecuentes las pesadillas y los sueños angustiosos. Sueños y pesadillas en los

que el hervor de su sangre creaba un mundo de imágenes fabulosas y excitantes que sólo acertaban a desvanecerse con las primeras claridades del alba. Y al despertarse se sentía completamente solo, preso de la febricitante soledad de la noche otoñal, y entonces le acometía la nostalgia de Emma y apretaba, gimiendo y llorando, la almohada húmeda de lágrimas.

Fue acercándose el viernes señalado para su ingreso en el taller-escuela de mecánica. Su padre le compró una blusa azul y una gorra del mismo color. Hans se probó ambas prendas, sintiéndose muy cambiado y ridículo con aquel

uniforme de cerrajero. Cuando atravesara la ciudad vestido de aquel modo y pasara por delante de la casa del rector, de sus antiguos maestros, del taller de Flaig o de la vivienda del párroco, no podría evitar una clara sensación de vergüenza. ¡Tantos tormentos, tanta aplicación y tanto esfuerzo, tantas pequeñas satisfacciones perdidas, tanto orgullo, ambición y tantos esperanzados ensueños, sólo para que llegara un buen día en que, más tarde que el resto de sus compañeros y entre las risas de todos ellos, tuviera que ingresar como aprendiz en un taller de la ciudad!

¿Qué diría Heilner de aquello si llegara a saberlo?

Poco a poco se fue reconciliando con la blusa azul y llegó hasta a alegrarse un poco pensando en lo próximo que estaba el día de su ingreso en el taller. ¡Al menos se le volvía a presentar una oportunidad para que su existencia de nuevo tuviera algún contenido!

A pesar de todo, no eran aquellos pensamientos mucho más que brillantes relámpagos entre nubes oscuras. No conseguía olvidar la marcha de la muchacha y mucho menos olvidaba su sangre hirviente, las excitaciones de

aquellos días pasados. Hans percibía que algo en su interior exigía una pronta satisfacción a sus recién despertadas sensaciones o un guía que le condujera a través de todos aquellos enigmas cuya solución a él solo le era demasiado dificultosa. Y así fueron transcurriendo, lentos y tormentosos los días, hasta llegar al que iba a constituir una fecha señalada en su vida.

Paulatinamente, el gozo minúsculo por su ingreso en el taller mecánico se fue transformando en inquietud, y la inquietud en verdadera agitación. Agitación que hizo presa en él cuando vistió su blusa, se encasquetó su gorra

de lino azul y salió por primera vez a la calle con aquel atavío. Era muy temprano y echó a andar tímidamente hacia el taller por la Gerberstrasse. Un par de conocidos le miraron con curiosidad, y uno de ellos no pudo contener la pregunta:

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Quieres ser cerrajero?

En el taller ya se trabajaba alegremente. El maestro mecánico estaba ocupado precisamente en la fragua. Colocó una barra de hierro al rojo vivo sobre el yunque y un oficial le llevó el pesado martillo, que el maestro levantó en el aire y dejó caer con fuerza

varias veces sobre la masa de hierro, hasta darle un esbozo de forma. Luego la cogió con las tenazas, cambió el martillo por otro menos pesado y siguió golpeando incansablemente. Los golpes resonaron claros y rítmicos en el aire fresco de la mañana que entraba a través de la puerta entreabierta.

En el largo banco del taller, renegrado por la grasa y las limaduras, estaba el oficial más antiguo, y a su lado August, cada cual atento a su correspondiente torno. En el techo zumbaban raudas correas que accionaban los tornos, las pulidoras, los fuelles y las taladradoras, pues se

trabajaba con fuerza hidráulica. August saludó a su antiguo camarada y le dijo que aguardara en la puerta hasta que el maestro tuviera tiempo de ocuparse de él.

Hans echó una ojeada a la fragua, a los tornos inmóviles, las correas zumbantes y los bancos donde trabajaban los aprendices, y su anterior agitación aumentó aún más. Cuando el maestro hubo acabado con la fragua, se acercó a él y le tendió una mano grande y ruda.

—Colgarás aquí tu gorra —dijo señalando un clavo vacío que había en la pared—. Aquí está tu sitio y éste será

tu torno.

Diciendo esto, le condujo hasta el torno más alejado de la puerta, y delante de todos le enseñó cómo había de hacerlo funcionar y cómo debía de tener ordenadas las herramientas sobre el banco.

—Ya me ha dicho tu padre que no eres ningún Hércules y la verdad es que se echa de ver en cuanto se te mira. Al comienzo te mantendremos apartado de la forja, hasta que estés un poco más fuerte.

Rebuscó por encima del banco y encontró, por fin, una ruedecilla dentada de hierro fundido.

—Puedes empezar con esto. La rueda aún conserva las imperfecciones de la fundición y está llena de pequeñas abolladuras y crestas que hay que raspar para que, después al terminarla, las herramientas finas no se estropeen.

Afianzó la rueda en el torno, cogió una lima vieja y mostró a Hans cómo tenía que hacerlo.

—¿Te has fijado? Sigue tú mismo. ¡Pero no me cojas otra lima nueva! A mediodía enséñame lo que has hecho y no te preocupes de otra cosa más que de tu trabajo. Los aprendices no necesitan tener pensamientos propios.

Hans comenzó a limar.

—¡Alto! —gritó el maestro—. Así no. Hay que colocar la mano izquierda sobre la lima. ¿O es que eres zurdo? — No.

—Bien. Ya veremos qué tal lo haces.

Se fue a su torno, el primero al lado de la puerta, y Hans, tímidamente, le siguió con la mirada.

En los primeros instantes se sorprendió de que la rueda fuera tan blanda y la tarea tan fácil. Pero no tardó en darse cuenta de que sólo la parte superior era de hierro dulce y que debajo estaba el hierro granulado que tenía que pulir. Hizo acopio de todas sus fuerzas y se puso a trabajar muy aprisa.

Desde sus primeros juegos infantiles no había sentido nunca el regocijo de ver surgir bajo sus manos algo visible y útil.

—¡Más despacio! —le gritó el maestro desde su torno. Hay que tener mucho tacto mientras se lima... uno, dos... uno, dos... Y no te olvides de apretar la lima si no quieres que se rompa.

El mayor de los oficiales tuvo que hacer algo en el torno, y Hans no pudo contenerse de mirar de reojo hacia allí. Le vio colocar un cilindro de acero en la rueda, conectar las correas y el cilindro comenzó a dar vueltas, mientras el oficial fue sacando de él virutas

brillantes del grueso de un cabello.

Por doquier había diferentes herramientas, pedazos de hierro, de acero y latón, trabajo a medio hacer, ruedecillas pulidas, taladros y escoplos, leznas y muelas de todas formas y tamaños. Al lado de la fragua colgaban martillos y tenazas, soldadores y fuelles, a los que hacían compañía largas hileras de limas y fresadoras. Junto a los tornos había estanterías repletas de lámparas de petróleo, pequeñas escobillas, bidones de aceite, botellas de ácido y otros muchos utensilios desconocidos para Hans. A cada instante se utilizaba la piedra de amolar.

A la hora escasa de trabajar, Hans se dio cuenta con alegría de que sus manos estaban completamente negras, y deseó ardientemente que le llegara el turno a la blusa, que al lado de las usadas y renegridas de los demás, tenía un aspecto ridículamente nuevo.

Conforme fue avanzando la mañana, la animación de afuera fue penetrando también en el taller. Llegaron obreros de las cercanas fábricas de géneros de punto para que les repararan o les cambiaran pequeñas piezas de sus máquinas, cocheros que acudían a que les arreglaran un engranaje de sus ruedas o habituales clientes del taller

que iban a buscar sus encargos. Llegó un campesino preguntando por su manga que estaba allí para remendar, y cuando supo que no se hallaba todavía lista, renegó ásperamente y se marchó tragándose las maldiciones. Tras él apareció el elegante dueño de una de las fábricas próximas, a quien el maestro hizo pasar a uno de los pequeños cuartos contiguos y prodigó grandes reverencias.

Entretanto, seguían trabajando hombres y máquinas con su ritmo invariable, y en ellos escuchaba y aprendía Hans, por vez primera en su vida, el himno al trabajo que posee, al

menos para los principiantes, algo emocionante y embriagador que le hace ver su pequeña persona y su minúscula vida encadenada a un gran ritmo y unida a un gran acorde.

A las nueve hubo un descanso de un cuarto de hora, en el que cada cual percibió un pedazo de pan y un vaso de mosto. Sólo entonces cambió August las primeras palabras con el nuevo aprendiz. Trató de darle ánimos y se entusiasmó habiéndole del próximo domingo, en el que, con los demás compañeros festejaría el gran acontecimiento de su primer salario. Hans le preguntó qué clase de rueda era

aquella que tenía que limar, y se enteró de que pertenecía a una cerradura. August quiso enseñarle cuáles eran los otros trabajos que estaban encomendados a un aprendiz, pero el primer oficial comenzó a limar en aquel instante y todos volvieron rápidamente a sus puestos.

Entre las diez y las once, comenzó Hans a sentirse cansado. El leve dolor en la rodilla y el brazo derecho pronto se convirtió en una molestia casi insoportable. Se fue cambiando de un pie y de otro, estiró furtivamente sus miembros, pero eso no le ayudó gran cosa. Entonces dejó la lima unos

instantes y apoyó la cabeza en el torno. Nadie pareció apercibirse de su descanso. Súbitamente, cuando se hallaba en aquella posición escuchando el zumbido de las correas sobre su cabeza, le acometió un ligero desmayo y permaneció un largo minuto con los ojos cerrados. Volvió en sí al oír hablar al maestro detrás de él.

—¿Ya estás cansado? —Sí; un poco.

Los oficiales se echaron a reír.

—Eso suele ocurrir con frecuencia —dijo el maestro serenamente—. Ahora aprenderás cómo se hacen las soldaduras. ¡Ven!

Hans presenció con curiosidad cómo

se soldaba. Unos aprendices calentaron primeramente los soldadores, después el oficial frotó con clorato de zinc el lugar a soldar y, por último, el maestro fue dejando caer las gotas hirvientes del blanco metal.

—Coge un trapo y frota bien el objeto. El clorato de zinc es cáustico y no hay que dejarlo nunca sobre el metal.

Después volvió Hans a su torno y siguió limando la ruedecilla. A pesar del corto descanso, le seguía doliendo el brazo y la mano izquierda, que tenía que apoyar sobre la lima, estaba enrojecida y comenzaba también a dolerle.

Al mediodía, cuando el oficial

mayor dejó de limar y fue a lavarse las manos, el nuevo aprendiz llevó su trabajo al maestro. Este lo contempló fugazmente.

—Está bien. Puedes dejarlo así. En el cajón de tu banco hay otra rueda igual. Esta tarde harás con ella lo que acabas de hacer con ésta.

Hans se lavó también las manos y salió del taller. Tenía una hora para comer.

A la salida encontró a los dos hijos de unos renombrados comerciantes de la villa, que habían sido antiguos discípulos suyos. Durante largo rato le siguieron a todo lo largo de la

Gerbergasse, sin recatarse en sus burlas y sus risas.

—¡Seminarista cerrajero! —gritó el mayor.

Hans apretó el paso. Estaba desconcertado y ni siquiera sabía si tenía que estar satisfecho o no. Su primer día de taller no le había disgustado, pero sentía un cansancio absoluto, una gran fatiga en todos sus miembros.

Y ya en el umbral de su casa, cuando se regocijaba de antemano en la comida y en el rato que estaría sentado, le asaltó el recuerdo de Emma. Súbitamente volvió a sentir con toda su intensidad el

dolor y la inquietud de los días anteriores. Subió despacio las escaleras, entró en su cuarto y se echó en la cama, impulsado por su profundo sufrimiento. Quiso llorar, pero sus ojos permanecieron secos. Se vio a sí mismo desesperanzado y lleno de angustia, entregado de nuevo a aquella sensación que le consumía, cuya finalidad permanecía aún oscura para él y que soportaba como el paciente soporta una grave enfermedad. La cabeza le dolía y parecía que iba a estallarle, y tenía la garganta ardiente por tanto sollozo contenido.

La comida fue un largo tormento

para Hans. Tuvo que seguir la conversación de su padre y que explicarle hasta las menores particularidades de su primer día de taller, aguantando también sus pequeñas bromas y sus chistes inofensivos, pues el padre estaba de buen humor. Apenas hubo tragado el último bocado, corrió al jardín y se tendió al sol. Casi un cuarto de hora permaneció sumido en una vaga somnolencia que ejerció un efecto sedante sobre sus excitados nervios. Cuando se despertó, era ya tiempo de regresar al taller.

Ya por la mañana le habían salido las primeras ampollas en las manos.

Sólo a primeras horas de la tarde comenzaron a dolerle intensamente, y al anochecer estaban tan hinchadas que no podía coger nada sin sentir un gran dolor. Y antes de salir tuvo que barrer todo el taller con la única ayuda de August.

El sábado fue peor. Las manos le ardían y las ampollas se habían transformado en verdaderas llagas. El maestro estaba de mal humor y maldecía al más pequeño descuido. Sólo August trató de consolarle, asegurándole que las ampollas duraban tan sólo dos días y después se endurecían las manos hasta el punto de no notar molestia alguna.

Pero Hans no atendió los consuelos de su amigo, se sintió más desgraciado que nunca y se pasó todo el día echando frecuentes miradas al reloj y limando con desesperación la odiosa ruedecilla.

Al anochecer, durante el barrido, August le comunicó con gran sigilo que al día siguiente estaba citado con otros dos compañeros para ir a Bielach. Lo pasarían alegremente, y Hans no tenía que faltar bajo ninguna excusa. Le esperarían a las dos. Aceptó, a pesar que su cansancio era tan grande, que de buena gana se hubiera quedado en casa. En cuanto regresó, la vieja Anna le dio una pomada para las ampollas y le

sirvió la cena. Hans se metió en la cama a las ocho y durmió hasta la mañana siguiente. Tuvo que apresurarse para poder acompañar a su padre a la iglesia.

Aprovechó la comida para hablar de August y decir que pensaba salir aquella tarde con él. Su padre no se opuso y hasta le regaló cincuenta pfennigs, exigiendo únicamente que volviera a casa para la hora de la cena.

Hans deambuló feliz por las soleadas calles, sintiendo por vez primera desde hacía muchos meses, el goce verdadero del domingo. La calle tenía un aire de fiesta, el sol brillaba con fuerza y todo parecía envuelto en un

halo de extraordinario regocijo. Comprendió entonces al carnicero y al curtidor, al panadero y al herrero, que estaban sentados en los soleados bancos delante de sus casas con su aire tan regiamente risueño. Contempló a los obreros, los oficiales y los aprendices, paseando en grupos o dirigiéndose solitarios a la taberna, con el sombrero un poco torcido, con camisas blancas y bien cepilladas ropas domingueras. Muchas veces, aunque no todas, se agrupaban los artesanos por sus propios oficios; carpinteros con carpinteros, albañiles con albañiles, unidos por el honor de su oficio. Entre ellos eran los

cerrajeros el gremio más distinguido, superado sólo por los mecánicos. Todo aquello tenía cierta nostalgia, y aun cuando algunas cosas parecieran un poco ingenuas o ridículas, estaban ocultos detrás de ellas el orgullo y la belleza del artesanado, que aún hoy sigue teniendo algo bueno y gozoso que presta al más mísero aprendiz de sastre un resplandor del que carece el obrero de la fábrica y el comerciante.

En el porte de los jóvenes mecánicos que estaban ante la cerrada puerta del taller, silenciosos y llenos de orgullo, saludando con una inclinación de cabeza a los conocidos y charlando

entre ellos sin alboroto ni estrépito, se echaba de ver que componían una positiva comunidad que no necesitaba de nadie, y menos para la diversión del domingo.

Hans se apercibió también de esto y sintió la alegría de ser uno de ellos. Pero a pesar de todo, no pudo evitar un pequeño temor ante la proyectada diversión dominguera, pues sabía que los mecánicos acostumbraban a gozar con largueza y prodigalidad de los placeres de la vida. Quizá quisieran incluso bailar. Hans no sabía, tampoco estaba acostumbrado a beber mucha cerveza, y en lo que se refiere a fumar

no tenía la seguridad de poder terminarse un cigarro sin sentir angustia y vergüenza.

August le acogió con verdadera afectuosidad. En cuatro palabras le puso al corriente de que el oficial más antiguo no había querido acompañarles, y en su lugar había acudido un oficial de otro taller. Así eran al menos cuatro personas y con ellos había suficiente para rodear a un pueblo. Cada cual podía beber toda la cerveza que quisiera, porque él pagaba por todos. Ofreció a Hans un cigarro y luego echaron a andar los cuatro. Vagaron a través de la ciudad, y sólo al llegar a la Lindenplatz

apresuraron el paso para llegar a Bielach a tiempo.

El espejo del río centelleaba azul, dorado y blanco. A través de los arces casi deshojados y las acacias que crecían a ambos lados de la carretera se filtraban los rayos del tibio sol otoñal, y el alto cielo lucía un color azul claro que no empañaba una sola nube. Era uno de esos silenciosos, limpios y gozosos días de otoño en los que la brisa parece estar llena del recuerdo alegre y limpio de nostalgias del fenecido verano, en los que los niños olvidan la estación y se penen a buscar florecillas y los viejecillos y viejecillas contemplan el

aire desde el banco de la puerta o desde la ventana, porque para ellos el azul no sólo está lleno de recuerdos de la estación pasada, sino también de imágenes de una vida entera.

Los mozuelos prosiguieron su rápida marcha. Hans fumaba su cigarro con una apariencia negligente, sin parar de maravillarse de que le supiera tan bien. El oficial explicaba sucesos ocurridos durante su peregrinaje de ciudad en ciudad, y nadie se escandalizaba de que sus exageraciones fueran subiendo de tono. Eran cosas del oficio. Hasta el más modesto oficial artesano se complace, cuando tiene el pan asegurado y no le

falta trabajo, en recordar sus tiempos de peregrinaje. La maravillosa poesía del caminante es bien común del pueblo, que no hace más que repetir, adornándolas con nuevos arabescos, las viejas y tradicionales aventuras que se transmiten de padres a hijos y de amigos a amigos en una interminable cadena.

—La mejor época de mi vida la pasé en Frankfurt. Nunca podréis imaginaros las oportunidades que allí se me ofrecieron y las que desprecié para no comprometer mi porvenir de caminante. A nadie le he platicado todavía que un rico comerciante quiso casarse con la hija de mi maestro, y ella le rechazó

porque me prefería a mí. Fue mi novia durante cuatro largos meses, y a no ser porque tuve algunas diferencias con el viejo, hoy me vería aún allí, convertido en su señor yerno.

Y siguió hablando y hablando, sin tomarse siquiera un momento de descanso. Y así se enteraron los muchachos de que un día el maestro quiso ponerle las peras a cuarto, pero apenas hubo levantado la mano, cuando él empuñó un pesado martillo de forja y le miró de tal modo, que el viejo tuvo que tragarse su ira y marcharse refunfuñando maldiciones. Y se enteraron también de una gran pelea que

tuvo lugar en Offenburg, donde tres cerrajeros, con él a la cabeza, dejaron medio muertos a siete obreros de fábrica. Si alguno de ellos iba por casualidad a Offenburg, no tenía más que preguntar por Schorsch, el más alto de todos los mecánicos, que seguía allí y que había tomado también parte destacada en la pelea.

Todo esto era explicado en un tono fresco y brutal, pero lleno de ardor y de complacencia, y cada cual lo escuchaba con regocijo íntimo, sin creerse una sola palabra, pero decidido a repetirlo a la primera ocasión, poniéndose él como protagonista. Cada cerrajero ha tenido

alguna vez como novia a la hija del maestro, ha amenazado con el martillo a un patrón brutal y ha vencido también a siete obreros de fábrica en una pelea cualquiera. Unas veces ha ocurrido en Baden, en Hessen o en Suiza, otras ha sido una lima o un hierro al rojo vivo lo que ha atemorizado al patrón, y otras, los obreros no han pasado de ser sastres o panaderos. Pero las viejas historias siempre son iguales en el fondo y siempre se las escucha a gusto, precisamente porque son viejas y glorifican al mismo tiempo el honor del gremio.

Uno de los que más parecía

divertirse con las habladurías del oficial, era August. Reía continuamente y asentía a cada palabra, sintiéndose ya medio oficial, mientras lanzaba, con despectiva fruición, bocanadas de humo al aire dorado de la tarde. Y el narrador seguía jugando su papel, pues consideraba que su presencia entre los muchachos era un exceso de benevolencia y generosidad, ya que el puesto de un oficial no estaba, en domingo, con los aprendices, y sentía un poco la vergüenza de estar ayudando a aquellos jovencitos a gastarse su primer dinero.

Siguieron largo trecho la carretera

río arriba, hasta llegar a un recodo donde se les planteó la elección entre el camino real que ascendía lentamente y en grandes vueltas y un estrecho sendero que cortaba más de la mitad del camino. Optaron por el camino, a pesar de ser más largo y más polvoriento, Y es que los atajos son sólo para los días de labor y para los paseantes; el pueblo prefiere, especialmente en domingo, la carretera, cuya poesía todavía no se ha perdido para él. El trepar penosamente por un empinado sendero se queda para los labradores o para los que en la ciudad admiran a la Naturaleza. Es un trabajo o un deporte, pero nunca una

diversión para el pueblo. La carretera es, en cambio, donde se resguardan las botas y los trajes domingueros, donde se contemplan carros y caballos, se tropieza o se busca a otros caminantes con quienes cambiar unas palabras o unas bromas, o se persiguen las alegres bandadas de muchachas. Cuanto menos capaz es un caminante de cambiar la alegre, cómoda y fecunda carretera por el sendero del atajo, tanto más lo es el pequeño burgués citadino.

Se siguió, por tanto, el camino real que abarcaba el paisaje con sus anchas vueltas, grandes y lentas, como las de alguien que no conoce la prisa y no gusta

de empaparse inútilmente en sudor. El oficial se quitó la chaqueta, la colgó del bastón y luego lo apoyó en el hombro. En vez de proseguir sus historias, se puso a silbar y los demás le corearon hasta que, una hora más tarde, divisaron Bielach. En el último trecho lanzaron a Hans algunas pullas que no hicieron gran mella en él y que fueron pronto paradas por August como si se trataran de sí mismo. Y por fin llegaron a las puertas de Bielach.

Con sus tejados rojos de ladrillo y sus grises cobertizos de heno, el pueblo parecía acostado entre los otoñales árboles frutales, sobre los que, en la

lejanía, se elevaban los oscuros montes boscosos.

La muchacha no quiso ponerse de acuerdo sobre la taberna donde dirigir sus pasos. «El Ancora» tenía la mejor cerveza, «El Cisne» los mejores pasteles y en «El Rincón Apartado» la más hermosa de las hijas del tabernero servía las mesas. Por fin se impuso el criterio de August, y decidieron ir primeramente a «El Ancora», sin desdeñar «El Rincón Apartado» para beber otro par de medias pintas ni descartar la posibilidad de ir luego a otros sitios. Atravesaron con paso rápido las calles del pueblo, alegradas

por las matas de geranios que crecían en las ventanas bajas de las casas campesinas, y llegaron a «El Ancora», cuya fachada brillaba al sol poniente, flanqueada por dos castaños jóvenes que le daban una sombra indecisa.

A juicio de sus habituales, «El Ancora» era un magnífico local. No pertenecía al número de las tabernas pueblerinas, sino que más bien podía añadirse entre los modernos cubos de ladrillos con muchas ventanas que la moda utilitaria ha esparcido por el país. Tenía sillas en vez de bancos y poseía una buena cantidad de anuncios en latón pintados con chillones colorines, una

camarera vestida al modo citadino y un tabernero al que no se veía nunca en mangas de camisa y cuya chaqueta de color castaño era la admiración de los jóvenes de los alrededores. En el jardín crecía una acacia, y estaba rodeada de una alambrada, rota en gran parte por efectos de violentas borracheras.

—¡Buen provecho! —gritó el oficial, chocando su vaso con el de los tres restantes. Y para demostrar su hombría, se lo bebió luego de un solo trago.

—¡Traiga otro, bella dama, que éste estaba vacío! —gritó a la camarera, echándole el vaso al vuelo.

La cerveza era excelente, fresca y no demasiado amarga, y Hans se bebió su vaso con gusto. August lo hizo con el gesto de un gran conocedor, chascando la lengua y fumando al mismo tiempo como una chimenea, lo que causaba la silenciosa admiración de Hans.

No era tan malo tener su domingo de fiesta y pasarlo sentado en la taberna como uno que se lo ha ganado con su esfuerzo y en compañía de gentes que conocían a fondo las alegrías de la vida. Era hermoso reírse con ellos y hasta arriesgar de cuando en cuando un chiste y una broma propia, era bello y viril golpear la mesa con el vaso después de

haber bebido y pedir otro a la camarera. Era hermoso brindar con un conocido cualquiera que estaba en otra mesa, sostener el apagado cigarrillo en la mano izquierda y, como los demás, ladearse el sombrero sobre la nuca.

El oficial comenzó a inflamarse y otra vez volvió a sus labios el chorro de palabras. Conocía a un cerrajero de Ulm que podía beberse veinte vasos de cerveza y cuando terminaba con ellos se limpiaba la boca con la manga y pedía una buena botella de vino. Y en Cannstatt había conocido a un glotón que se comió doce morcillas, una detrás de otra, para ganar una apuesta, pero que

luego perdió la segunda de aquellas apuestas al comprometerse a comer todos los platos que hubiera en la carta de una pequeña fonda. Acabó con todos, pero a] final se encontró con varias clases de queso, y cuando daba fin a la tercera, apartó el plato, exclamando: ¡Antes morir que comer un solo bocado más!

También aquellas historias hallaron el aplauso general, y no tardó en demostrarse que en el mundo existía una perseverante clase de glotones y bebedores, pues cada cual sabía ejemplos de semejantes héroes y de sus grandes hazañas. Uno hablaba de «un

hombre de Stuttgart»; otro, de «un tragón, creo que en Ludwigsburg»; para aquél, habían sido diecisiete platos de patatas, y para el de más allá, diez tortillas con tocino. Se contaban los sucesos con neutral seriedad y se acogían con un fondo de credulidad a la que no era extraño el simple placer de prolongar la charla. Y es que ese es un placer puramente humano, al que se entregaba la muchachada con la misma pasión que ponía en la bebida, el cigarro o la novia.

Al tercer vaso, Hans preguntó si no había pasteles. Se llamó a la camarera y ella hizo un breve gesto negativo. No, no

había pasteles. August fue el primero en levantarse y decir que si no había pasteles no tenían por qué estar allí un minuto más. El oficial se puso a maldecir sobre la miserable taberna, y sólo uno de los aprendices mostró partido por quedarse, pues había cambiado ya algunas miradas con la camarera, acariciándola, de pasada, más de una vez. Hans se dio cuenta y ello, unido a la cerveza, aumentó enormemente su excitación. Se alegró de marcharse en aquel mismo instante.

En cuanto hubieron pagado, salieron a la calle y Hans comenzó a notar un poco los efectos de sus tres medias

pintas. Era una agradable sensación, la mitad cansancio, la mitad energía, y también algo parecido a un leve velo tendido sobre sus ojos, a través del cual se veía todo alejado y casi irreal, exactamente igual que en sueños. Pero no por ello abandonó sus risas, y ladeando el sombrero un poco más, se mostró a la altura de sus compañeros. El oficial se puso a silbar de nuevo, y Hans intentó poner sus pasos al unísono del alegre aire de marcha.

«El Rincón Apartado» estaba sumido en un quieto reposo. Un par de campesinos bebían vino nuevo en una mesa apartada, y la sombra de los

castaños era espesa y honda. No había cerveza de barril, y cada cual pidió una botella de las grandes. El oficial quiso mostrarse generoso y ordenó un gran pastel de manzanas para todos. Hans comió su parte con verdadero apetito sentado cómodamente en el banco que corría a todo lo largo de la sala. El aparador pasado de moda y la gran estufa se perdían en la penumbra; en una gran jaula con soportes de madera aleteaban dos abejarucos y la sombra de los castaños se proyectaba sobre la sucia fachada del mesón.

El dueño de la taberna se acercó unos instantes a la mesa para dar la

bienvenida a sus clientes. Transcurrió un rato hasta que volvió a enhebrarse entre ellos el hilo de la conversación, y Hans bebió algunos tragos de la fuerte cerveza embotellada, sintiendo curiosidad por saber si lograría apurar toda la botella.

El oficial reanudó las interminables historias de sus tiempos de peregrinaje. Se le escuchó alegremente y Hans no paró todo el tiempo de reír con regocijo y jolgorio.

De pronto se dio cuenta de que no se encontraba bien. Durante unos instantes la habitación, la mesa, las botellas, los vasos y sus compañeros se esfumaron en una niebla rojiza y sólo volvieron a

tomar cuerpo merced a un poderoso esfuerzo de su voluntad. Poco a poco fueron arreciando las risas, y él las coreó, diciendo de cuando en cuando algo que olvidaba en el mismo instante. Cuando alguien brindaba, levantaba también su vaso, y así, una hora después, se apercibió con gran asombro que su botella estaba completamente vacía.

—Tienes buen aguante —le dijo August—. ¿Quieres otra?

Hans asintió, riendo. Se había imaginado que una borrachera era algo más peligroso. Y cuando el oficial entonó una canción y todos le corearon, él se puso también a cantar a voz en

grito.

Entretanto se había llenado la sala, y apareció la hija del tabernero para ayudar a la camarera. Era una muchacha corpulenta y crecida, con un rostro sano y vigoroso y unos ojos castaños y reposados.

Cuando colocó la nueva botella delante de Hans, el oficial la bombardeó con sus más graciosas galanterías. Ella no pareció prestar la menor atención y, en cambio, acaso para mostrar su desdén o porque le gustaran las finas facciones del adolescente, se volvió hacia Hans y con un gesto rápido le acarició el pelo. Luego se volvió al mostrador.

El oficial, que se hallaba ya en la tercera botella, la siguió, esforzándose inútilmente en trabar una conversación. Luego volvió a la mesa, trompeteó con la botella vacía y gritó, preso de súbita exaltación:

—¡Muchachos, prestad oído!

Y a la llamada de atención siguió una jugosa historia de amores y mujeres.

Hans escuchaba tan sólo una confusa mezcla de voces que parecían llegarle de la lejanía. Cuando se hallaba cerca de dar fin a su segunda botella comenzó a hacérsele dificultosa la charla e incluso la risa. Quiso acercarse a la jaula para hostigar un poco a los

pájaros, pero a los dos pasos se tambaleó, estuvo a punto de caerse y prudentemente volvió a su sitio.

A partir de aquel instante se fue relajando su insensata alegría interior. Sabía que había cogido una borrachera y se sentía incapaz de dar un solo paso. Y como en una desvaída lejanía se le aparecieron todas las desdichas que le aguardaban: el camino de regreso, una escena con su padre y, al día siguiente, la vuelta al taller. La cabeza le dolía intensamente, y no acertaba a ver con claridad lo que ocurría a su alrededor.

También los otros habían gustado con demasía el placer de la bebida. En

un instante de lucidez, August demandó la cuenta. Le devolvieron muy escaso cambio y sin abandonar risas y charlas, salieron a la calle, sumida ya en la media luz del crepúsculo. Hans apenas podía tenerse en pie, por lo que se volvió, vacilante hacia August y dejó que éste le arrastrara.

El oficial se había vuelto sentimental. Cantó en voz baja la canción «Mañana estaré lejos de aquí», y al terminar tenía los ojos arrasados en lágrimas.

Decidieron emprender el camino de regreso, pero al pasar ante «El Cisne», la mayoría se empeñó en que entraran

allí. En el umbral de la puerta, Hans se separó de su amigo.

—Tengo que volver a casa.

—No puedes marcharte solo —dijo el oficial, echándose a reír.

—Sí, sí. Tengo... que... volver... —silabeó el muchacho con la obstinación que da la borrachera.

—Pues bebe, al menos, un trago de aguardiente. Ayuda a las piernas y serena el estómago. Ya verás...

Apenas se dio cuenta de que le ponían un vaso en la mano. Derramó más de la mitad, pero el resto se lo bebió de un trago y sintió su ardor en la garganta como una llama. Descendió,

tambaleante, los escalones de la entrada y se encontró, sin saber cómo, a la salida del pueblo. Las casas, las tapias y los jardines bailaban ante sus ojos una danza confusa y endemoniada.

Se tendió bajo un manzano en la húmeda pradera. Un tropel de repugnantes sensaciones, de atormentantes temores y de incompletos pensamientos le impedían conciliar el sueño. Se imaginaba a sí mismo sucio y lleno de vergüenza. ¿Cómo volvería a su casa? ¿Qué diría a su padre? ¿Y qué sería de él al día siguiente? Se hallaba tan fatigado y molido que de buena gana habría reposado toda una eternidad. Le

dolía la cabeza y le escocían los ojos y no hallaba siquiera fuerzas para levantarse y proseguir su camino.

Súbitamente le invadió una ola retrasada y fugaz, un último resto de su alegría anterior. Hizo una mueca y se puso a cantar a voz en grito:

Oh, querido Agustín, Agustín, Agustín, Oh, querido Agustín, Todo es así. Y apenas hubo terminado sintió un intenso dolor en su interior y le anegó un torrente turbio de desvaídas imágenes y recuerdos. Unos gemidos escaparon de sus labios y se precipitó, sollozando, sobre la hierba.

Era ya noche cerrada cuando se

levantó y echó a andar por la ladera con paso inseguro.

El viejo Giebenrath no pudo contener su irritación al ver que su hijo no estaba de regreso a la hora de la cena. Al dar las nueve y no llegar Hans todavía, preparó un fuerte bastón que no se había visto precisado a usar desde hacía mucho tiempo. ¿Acaso creía el bribón que su edad le ponía fuera del alcance de la mano paterna? ¿Podía prepararse en cuanto regresara...!

A las diez cerró la puerta de la casa. Si su señor hijo quería vagabundear durante la noche, ya vería él dónde dormía.

Pero a pesar de todo no pudo conciliar el sueño y hora tras hora estuvo aguardando con creciente impaciencia a que una mano diera sigilosamente la vuelta al pomo de la puerta y llamara luego con timidez. Trataba de imaginarse la escena... Quizá estuviera borracho el muy bribón, pero no le cabía duda de que lo purgaría con un ayuno obligatorio. ¡Aunque tuviera que romperle todos los huesos uno a uno...!

Por fin la fatiga venció a la indignación, y el sueño bienhechor acabó con su impaciencia.

A la misma hora, corriente abajo el

río arrastraba, silenciosa y reposadamente, al tan amenazado Hans. El asco, la vergüenza y el dolor habían huido de su lado; en su cuerpo delgado y fluctuante se contemplaba la fría y azulada noche otoñal. Jugeteaban las aguas con sus manos, sus cabellos y sus labios pálidos, y los juncos parecían inclinarse a su paso. Mansamente, se deslizaba sin que nadie le viera, a excepción de las nutrias movedizas que al alba salían de caza y que rehuían, temerosas, su contacto. Nadie supo tampoco cómo se había caído en el agua. Quizá se equivocó de camino y resbaló en algún despeñadero, acaso quiso

beber y perdió el equilibrio. O acaso le atrajo tanto la contemplación de las aguas que se inclinó sobre ellas y al ver que la noche y la palidez de la luna le miraban desde su inmensa paz se sintió impulsado por el cansancio y el miedo a buscar refugio en las sombras de la muerte.

Al día siguiente lo encontraron y lo llevaron a su casa. El horrorizado padre tuvo que guardar su bastón y dejar pasar su indignación. Es verdad que no lloró y que apenas dejó traslucir ninguna emoción, pero aquella noche volvió a permanecer despierto, echando mira las frecuentes al inmóvil cuerpo de su hijo

que reposaba en la habitación contigua y que con su frente ancha y sus facciones delicadas seguía teniendo la apariencia de un ser superior y merecedor de un diferente destino que los demás. En las sienes y las manos mostraba su piel unas pequeñas excoriaciones azuladas, pero las facciones parecían estar sumidas en un sueño profundo, los párpados blancos velaban sus ojos, y la boca entreabierta tenía un gesto satisfecho, casi risueño.

El entierro agrupó a un gran número de concurrentes y de curiosos. Hans Giebenrath volvió a ser una celebridad por la que se interesó cada cual, y los maestros, el rector y el párroco tuvieron

otra vez algo que ver con él. Concurrieron con levita y solemne sombrero de copa, acompañaron el fúnebre cortejo y permanecieron unos instantes ante la tumba, susurrando entre sí. El rector se dirigió a uno de los maestros que parecía especialmente melancólico, y le dijo:

—Sí, profesor. De ése hubiera podido hacerse algo. ¿No es una desgracia que se tenga siempre tan mala suerte con los mejores?

El zapatero Flaig permaneció junto a la tumba con el padre y la vieja Anna, que no cesaba en sus sollozos entrecortados y temblorosos.

—Ha sido amargo, muy amargo, señor Giebenrath —dijo, condolido—. Yo también quise al muchacho.

—No se comprende lo ocurrido —suspiró el viejo Giebenrath—. Fue tan inteligente y todo pareció ir tan bien en un principio; escuela, examen... Y súbitamente, una desgracia tras otra.

El zapatero volvió la mirada hacia las levitas que, por la puerta del cementerio, iban desapareciendo.

—Allá están el par de caballeros que tuvieron su parte de culpa en que llegara hasta donde llegó —dijo, en un susurro.

—¿Qué? —Exclamó su interlocutor,

contemplando, dudoso y horrorizado, al artesano—. ¿Qué?

—Tranquilícese, querido vecino. Sólo he querido aludir a los maestros de la escuela.

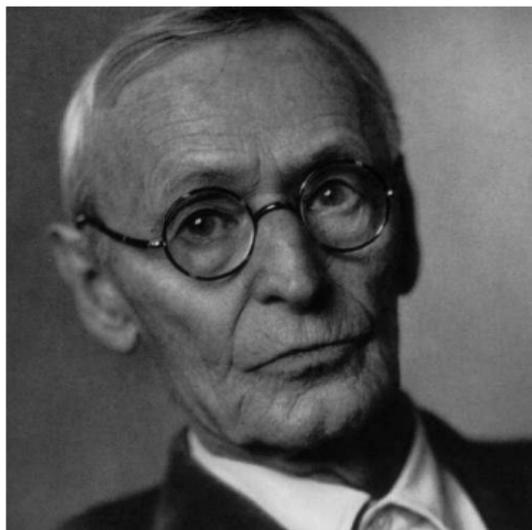
—¿Ellos? ¿Por qué?

—No sigamos hablando. También usted y yo descuidamos al muchacho alguna que otra vez. ¿No es así?

Sobre la villa lucía un cielo azul y alegre, el río se deslizaba manso y los montes lejanos se destacaban oscuros sobre el horizonte. El zapatero no pudo evitar una sonrisa leve y triste mientras cogía el brazo de aquel hombre a quien en aquella hora asaltaba una abundancia

de ideas tardías y confusas que conmovían hasta lo más profundo de su habitual existencia.

FIN



HERMANN HESSE, novelista y poeta alemán, nacionalizado suizo. A su muerte, se convirtió en una figura de culto en el mundo occidental, en general, por su celebración del misticismo oriental y la búsqueda del propio yo.

Hesse nació el 2 de julio de 1877 en

Calw, Alemania. Hijo de un antiguo misionero, ingresó en un seminario, pero pronto abandonó la escuela; su rebeldía contra la educación formal la expresó en la novela *Bajo las ruedas* (1906). En consecuencia, se educó él mismo a base de lecturas. De joven trabajó en una librería y se dedicó al periodismo por libre, lo que le inspiró su primera novela, *Peter Camenzind* (1904), la historia de un escritor bohemio que rechaza a la sociedad para acabar llevando una existencia de vagabundo.

Durante la I Guerra Mundial, Hesse, que era pacifista, se trasladó a Montagnola, Suiza; se hizo ciudadano

suizo en 1923. La desesperanza y la desilusión que le produjeron la guerra y una serie de tragedias domésticas, y sus intentos por encontrar soluciones, se convirtieron en el asunto de su posterior obra novelística. Sus escritos se fueron enfocando hacia la búsqueda espiritual de nuevos objetivos y valores que sustituyeran a los tradicionales, que ya no eran válidos. *Demian* (1919), por ejemplo, estaba fuertemente influenciada por la obra del psiquiatra suizo Carl Jung, al que Hesse descubrió en el curso de su propio (breve) psicoanálisis. El tratamiento que el libro da a la dualidad simbólica entre Demian, el personaje de

sueño, y su homólogo en la vida real, Sinclair, despertó un enorme interés entre los intelectuales europeos coetáneos (fue el primer libro de Hesse traducido al español, y lo hizo Luis López Ballesteros en 1930). Las novelas de Hesse desde entonces se fueron haciendo cada vez más simbólicas y acercándose más al psicoanálisis. Por ejemplo, *Viaje al Este* (1932) examina en términos junguianos las cualidades míticas de la experiencia humana. *Siddharta* (1922), por otra parte, refleja el interés de Hesse por el misticismo oriental —el resultado de un viaje a la India—; es una lírica novela corta de la

relación entre un padre y un hijo, basada en la vida del joven Buda. *El lobo estepario* (1927) es quizás la novela más innovadora de Hesse. La doble naturaleza del artista-héroe —humana y licantrópica— le lleva a un laberinto de experiencias llenas de pesadillas; así, la obra simboliza la escisión entre la individualidad rebelde y las convenciones burguesas, al igual que su obra posterior *Narciso y Goldmundo* (1930). La última novela de Hesse, *El juego de abalorios* (1943), situada en un futuro utópico, es de hecho una resolución de las inquietudes del autor. También en 1952 se han publicado

varios volúmenes de su poesía nostálgica y lúgubre. Hesse, que ganó el Premio Nobel de Literatura en 1946, murió el 9 de agosto de 1962 en Suiza.